



El solitario de Causeway Bay

Antonio Quirós

El solitario de Causeway Bay

Antonio Quirós

Sinopsis

Dos jóvenes aparecen violadas y asesinadas en distintos lugares de la Costa del Sol. Detrás de los casos parece encontrarse una extraña organización delictiva, *Orfeo*, que se organiza a través de Internet para cometer sus crímenes. La Brigada de Delitos Tecnológicos de la Interpol recibe el encargo de ocuparse del caso. Su jefe, Diego Whitehead, es un curioso personaje mitad inglés y mitad español que ve el mundo bajo una peculiar mirada. En colaboración con la policía española, Diego y sus dos colaboradores, Anette y Jean recorrerán distintos escenarios de la costa malagueña tratando de localizar las claves para entender los asesinatos.



Antonio Quirós (Arjona -Jaén-, 1958) es Licenciado en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y PDG del IESE. Su trayectoria profesional ha estado siempre ligada al

mundo de las tecnologías de la información. Fundó en el año 1991 junto con otros dos socios, su propia compañía tecnológica, Grupo Eidos empresa donde ejerció distintos puestos, tales como la Dirección Técnica, la Dirección del Área de Formación y la Dirección de Gestión. En 2002 fue nombrado Director General y se encargó de la responsabilidad de integrar dicha compañía dentro de la multinacional que la había adquirido. Durante los siguientes ocho años ejerció como Director de Operaciones de la filial de dicha compañía en España.

Es socio fundador de las compañías Luarna Ediciones, la primera editorial española que sólo realiza edición digital y Mundo Reader, especializada en la fabricación de readers de tinta electrónica y tablets basados en Android. La marca **bq**, bajo la que se presentan los dispositivos de Mundo Reader se encuentra entre las más difundidas en el mercado español.

Aunque no ha dirigido su vida profesional ni al ámbito académico de las humanidades ni a la literatura, siempre han estado muy presentes en su trayectoria, teniendo diversas publicaciones (libros, artículos) tanto en el ámbito del ensayo como en el de la narrativa:

- Baltasar Gracián: *La filosofía del desengaño en el Barroco Español, 1985 (tesina de licenciatura inédita)*
- *El tema del desengaño en el pensamiento barroco hispano*. Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española, Salamanca, 1988.
- *Estudio de algunos filosofemas en la obra de Baltasar Gracián*. Documentos de *Ánthropos* nº 5, Barcelona, febrero de 1993
- Preparación de la edición y estudio crítico de la obra *Oráculo Manual y Arte de Prudencia* de Baltasar Gracián. Éride Editorial, Madrid, 2000.
- *Manuel Tagüeña. Una biografía en fotogramas*, Luarna, Madrid, 2009.
- *La 31 Brigada Mixta del Ejército Popular de la República. Diario de Operaciones*, Luarna, Madrid, 2009.
- *Soñando la miseria*, Luarna, Madrid, 2010 (novela de la que es coautor junto con Alfonso Fraguas)
- Diversos cuentos publicados de modo independiente o como parte de la publicación periódica *Guía de perplejos* de Luarna: *El "Tratado de los astros"*, *El blog de los olvidados*, *El gallo de Tranquillas* y *Quintín y los sueños*.

Es el autor también de dos blogs en internet, uno específico sobre temas de la guerra civil: *De memoria y olvido* y otro genérico donde pone su punto de vista sobre cualquier asunto en el que haya puesto su atención: *Los límites del sentido*.

Para cualquier contacto con el autor se le puede localizar tanto por Twitter (aqcasado) como por Facebook (www.facebook.com/aqcasado).

Luarna

El solitario de Causeway Bay

© 2011, Antonio Quirós

© 2011, Luarna Ediciones

www.luarna.com

Madrid, noviembre de 2011

ISBN: 978-84-15013-12-9

Versión 1.0 (28/11/2011)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Ángela, mi sustento

[I – Elias Rotmensen](#)

[II – Diego Whitehead](#)

[III – El solitario de Causeway Bay](#)

[IV – Eva Santos](#)

[V – Paula y Rocío](#)

[VI – El pastor y la roca](#)

[VII – Navidad en Madrid](#)

[VIII – Cabopino](#)

[IX – Nibelungo](#)

[X – Primavera en la Costa del Sol](#)

[XI – La miocardiopatía de Takotsubo](#)

[XII – El Hospital Costal del Sol](#)

[XIII – Marbella](#)

[XIV – Crimen en Las Mimosas](#)

[XV – Las cosas no son lo que parecen](#)

[XVI – Evidencias falsas](#)

[XVII – Psiquiatra y psicópata](#)

[XVIII – La Butibamba](#)

[Epílogo](#)

I – Elias Rotmensen

Qué fortuna ser un profesional de la medicina. A su alcance estaban algunos conocimientos, algunas técnicas que el común de los mortales no podían poner fácilmente en práctica, aunque lamentablemente no siempre servían para salvar vidas humanas. En fin, ahora tocaba tranquilizarse después de terminar el trabajo. Se sentó y se limpió el sudor de la frente con la manga de la bata. “¡Esta mierda de calvicie!”, pensó al notarse como la tela era capaz de acceder a zonas cada vez más altas de su cabeza. Parece que los conocimientos médicos no le estaban ayudando mucho en lo que a retrasar los síntomas del envejecimiento concernía. Trató de normalizar la agitada respiración. Un síntoma más. Ya no estaba para esos trotes como si fuera un residente en su primer año de MIR. Dejó que pasaran unos minutos en posición de relax sentado en el sillón de cuero de su consulta. La calma fue viniendo poco a poco, el pulso fue debilitándose desde su trotar acelerado a un ritmo leve y tranquilo. Sabía como controlarse a sí mismo.

Dirigió la mirada hacia la camilla dónde yacía inerte el cuerpo de la mujer. El *rigor mortis* no tardaría en aparecer. Aquel bonito cuerpo, no demasiado maduro aún, había abandonado la vida para siempre. No era la primera vez, y probablemente no sería la última, que alguien fallecía en la consulta de Cardiología del Hospital Costa del Sol. Bien es cierto que aquello no era la Urgencia, con su tráfico de infartos y paradas cardíacas diversas que se atendían a diario. Era una simple consulta de especialización, pero dado el tipo de problemas que presentaban los pacientes tampoco era totalmente inusual que alguno de ellos sufriese algún shock coronario mientras era atendido. Era tarde y ya no quedaba nadie de enfermería en la consulta, por tanto, el doctor Elias Rotmensen levantó el auricular del teléfono de su mesa y marcó la extensión del control de enfermería de la UVI de Cardiología. Allí siempre había enfermeras y auxiliares para echar una mano.

–Soy Rotmensen, necesito personal de enfermería; he tenido una parada cardíaca en la consulta y no he podido recuperarla –dijo a través del hilo telefónico.

Realmente ya poco podrían hacer salvo retirar el cadáver y llamar al personal de Velatorios para que se hiciera cargo. Elias conocía y trataba a la paciente desde hacía algunos meses de forma que tenía constancia clara de lo que debía seguir haciendo. Primero redactar el certificado de defunción. La causa de la muerte estaba clara y, por tanto, nada de mandar parte al Juzgado de Guardia para que un forense fuera a molestar y a hacerle perder tiempo. Además no quería que las toscas herramientas de los anatomopatólogos destrozaran aquel bonito cuerpo. Llamó a Urgencias para que le subieran un certificado en blanco. En la consulta no tenía ese tipo de documentos, ya que no era usual que allí falleciera nadie. El celador que le acercó el formulario llegó al despacho de Rotmensen antes que las enfermeras de la UVI. En principio se mostró algo extrañado al ver allí el cadáver de la mujer, pero en seguida ató cabos cuando vio el carrito de reanimación al lado y el desfibrilador recién usado.

–Qué, doctor, hemos tenido movimiento esta tarde – comentó el celador mientras le facilitaba el formulario.

–Ya ves. Esta pobre mujer ha entrado en parada mientras estaba en la consulta.

Rotmensen puso el formulario en su escritorio y comenzó a rellenarlo. “Eva Santos Ramírez”, “calle Antequera, 17, La Cala de Mijas, Mijas, Málaga”, “Miocardiopatía de Takotsubo – Parada cardiorespiratoria”. Estaba terminando cuando llegaron dos enfermeras desde el control. Una parecía nueva, pero a la otra la conocía sobradamente.

–Háganse cargo de esta mujer, por favor. Venía a la consulta con dolor torácico, le hice un electro de urgencia y presentaba claros síntomas de miocardiopatía, lo sorprendente es que casi mientras analizaba el electro entró en parada y no pude reanimarla –informó a las dos enfermeras.

El doctor Rotmensen se fijó en la nueva. No la había visto nunca antes por el hospital, así que probablemente fuera una suplente recién contratada. Era una joven morena de claros rasgos locales, de mediana estatura y mirada escrutadora.

–No me presentas a nuestra joven compañera –le dijo el doctor a Nuria, la otra enfermera bien conocida por él.

–Es Paula, acaba de entrar de suplencias en la UVI. Aunque parece joven ya ha hecho sus pinitos en la cosa coronaria, sino no estaría con nosotros, la habrían mandado a Medicina Interna o algún otro sitio para primerizas – comentó Nuria con cierta sorna.

–Me alegro de conocerte Paula, aunque no sea en las circunstancias más agradables –añadió Elias.

Elias Rotmensen era holandés pero llevaba más de veinte años en España y casi diez trabajando para el Servicio Andaluz de Salud en la Costa del Sol. Llegó a España, como tantos otros, con la idea de pasar unos pocos días de vacaciones. Acababa prácticamente de casarse y su mujer se mostró encantada con la idea de poder quedarse a vivir por la zona. Primero abrieron una consulta para atender a los muchos extranjeros que vivían en Málaga. Ni Elias ni su esposa hablaban entonces el suficiente español como para centrarse en la población local. Pero en seguida se aclimataron en todos los aspectos. Primero comenzó a tratar pacientes de las aseguradoras españolas en su consulta y, cuando ya se sintió totalmente seguro con el idioma, decidió intentar emplearse en la sanidad pública. Prefería un sueldo fijo a los avatares de una consulta privada sin suficiente prestigio. Cuando estudió Medicina en Holanda se especializó en Cardiología y hacia ese punto dirigió sus miras. Revisó en profundidad todo el *corpus* de la Cardiología clínica, se ofreció como ayudante no remunerado de uno de los cardiólogos privados más conocidos de la zona; “solo por ponerme al día y ayudar, sin cobrar nada” le dijo. Aunque se extrañó de que alguien no recién salido de la Universidad tuviese esos intereses de por medio, el experimentado cardiólogo entendió la explicación de Elias y le proporcionó el trabajo. Fueron un par de años muy duros. Tenía que simultanear el estudio con las prácticas en la clínica de Cardiología y, además, atender su propia consulta, sin la cual no le hubiera sido posible vivir, ya que era la única fuente de recursos económicos de que disponía. Su esposa tenía una salud delicada, una cierta personalidad depresiva, o más bien ciclotímica, que la hacía pasar sin demasiada transición de la euforia absoluta al más horrible de los desánimos. Debido a estas circunstancias ella nunca llegó a tener un trabajo estable. Había intentado algunas cosas, pero en seguida se aburría y lo dejaba; o faltaba al trabajo cuando entraba en sus momentos de desolación y la despedían. Si hubiera vivido en el siglo diecinueve hubiera sido candidata a ser la protagonista de una novela romántica de Stendhal. De hecho a ella le gustaba autodiagnosticarse con el *Síndrome de Stendhal*, esa enfermedad psicósomática que padecen quienes no pueden soportar las elevadas dosis de contemplación estética a que a veces se someten las almas sensibles. La cuestión es que Elias aprobó sus exámenes y en seguida le dieron plaza en el área de Cardiología del Hospital Costa del Sol en Marbella. Pero hacía ya cinco años que su mujer había muerto víctima de su permanente angustia. A pesar de lo dura que había sido la convivencia con ella, el doctor amaba sinceramente a su esposa. La vida fue dura tras su muerte. Para superarla se

sumergió como nunca lo había hecho en su profesión. No salía del hospital, parecía no tener ninguna vida privada adicional a la práctica médica. Ese vértigo le ayudó y el tiempo fue ejerciendo su poder balsámico. Ahora ya la recordaba de modo nebuloso, como una faceta de su pasado que pugnaba por no perderse entre los glaciares de la memoria.

—Lo mismo digo doctor —dijo la enfermera morena con un fuerte acento sevillano— ¿Qué le ha pasado a esta pobre mujer?

—La muerte es inesperada casi siempre. La trataba desde hace tiempo de algunos accesos de estrés que ya habían cursado con algún componente cardíaco. En un par de ocasiones previas había sufrido una inflamación ventricular no demasiado maligna, la miocardiopatía de Takotsubo. El electro de hoy parecía aportar indicios de un nuevo episodio de esta rarísima enfermedad, el “síndrome del corazón roto” lo llaman algunos. Se trata de que en un momento el corazón se dilata y se rompe, sin que sepamos muy bien las causas que producen el episodio.

—Bueno, la autopsia le dará más pistas —apostilló la enfermera.

—No pediré autopsia, con los datos diagnósticos que ya teníamos y el electro actual hay más que suficiente para emitir un diagnóstico certero. Y, además, Eva —pronunció el nombre de la fallecida mientras apuntaba con la mano hacia ella a fin de que las enfermeras supieran de quien estaba hablando— pertenecía a una iglesia evangélica que abominaba de la manipulación de los cadáveres tras su muerte. No creo que en este caso sea necesario forzar su voluntad. La pobre mujer no tenía familia demasiado directa, sólo un tío que vive en Málaga. Le llamaré y confirmaré este aspecto con él.

Paula se quedó algo inquieta y pensó que más tardé tendría que indagar más acerca de ese curioso síndrome del corazón roto de que Rotmensen le hablaba. Las enfermeras acercaron una camilla con sábanas limpias y, ayudadas, por el doctor, pusieron sobre ella el cuerpo inerte de la fallecida. La cubrieron con otras sábanas quirúrgicas y se la llevaron hacia el área de velatorios a la espera de que el familiar llegara a hacerse cargo del cadáver.

—Señor Santos... Le habla el doctor Rotmensen del Hospital Costa del Sol... Tengo que darle una desagradable noticia... Su sobrina Eva ha sufrido hoy un ataque cardíaco y ha fallecido en el Centro... Sí, le espero.

Elias se quedó tranquilo en su consulta a la espera de que llegara el tío de Eva. Trató de ordenar los elementos del carrito de reanimación. Quitó todas las sábanas sucias y las dejó en el contenedor que mañana recogerían para el lavadero. Buscó unas limpias y las puso sobre la camilla que minutos antes había acogido el cuerpo sin vida de la paciente. Miró por la ventana. Desde su despacho podía ver la inmensidad azul y calma del Mediterráneo estival. Pequeñas olas de espuma blanca se interponían entre el verde de los pinares marbellíes y el cambiante color marino. Así estaba su alma, batida por algún que otro oleaje mientras trataba de alcanzar la calma del infinito océano. Era tarde, más de las siete. Lo normal es que el tío de Eva tardara al menos un par de horas en llegar. Vivía en Málaga y, fuese como fuese hasta Marbella el traslado no sería rápido.

No puedo evitar que en su mente se presentaran de forma alternativa las imágenes de los rostros de Eva y el de su esposa. Ambas eran tremendamente atractivas y profundamente desequilibradas. Hasta donde conocía de Eva sabía que padecía profundas crisis de ansiedad, algo bastante opuesto a la ciclotimia de su esposa, pero cercano en la medida en que ambas desasosegaban su espíritu con lo inesperado de su comportamiento. De su esposa amaba su capacidad de goce estético pero odiaba sus tremendas fases depresivas en las que parecía

sumergirse en un pozo del cual era imposible sacarla. Eva caía en crisis de ansiedad donde perdía el control de sí misma y sólo volvía a la normalidad tras varios días de tomar tranquilizantes y pasar varias horas al día encerrada en su habitación con la luz apagada y los ojos cerrados. Hacía meses que la trataba y conocía a la perfección estos síntomas que presentaba.

El tío de la fallecida tardó algo más de lo previsto en llegar. Eran ya casi las diez de la noche cuando apareció por la consulta. Elias le contó lo sucedido aunque intentó poner énfasis en lo extraño del síndrome que había llevado a Eva a la tumba. Hacía meses que el señor Santos no veía a su sobrina. Eva era la única hija de su hermano Luis, pero tanto él como su esposa habían fallecido y, desde entonces, las relaciones con Eva no eran nada frecuentes, algo poco más allá de verse una vez al año en que solían quedar a comer o de la típica llamada telefónica para felicitar las navidades. Poco conocía de su sobrina. Siempre había sido muy independiente y hablaba muy poco de sí misma. Elias sabía que Eva tenía cuarenta y dos años y que vivía sola. No trabajaba, ya que la herencia que había recibido de sus padres le aportaba lo suficiente para vivir. Tenía pocos amigos, los pocos vecinos cercanos a su casa que con el paso del tiempo habían llegado poco más que a intercambiar algún saludo con ella. Quizá algún amante, coyuntural, o fijo, quién sabe.

En definitivas cuentas, tras intercambiar los saludos y explicaciones protocolarios, el tío de Eva se hizo cargo del certificado de defunción, le preguntó al doctor dónde podía ver a su sobrina y tras recibir las correspondientes explicaciones, apretó la mano de Rotmensen y se marchó tan poco afectado como había entrado.

II – Diego Whitehead

Diego Whitehead era un coleccionista de nostalgias. Al igual que otros recopilaban libros, sellos, discos u objetos diversos, él era amante de volver a los lugares donde ya estuvo en otra ocasión y de los que guardaba algunos recuerdos relevantes. Debió ser eso lo que le llevó a Hong Kong. El caso que investigaba había sido duro, pero ahora estaba en la fase de pura rutina, sólo tenía que hacer un vulgar seguimiento e informar a diario a su superior en Sydney. Diego había pasado muy buenos momentos en Hong Kong hace años y, por eso, cuando surgió la oportunidad de volver a aquella mítica ciudad, no perdió dos segundos en comprar el billete para el vuelo. Le encantaba aquel maldito lugar, su tráfico infernal, sus infinitos rascacielos, esa mezcla escalofriante de lo británico y lo chino que, como dos licores esenciales de un cóctel, daban a la urbe esa impresionante vitalidad. Le encantaba pasear entre las multitudes por Causeway Bay, ascender a Victoria Peak o atravesar los infinitos túneles que unían bajo el mar la isla de Lantau con la de Tsing Yi o la península de Kwoloon. Diego había contratado un apartamento en Causeway Bay, probablemente el área más poblada de rascacielos de Hong Kong y una de las zonas comerciales más caras del planeta. Aunque viajaba con otros dos compañeros, él era el único que conocía la ciudad y, a pesar de que se veía en la obligación de servir de cicerone para los otros, su capacidad para madrugar le daba de sí lo suficiente como para dar largos paseos solitarios entre el romper de la madrugada y el inicio de la mañana. Causeway Bay a esas horas estaba prácticamente desierto, casi todas las tiendas cerradas y solo algunas luces que comenzaban a despertar en las lejanas ventanas de los altos rascacielos. Era un mundo vacío, como si alguna plaga hubiera acabado con la civilización y quedaran allí aquellas enormes moles de cemento para dar testimonio de lo que había sido el hombre. Su nostalgia por Hong Kong le venía de un viaje hecho siendo niño. El trabajo de su madre la había llevado allí durante unos días y él pudo acompañarla. Guardaba unos recuerdos imperecederos aunque ligeramente encubiertos por la pátina de los años. Ahora quería volver a sacarlos a la luz.

Otras veces habían sido Atenas, Londres, El Cairo, Sevilla, Montevideo... Tenía la fortuna de trabajar para una organización que le permitía en ocasiones seleccionar los lugares donde viajar. Y ello era una suerte para esa perversa afición de coleccionar y cuidar nostalgias sobre evocadores sitios. Ser inspector en la Interpol no había sido, inicialmente, el sueño de su vida, pero con los años fue comprendiendo que los sueños sobre lo que uno quiere ser no dejan de ser imágenes descoloridas que la realidad de las cosas va desvaneciendo. Siempre se vio como profesor universitario y escritor. Pero tampoco sus estudios le facilitaron las cosas; estudiar *Computer Sciences* en Cambridge le dejó en cierto modo marcado su próximo futuro. Primero quiso dedicarse a investigar y, así, pasó un año en la clausura del gran centro de investigación de la IBM en Bruselas. Aquello era como un monasterio de la tecnología, a varios kilómetros de la ciudad, los becarios hacían allí toda su vida. Trabajaban, comían, investigaban... Un ciclo que se repetía monótono y que terminó por aburrirle. Acabó, por tanto, su trabajo de investigación, "Crime research. A data warehouse approach"... y salió corriendo. Sin embargo, esa larga y aburrida estancia le aportó dos cosas fundamentales en su vida; una de ellas fue que se le terminara identificando con las iniciales DWH que coincidían tanto con su especialidad técnica (el *datawarehousing*) como con un posible acrónimo de su nombre; la otra tenía más que ver con su futuro profesional; el departamento de reclutamiento de la Interpol le conoció a través de su trabajo y contactó con él para ofrecerle incorporarse a su centro de datos de Lyon. Aceptó, pero

aquel maldito lugar se parecía bastante a la IBM de Bruselas y Diego en seguida pidió ingresar en una brigada algo más activa, la unidad de delitos informáticos. Allí sus conocimientos servían de mucho, ya que la base del trabajo tenía que ver con la investigación a través de cualquier soporte tecnológico, pero en última instancia, aquella no dejaba de ser una unidad operativa más, con policías de verdad que llevaban armas, atrapaban a delincuentes y pegaban tiros. Un par de años le costó a Diego esa formación policial de base, de la que carecía; pero finalmente se convirtió en el flamante inspector Whitehead de la Interpol. Si sus sueños iniciales acerca de lo que deseaba ser estuvieron algún tiempo alejados de la realidad, ahora comenzaban a evolucionar a una faceta que nunca antes se hubiera imaginado. A esas alturas del partido ya tenía claro que uno no elige lo que quiere ser como en un plan perfectamente trazado, nuestra vida se dirige en parte a donde queremos llevarla y en parte a donde circunstancias muchas veces ajenas a nosotros, la dirigen. Pero aquello de la Interpol no era mala cosa como plan de vida; siempre había sentido un cierto morbo por esas organizaciones policiales o de espionaje. El MI5, la CIA... se adjetivaban en su cabeza con todos los apelativos de lo misterioso.

De lo misterioso ligado además a una causa nacional. Hijo de padre inglés y madre española, él realmente no sabía lo que era. A veces sentía un cierto patriotismo por lo británico o lo ibérico, pero no iba más allá de una nostalgia más, sentida por ciudades, personas, ambientes, comidas, historias... No, decididamente, él no era un patriota. Por supuesto que Londres y Madrid estaban entre los mejores objetos de su colección. En Madrid hizo el bachillerato y en Cambridge (lo que le ubicaba frecuentemente en Londres) sus estudios superiores. Pablo Neruda decía que la patria es el lugar donde uno ha hecho el bachillerato. Desde ese punto de vista Madrid era su patria. Pero Londres tenía el fuerte atractivo de los años de juventud allí vividos, de las juergas estudiantiles, de los primeros escarceos amorosos serios. Curiosamente los viajes de un lado a otro no habían estado motivados, como en la mayoría de los casos, por aconteceres laborales de su progenitor, en este caso un inglés bohemio que se dedicaba solo a pintar, con no demasiado éxito dicho sea de paso. La causante de la trashumancia era su madre, diplomática española y sostén económico de una familia donde el padre no había llegado a aportar en su vida más que unos pocos miles de libras producto de la venta de sus no demasiado exitosas obras.

Así era Diego, producto de dos mundos que él había multiplicado hasta el infinito. Y ahora uno de esos múltiples micromundos, la abigarrada ciudad de Hong Kong en otoño, le ayudaba a equilibrar el peso relativo de cada uno de los otros. Aquella tarde despejada había decidido tomar el tranvía a Victoria Peak para cenar mientras disfrutaba de una de las más singulares vistas del planeta. Reflexionar, mientras te ves por encima de aquella inacabable colección de rascacielos, era el objetivo. Echar un vistazo en una noche despejada a toda la bahía, repasar las imágenes desde Wanchai a Causeway Bay y enfrente, al otro lado de esas revueltas aguas cruzadas por centenares de barcos, las enormes torres de la zona continental de Kwoloon, el lugar de más densidad de población del mundo. Tras ellas el intelecto intuye, más que ve, que por detrás de los Nuevos Territorios, está la marea amenazante de China, la gran madre que ahora es la propietaria de todo, pero a la que se mantiene alejada como una sombra acechante que no termina de concretarse. Pero si Victoria Peak era un incentivo a la reflexión más lo eran los quince minutos de tranvía que había que emplear para subir desde los veintiocho metros del nivel del mar de Central, hasta los cuatrocientos del pico. Y esa subida se hacía solo en un tramo de poco más de un kilómetro. Había momentos en que aquello parecía más un ascensor que un tranvía. Lo mejor era esperar para tomarlo muy tarde en la bajada, cuando ya había desaparecido la masa de turistas y los pasajeros se tornaban en los cansados empleados de los restaurantes de la zona que

volvían a casa tras el cierre de sus locales. El silencio en la cabina era entonces abrumador. Se diría que las palabras gastadas durante el día con los clientes les hubieran dejado ya sin recursos para el habla. Todos se sentaban somnolientos mientras sus ojos parecían reflejar la hondura de unos pensamientos que podían hallarse a miles de kilómetros de aquel fantástico lugar.

Y es que Diego necesitaba algo de relax. Acababa de dar carpetazo a su caso actual. Había ido a Hong Kong para seguirle los pasos a un tipo al que la Interpol suponía autor del robo del archivo de tarjetas de crédito de una importante multinacional que vendía on-line bolsos de marca. El asunto podría haber quedado en poco más de una noticia intrascendente si no fuera porque los propietarios de las tarjetas estaban recibiendo pequeños cargos que en la mayor parte de los casos pasaban desapercibidos. Se comenzaron a recibir denuncias cuando ya había decenas de miles de pagos hechos y varios centenares de miles de euros estafados. Los propietarios de tarjetas solemos ser así, si recibimos un pequeño cargo con el nombre de una empresa de restauración raramente nos ocupamos de confirmar el dato, si no lo recordamos pensamos que es nuestra memoria que está fallando. Por esos malditos siete u ocho euros no perdemos el tiempo. Pero, claro, centenares de miles de transacciones de cinco, siete, diez o trece euros pueden terminar por sumar algún millón que otro. Las primeras denuncias se recibieron en Holanda, pero en seguida cundieron también en Alemania, Estados Unidos, Francia... En cuanto se percibió el calado internacional del asunto, el tema se puso en manos de la unidad de delitos informáticos de la Interpol, y ahí entró Diego. El hacker era un tipo listo. Manejaba una red de máquinas virtuales hospedadas en distintos centros de datos ubicados en sitios tan diversos como Singapur, las islas Caimán, Bangalore, Miami...; todas, por supuesto, registradas con nombres falsos. Desde una máquina se iba conectando a otra y finalmente desde la de Bangalore lanzaba todos los cargos. Lógicamente, con las cuentas corrientes donde se recibía el dinero ocurría lo mismo, se daban de alta y de baja con rapidez, todas abiertas en paraísos fiscales. El rastro quedaba tan difuminado que no había forma de encontrar el hilo conductor que llevara al delincuente. Lógicamente, en cuanto Diego descubrió la máquina que lanzaba las transacciones pidió una orden judicial para pararla e identificar a su dueño. Consiguió lo primero... pero no lo segundo. El problema vino cuando al mes siguiente los cargos volvieron a repetirse, esta vez desde Singapur. El asunto pintaba feo. Las pérdidas eran ya muy fuertes para las entidades emisoras de tarjeta o las aseguradoras. Y las pérdidas, obviamente, se convertían de modo inmediato en presiones para la unidad de Diego. Finalmente, encontró una pista que pensaba podría ayudarle a resolver el caso. Se trataba de que la máquina de Miami guardaba una *cookie* con los datos que alguien debía haber usado para hacer una compra por Internet. Cuando le tocó el turno de lanzar los cargos a dicha máquina y Diego la descubrió, comenzó la rutina de analizar sus contenidos. Y las *cookies* del navegador eran uno de los puntos. En las anteriores máquinas chequeadas no había ni una sola *cookie*; el navegador no se había usado nunca en ellas. Pero la de Miami era diferente. Se supone que el ciberdelincuente tuvo necesidad de hacer una compra on-line y la hizo desde la misma. Hasta el más avisado delincuente siempre deja una pista inadvertida. ¡Benditas galletitas! Tan usadas por los troyanos para fastidiarnos y tan útiles en esta investigación. Además aquella *cookie* tenía algo especial; lo normal es que en ella se almacenaran cosas sencillas, una *password*, un nombre, algo que facilitara la identificación cuando nos volvíamos a conectar a la web que la había creado. Esta, en cambio, guardaba toda la información de la última compra realizada. Lógicamente, el malo podía ser despistado, pero no tonto, debido a ello la dirección de entrega del producto comprado era un apartado de correos, el nombre empleado era, desde luego falso, pero la ciudad del apartado de correos estaba clara: Hong Kong. ¡Bien! De los siete mil millones de

habitantes del planeta, de repente el objetivo de la investigación parecía reducirse a los siete millones de habitantes de la ex colonia británica.

Podría ser una pista falsa, pero desde ese momento todos sus esfuerzos se focalizaron allí. Obviamente el viejo deseo de libertad y respeto a los derechos humanos, heredados de su antigua potencia colonizadora seguía impregnando aquella sociedad. Las nuevas reglas de la gran madre comunista eran absolutamente ajenas a su nueva adquisición, llamada con un eufemismo, "región administrativa especial". Por eso no fue posible obtener datos del propietario del apartado de correos. Cerrada esta puerta Diego trató de acotar los posibles candidatos. En colaboración con la policía local elaboró un censo de ciberdelincuentes conocidos, llegó a catalogar más de doscientos, pero no avanzaba. No encontraba ninguna pista que le dirigiera en concreto a alguno de ellos. El asunto comenzó a tomar otros derroteros cuando el quinto mes de lanzar cargos, estos se hicieron desde una máquina de Macao. La ex colonia portuguesa está al lado de Hong Kong y sus habitantes comparten etnia, lengua, costumbres y siempre han tenido un fuerte contacto mutuo. Diego en seguida se lanzó al centro de datos que hospedaba la máquina virtual. Obtuvo la orden judicial para su parada y rápidamente se puso a chequearla. No encontró nada en ella, sin embargo la pista le iba a venir por la teleoperadora que vendió el servicio. Los datos, como siempre eran falsos, pero la chica se acordaba de un detalle importante, el fuerte acento de Beijing de la persona que lo contrató. Esto acotaba mucho más el asunto, de los doscientos candidatos iniciales, sólo tres de los ciberdelincuentes residentes en Hong Kong que la Interpol tenía catalogados eran originarios de Beijing y sólo dos llevaban menos de cinco años residiendo en la ciudad. Esto dejaba ya las cosas libres para el trabajo de campo. Diego y su equipo, enseguida viajaron a Hong Kong a ver qué podían averiguar. Las cosas estuvieron claras en cuatro o cinco días. Uno de los hackers estaba prácticamente descartado ya que llevaba varios años sin que se le conociera ninguna actividad delictiva, trabajaba en el departamento de informática del HSBC y los servicios de seguridad del banco eran tan estrictos con sus trabajadores del centro de datos que se podía deducir la imposibilidad de que se les hubiera escapado algo por ese lado. Por tanto todo apuntaba al otro candidato. Era un ingeniero informático recién titulado con notas brillantes. Su trabajo de fin de carrera lo hizo sobre túneles de transporte de datos sobre Ethernet, lo que, desde luego, lo acercaba a los hechos. Unos cuantos días de investigación arrojaron algunos datos como para convencer a un juez de que había que llegar más lejos. Se ordenó intervenirle la línea telefónica y su ADSL. La primera arrojaba poca información. Era un tipo críptico que apenas si hablaba con nadie. Sólo algún día que otro con su hermana en Beijing. Pero su ADSL era un monumento a la localización de pruebas. Allí estaba todo claro, los paquetes de red capturados arrojaban toda la luz sobre el caso, los contactos con los bancos, las conexiones a los centros de datos... En no más de veinte días en Hong Kong, Diego y sus hombres tenían el caso listo. El juez había dado ya la orden de detención y ahora solo había que esperar el momento idóneo. Aquella tarde, Jean y Anette, los dos policías que ayudaban a Diego en el caso estaban sometiendo a un fuerte seguimiento al pirata chino. Al día siguiente lo detendrían en colaboración con la policía local y lo entregarían a las autoridades del país. Caso cerrado, Hong Kong volvería a ser una muesca más en el álbum de evocadoras nostalgias que Diego Whitehead mantenía en algún lugar secreto de su cerebro.

III – El solitario de Causeway Bay

Calor y humedad. Aquel era uno de esos días nublados, con la niebla casi cubriendo Hong Kong a pie de calle. Vista desde una fotografía, la ciudad podría rememorar falsamente el invierno londinense, pero en realidad el ambiente resultaba abrasante con más de treinta grados de temperatura y un ochenta por ciento de humedad. Una fina lluvia, quizá simple humedad de la niebla, lo poblaba todo, pero mejor no cubrirse con algún tipo de impermeable si no querías que el sudor estropeará toda tu ropa.

Anette, la joven policía del equipo de Diego, cruzaba la bahía entre Hong Kong y Kwoloon en uno de los barcos de servicio público que unían los dos lados. Aunque por su aspecto podría confundirse con una turista occidental más, con la mirada perdida entre los enormes rascacielos de la bahía, sus cinco sentidos se encontraban pendientes de otro pasajero de la embarcación. Desde hace varios días no le perdían la pista. Diego y su equipo no querían que la presa levantara el vuelo inadvertidamente y se les fuera de las manos cuando ya lo tenían todo a punto para echarle el guante. Primero tuvieron que esperar por los problemas burocráticos, papeleo con el juez de Hong Kong, aportación de pruebas, coordinación con la policía local... Luego fue simplemente por la búsqueda del momento idóneo. La verdad es que a pesar de que las pruebas acumuladas a través de la ADSL intervenida eran monumentales, Diego no quería arriesgarse a que por alguna metedura de pata formal el juez no las diera por válidas y aquel tipo se largara de rositas. Diego odiaba esos momentos de las investigaciones, sobre todo cuando se alargaban más allá de lo necesario y le hacían perder días y días. Aunque, quizá, esta vez tampoco le estuviera importando tanto ya que los empleó en disfrutar de la ciudad mientras que sus compañeros seguían con la rutina de no perder de vista al sospechoso.

Querían coger al pirata con las manos en la masa. Y esto no resultó una tarea fácil. Con un furgón especializado en transmisiones, ubicado a pocos metros de su casa, tenían el control de su ADSL, pero aquel chino infernal llevaba varios días sin conectarse más que para leer la prensa o visitar alguna web porno. Diego decidió esperar, así que pacientemente los tres policías se iban turnando para llevar a cabo la aburrida labor de chequear el circuito y esperar que algunos bytes del mismo fueran o vinieran de algún lugar que pudiera evidenciar su culpabilidad.

Anette no era tan amante de Hong Kong como Diego. Estaba allí por obligación y tenía unas ganas enormes de que aquello terminara para volver a Londres. Aunque francesa, se había acostumbrado perfectamente a la vida en el Reino Unido. Disfrutaba de la buena educación inglesa y de aquel especial sentido del “vive y deja vivir” que se practicaba en la vieja capital del imperio británico. El clima, no demasiado distante del parisino, le resultaba agradable, sin embargo el calor húmedo de Hong Kong le resultaba invivible. Sudaba por todos los poros de su cuerpo y solo ansiaba estar dentro de algún lugar con aire acondicionado. Diego siempre le decía que era fruto de la civilización tecnológica y que su cuerpo prefería las sensaciones virtuales a las reales. Anette era también otra ciberpolicía de parecida extracción a Diego, Ingeniera de Telecomunicaciones y mujer de acción, algo muy poco común como para que él no supiera apreciarlo convenientemente. Lo de su cuerpo y las sensaciones virtuales no dejaba de tener algo de coña, ya que no se le conocían escarceos de tipo alguno con el otro sexo. Su vida transcurría centrada en lo profesional, se ensimismaba en los casos con un nivel difícil de seguir para sus compañeros de equipo. Para Diego era imprescindible, ya que la mayor parte de las ocasiones Anette era la más capaz a la hora de profundizar en las estrategias, la que mejor retenía en su

cabeza todos los datos para sacar las conclusiones adecuadas.

Aquel día, el seguimiento le estaba resultando especialmente aburrido. El chino era un tipo metódico como pocos. Salía todas las tardes de su casa a la misma hora, andaba sin rumbo demasiado fijo por cualquiera de los dos lados de la bahía. De vez en cuando se pasaba por la décima planta de los almacenes SOGO y pasaba un buen rato echando un vistazo a los productos tecnológico expuestos. Pocas veces preguntaba a algún vendedor, sólo miraba y miraba. Cuando comenzaba a anochecer entraba a algún restaurante, cenaba rápido y volvía a casa. Así un día tras otro. Anette siguió como siempre su ruta habitual. La única novedad de aquella tarde fue que no cenó solo. En Central se le unió alguien desconocido para el grupo de policías y ambos deambularon hasta entrar en un restaurante en Lan Kwai Fong. Anette buscó un local desde el que pudiera ver con claridad la entrada del restaurante y se decidió también a cenar. De Hong Kong no solo odiaba el clima sino también la comida asiática. Por eso agradeció que el restaurante de aquella tarde fuera un italiano donde pudo pedir unos simples espagueti boloñesa. Desde su mesa, justo al lado del escaparate del restaurante, podía ver la entrada del lugar donde comían los chinos. Tardaron poco, por lo que casi tuvo que dejar su café a medias mientras se arrojaba a la calle para poder realizar el seguimiento. En la estación de metro de Central volvieron a separarse y el pirata tomó la línea que lo llevaba a su casa. Cuando entró en ella con Anette vigilándolo de cerca, la policía llamó a Diego.

—Jefe, el pájaro ha vuelto a su jaula. Como novedad hoy ha cenado con otro chino y poco más y me atraganto para poder seguirlos. ¡Esta gente gasta su tiempo en cualquier cosa menos en comer!

—OK, Anette. Vamos al aburrido seguimiento de su ADSL. A ver si esta noche hay suerte y se conecta a algún sitio raro.

Y la hubo. Diego y Jean estaban monitorizando la línea desde su furgón. No muy lejos se encontraba también el coche de la policía local que se coordinaba con ellos desde el comienzo de la investigación. Al poco rato de recibir la llamada de Anette, Diego descubrió que aquella noche las intenciones del pirata chino iban algo más lejos de leer el Asia Times on-line. Comenzaron a fluir las conexiones a máquinas virtuales remotas usando sus túneles habituales. Había llegado el momento. El pirata estaba claramente preparando sus nuevas acciones y era el momento de ir a por él. Anette se había unido ya al equipo y en ese momento tomaba posiciones junto a Jean. Diego contactó con los agentes de la HK Police Force. Al fin y al cabo los agentes de la Interpol solo podían servir de soporte a la policía local, pero la detención real tenía que hacerla la policía de Hong Kong.

Anette y Jean, junto con dos agentes subieron al piso del pirata. Diego continuó en el furgón manteniendo la recogida de datos de la ADSL. Cuatro agentes más permanecían cubriendo las puertas de salida del edificio y la de incendios. No se esperaban dificultades adicionales. El pirata era un tipo sin antecedentes y se le desconocían reacciones violentas. Físicamente, hasta Anette de un soplido podría derribarlo. Pero, no obstante, todas las previsiones debían ser pocas. Los agentes chinos llamaron a la puerta, se identificaron como policía y pidieron que les dieran acceso con rapidez. Todos llevaban sus armas desfundadas. Diego pudo observar desde su puesto como el pirata cerraba todas sus conexiones y apagaba el ordenador con rapidez. Tal como preveían no hubo resistencia. Abrió la puerta, levantó los brazos al ver aquel pelotón armado apuntándole y permitió que le esposaran sin más trámite. La policía judicial no tardó mucho en llegar y recoger todos los sistemas informáticos que allí había. Unido aquello a la información

recogida a través de la ADSL, el chino tenía la garantía de pasar una buena temporada a la sombra, y sin conexión a Internet, en alguna de las prisiones de Hong Kong.

—Chicos... Esto se acaba. Un nuevo éxito de los invencibles del bit —comentó Diego con sorna a sus compañeros.

—Bueno ahora toca la cosa de los informes y eso es lo peor de lo peor —apostilló Jean con tono pesimista.

—¿Cenamos algo? Ha sido un día duro —propuso Jean.

Pero Anette ya había cenado y todos estaban muy cansados. Por tanto se marcharon a su hotel, el Walden de Hennessey Road, un tres estrellas razonable para unos agentes de la Interpol de misión en un país extranjero. Diego y Jean tomaron un sándwich rápido y se marcharon a dormir.

Diego sabía que su estancia en Hong Kong se acababa. Y estaba dispuesto a disfrutar a fondo de los últimos momentos. Un par de días más para realizar todos los informes y tendrían que volar de vuelta a Londres. Aquella noche durmió algo inquieto. En algunas ocasiones cuando se encontraba desequilibrado emocionalmente la vida tomaba algunos tintes depresivos. La visión de una simple nube arrastrada por el viento otoñal, la sensación anticipada de que algo se terminaba, las tardes de los domingos cuando la evidencia de que el fin de semana se acaba y hay que volver a la rutina, hacen que la melancolía lo invada todo. El mundo se pintaba entonces de un especial tono siniestro, un nudo en el estómago se conciliaba con una aplastante sensación de soledad, de vacío. Era el momento de las preguntas sin respuesta, ¿qué hago aquí?, ¿hago lo que quiero hacer?, ¿dónde está la gente que quiero y que me quiere? ¿por qué no están cerca? ¿por qué la vida transcurre tan aprisa? Eran momentos en que el peso de los recuerdos se imponía a la fuerza de los nuevos proyectos, instantes en los que la nostalgia de un verano vivido en la Bretaña francesa con Janet era capaz de aprisionar toda su voluntad y arrinconar en su cerebro cualquier idea positiva sobre los nuevos proyectos que le esperaban en breve. ¡Janet! ¿dónde estaría ahora? Los recuerdos de aquella bella francesa no sólo no le reconfortaron sino que le imbuyeron más en la melancolía. Qué poco duró aquella historia, apenas unos meses mientras tomaba la decisión de abandonar la aburrida IBM. ¿Cómo terminó todo? ¿Una disputa? Algo sin importancia, ya ni se acordaba, pero en ocasiones tenía la impresión de haber perdido una gran oportunidad.

En momentos así solo cabía, si se podía, dormir; y si no, pasear, pasear durante horas de la forma más solitaria posible; pasear donde no hubiera gente, donde la sensación de estar solo en el mundo, solo con sus recuerdos y sin ninguna proyección al futuro, le abrumara, se introdujera por todos los poros de su piel. Luego venía la calma. Una simple idea cruzaba por su cerebro y poco a poco iba ganando la batalla a la nostalgia, a la melancolía. Podían ser unas simples notas musicales escuchadas en el viejo aparato de un bar, o la imagen de una nueva silla que iba a estrenar en la oficina, una simple idea positiva que lo sacaba de aquel pozo de tristeza.

Aquella noche de insomnio le apetecía más conducir que pasear. De madrugada bajó al parking del hotel y cogió el Toyota Camry que había alquilado durante su estancia en Hong Kong. Demasiado tarde para los trasnochadores y demasiado pronto para los madrugadores; la ciudad le pertenecía sólo a él, al solitario de Causeway Bay. Salió del hotel y torció por Hennessey Road, desde allí a la pista para tomar el túnel de Cross Harbour que le llevaría a Kwoloon cruzando por debajo del mar. Aunque le hubiera apetecido, no pisó a fondo el acelerador; al fin y al cabo era un servidor de la ley y había cosas que no podía permitirse. Terminó el túnel, y ya en Kwoloon tomó Waterloo Road, no tenía prisa y quería apurar los límites de la ciudad aquella noche. Salió de Kwoloon y enfiló hacia los Nuevos Territorios. Se detuvo casi en la frontera con China. Al otro lado

estaba Shenzhen, la nueva orbe de la tecnología asiática. Un país, dos sistemas, a un lado Hong Kong, con ese barniz de cosmopolitismo, grandes rascacielos, mucho trabajo y más de treinta mil dólares de renta *per capita*, al otro Shenzhen, símbolo de la nueva China, con rascacielos algo más pequeños y peor contruidos, un mundo menos organizado, lleno de trabajo y con poco más de dos mil dólares de renta. Diego había recibido de su madre una educación muy sensible hacia los temas sociales. La diplomática española militaba con convicción en el Partido Socialista y su hijo había heredado de ella un fuerte componente de respeto hacia los oprimidos. Pero, se preguntaba Diego, ¿por qué en la capitalista Hong Kong se trabajaba y vivía mejor que en la socialista China? Todo ello sin hablar ya de las libertades de las que se disfrutaba en un sitio frente a la opresión del otro. Cuando comenzó a amanecer, viró el Toyota tomando el camino del vuelta hacia Causeway Bay. De repente le entró un apetito descomunal y la simple idea de desayunar en el hotel, de tomar un café caliente y un par de tostadas junto a unos huevos con bacon y alguna fruta, le sacó de su profunda melancolía. Los pensamientos positivos comenzaron a surgir de nuevo. Pensó en que las navidades estaban cerca y que pasaría un par de semanas con sus padres en Madrid, en aquella ciudad que tanto echaba de menos. Pensó en que había resuelto de modo brillante un nuevo caso y que dicho dato no pasaría desapercibido en su expediente en la Interpol. Pensó en Jean y Anette y en ese momento supo que merecía la pena seguir viviendo.

IV – Eva Santos

Le gustaba pasear por la playa con la vista fija en la imagen del faro de Calaburras. ¡Maldita la facilidad para el paseo que tenía la playa de la Butibamba!, pero era lo que había. Bancales de arena mal dispuestos, demasiada inclinación, millones de trozos de conchas rotas que se te clavaban en los pies... Pero el entorno era formidable; el Mediterráneo al fondo, ese mar plateado de los atardeceres primaverales, calmado, sólo mecido por una leve brisa y un lento, lentísimo martillar de aquellas escasas olas. Cuando el momento era aquel en que el día cedía ante la fuerza de la noche, cuando los últimos rayos solares se perdían por detrás de las colinas, el faro comenzaba a emitir sus primeros destellos, la última brisa de la tarde solía calmarse y la agradable temperatura de mayo lo envolvía todo. Eva buscaba cada día ese mismo cúmulo de sensaciones, el faro a lo lejos en la punta más alejada de la cala, el color perla del mar reflejando la última luz del atardecer, la suave contienda de las olas contra la arena... Y al fondo, tras el faro, que oficiaba de centinela protector de la misma, Fuengirola; la villa blanca, la gran ciudad, el nexo con el mundo. El ritmo del paseo era el mismo a diario, primero en dirección a Calahonda y luego la vuelta con el faro ya alumbrando. Pasaba la urbanización de las Mimosas, dejaba atrás las casas de los cordobeses con ese ambiente de playa de tantos años atrás, con los niños rebozándose en la arena, el olor de sardinas asadas y la vida volcada hacia la calle. Luego llegaba el chiringuito de los Moreno y comenzaba a avistar el Gran Hotel Costa del Sol, ese monstruoso edificio que le robaba uniformidad al paisaje. Unos pocos metros tras pasar el hotel, torcía a su izquierda para abandonar la arena, se limpiaba los pies en la ducha pública, sacaba las chanclas del bolso, se las calzaba y enfilaba hacia su casa que no distaba más que unas decenas de metros de la playa.

Su cuerpo se cimbreaba mientras sus talones se hundían en la arena. La media melena trigueña se bamboleaba mecida por la leve brisa. Los ojos de algunos de los paseantes masculinos la perseguían libidinosos. Sin tener un físico espléndido, Eva, a sus poco más de cuarenta años, se conservaba con una belleza serena. Pero siempre caminaba sola por la playa. Su vida era tan monótona como sus paseos vespertinos a la orilla del mar. Llevaba viviendo en La Cala de Mijas desde que su padre, el notario Luis Santos Ramírez obtuvo plaza para Fuengirola y la familia optó por la tranquilidad de La Cala frente al bullicio de la gran ciudad malagueña. Se trasladaron desde Madrid, allá por los finales de la década de los ochenta, cuando Eva tenía alrededor de veinte años, compraron la casa de la calle Antequera para vivienda y alquilaron el piso de Fuengirola para el ejercicio profesional de su padre. Eva moderaba su razonable atractivo físico con una inusitada timidez y una no menos resaltada misantropía. No era mala estudiante, pero carecía de empuje. Había comenzado a estudiar Filosofía en Madrid y hubo de trasladar su expediente a Málaga. Pasó por la carrera sin grandes ilusiones y una vez terminada nunca más volvió a recordar a Platón, Descartes o Shopenhauer. Su madre falleció a los pocos años y Eva asumió que su vida, su futuro sería cuidar de su padre y alimentar la llama del hogar. Nunca pensó en trabajar, en desarrollar una profesión fuera de casa; tampoco le faltaban recursos económicos, por lo que no necesitaba emplearse por dinero, ya que por vocación no lo deseaba. Don Luis Santos fue desarrollando su carrera en la época en que ser notario en la Costa del Sol suponía hacer miles de operaciones inmobiliarias cada mes. Su patrimonio fue creciendo, hizo algunos negocios con constructores de la zona. Le salieron bien y poco a poco fue enriqueciéndose, si no en demasiada abundancia sí con el volumen suficiente como para que su hija no tuviera que

preocuparse por los aspectos materiales de la existencia. Unido esto a su timidez y a su falta de coraje, Eva no emprendió ningún proyecto a lo largo de su vida, ni siquiera el de echarse novio y casarse. Y no sería por la falta de candidatos. No hubiera sido justo decir que era de gran belleza o físico espectacular, pero sí tenía las suficientes dotes como para que, unidas a la pequeña fortuna familiar, la hicieran más que deseable para cualquier joven de la zona. Nunca perteneció a uno de esos grupos de amigos fuertes y cohesionados que persisten a lo largo de los años. Durante su época universitaria entabló algunas efímeras relaciones pero que no enraizaban debido a su falta de afición a salir de fiesta. Aprendió a amar el cine, la literatura, la música, pero los jóvenes universitarios que podían cortejarla preferían las noches de copas en los locales de moda de Marbella a Torremolinos. Si en los hombres no parecía encontrar con facilidad su media naranja, tampoco entre las mujeres tuvo nunca amigas más allá de la superficialidad. Llegó a la Costa del Sol con la adolescencia ya superada y esa es la edad donde se fortalecen ese tipo de relaciones. Su personalidad no terminaba tampoco de encajar con las fuertemente extrovertidas costumbre locales. Hasta el momento su vida se había desarrollado en la más sobria Madrid y aquel bullicio callejero de Málaga no terminaba de ir con ella.

Así transcurrieron la juventud y los primeros años de madurez de Eva. Ocupándose de su padre y de la casa, buscando la evasión solo a través del cine o la literatura y cultivando cada vez más su soledad buscada y odiada a la vez. Sí, porque realmente Eva odiaba su monótona vida. Y lo que era peor, carecía de las agallas suficientes como para cambiarla. Ello la sumía en unas crisis de angustia que primero fueron esporádicas y luego cada vez más frecuentes. La ansiedad le venía como una especie de puñetazo en el estómago que le impedía hacer las tareas más habituales. Sólo buscaba la oscuridad de su habitación para refugiarse y esperar que el mal momento pasara. Tumbada en la cama y con la ventana entornada para que solo dejara entrar un tenue rayo de luz, Eva trataba de vaciar su cabeza. Pero no solía ser posible. Por ella pasaban las muchas oportunidades de tener una vida diferente que se habían cruzado en su camino, las veces que había dicho “no” a salir una tarde con sus compañeros de la universidad, la displicencia con la que había despachado algún posible novio que comenzaba a cortejarla. En su interior sabía que solo podía superar aquello si cambiaba de actitud y comenzaba a ser más sociable, pero también era consciente de que un fuerza superior a su voluntad le impedía hacerlo. Y entonces la angustia la devoraba. Sólo el Tranquimazín la ayudaba a salir de aquello.

De todas formas, lo peor vino, tras la muerte de su padre. Eva tenía entonces treinta y cuatro años y con su progenitor desapareció el único vínculo que la unía a la realidad. Los primeros meses de soledad no fueron demasiado malos. Fue entonces también cuando conoció a Steve. Aquel aguerrido ex soldado británico que tenía alquilado uno de los apartamentos propiedad de don Luis Santos. Aunque Gancedo, el gestor que llevaba todos los temas de la familia, se ofreció a encargarse de las gestiones a realizar, Eva quiso echarle algo de valor a la vida e implicarse algo más en gestionar el pequeño patrimonio familiar, entre otras cosas para superar uno más de sus múltiples miedos, el de quedarse sin dinero, empobrecerse y tener que buscar un trabajo para sobrevivir. Eva escribió una carta a todos sus inquilinos anunciándoles la muerte de don Luis y poniéndose a su disposición a partir de ese momento. Steve la llamó a las pocas semanas para pedirle que pintara la vivienda que ocupaba. El hecho ocurría en un momento en que aún la muerte de su padre no la había afectado en lo profundo. Aún estaba en esa fase de tristeza inicial previa a la comprensión del auténtico significado de la muerte de un ser querido; en esa fase en la que Eva quiso llenar su vida de actividad para vaciarla de la sensación de soledad que la amenazaba cada día. Visitó la casa de Steve, entre otras cosas porque la voz del inglés al

teléfono le pareció sugerente. En aquellos momentos se veía a sí misma de una forma desconocida, era como si de repente una fuerza inédita para ella la estuviera poseyendo. Y, por tanto, algo tan simple como que la voz de un hombre por teléfono la inclinara a desear conocerlo podía suceder en su vida al modo de una situación normal. Lógicamente, como luego se comprobaría, solo se trataba de un sueño que se evaporaría con el tiempo. No pasarían muchas semanas sin que la Eva solitaria y angustiada volviera al escenario. Pero en aquel momento se sentía fuerte. Visitó a Steve y vio que efectivamente el apartamento necesitaba ser pintado. El inglés había sido soldado de la Royal Navy, veterano de la guerra de las Malvinas y hombre de mundo. No dejó pasar la oportunidad de ligar con su casera y en seguida comenzó a persistir en sus llamadas telefónicas e intentos de invitarla a tomar un *scotch* donde ella quisiera. Sea por las razones que fuera Eva terminó aceptando. Steve era, además de un aguerrido ex soldado, un excelente compañero de conversación y Eva pensó que en él podía estar el salto hacia una nueva forma de vida. Tuvieron una relación intensa durante unos pocos meses. Steve llevaba poco tiempo en España, se había planteado su estancia en la Costa del Sol como una especie de año sabático después de su ajetreada vida anterior. Tenía poco más de cuarenta años, pero como había recibido varias heridas de guerra, le habían licenciado con una pequeña pensión que le permitía vivir sin preocuparse mucho del futuro. Lógicamente en España su pequeña pensión británica se agrandaba por la diferencia de nivel de vida entre los dos países por aquel entonces.

Fueron unos meses curiosos e intensos. La vida de Eva cambió notoriamente. Steve llenó de sobra el hueco que su padre había dejado y retrasó lo suficiente la aparición de las peores sensaciones de soledad y nostalgia del ser querido. A pesar de su profesión, el inglés era un tipo lo suficientemente culto como para poder conversar con él de cualquier tema, incluidos los artísticos e intelectuales que constituían la preferencia de Eva. En los meses que duró su corta relación se vieron abundantemente, incluso Steve durmió varios días en la casa de Eva, aunque ella nunca lo hizo en la de Steve. Viajaron a Sevilla en una memorable excursión en la que ella sirvió de cicerone al inglés, mostrándole los tesoros ocultos de la taifa de Al-Mutamid. Solían verse casi a diario para pasear, charlar, ir al cine y, en ocasiones, cenar juntos para luego entregarse a una apasionada relación. Eva no era una mujer experimentada en lo que al sexo se refiere. Un par de experiencias con compañeros de estudios, rápidamente alejados por ella misma de su vida, constituían todo su curriculum al respecto. Sin embargo, con el inglés recuperó el tiempo perdido.

Pero un día Steve desapareció. Simplemente se marchó sin despedirse. Su teléfono dejó de contestar, su piso quedó desocupado y la vida de Eva destrozada. Si hay algo peor que la sensación de angustia que produce no ser capaz de intentar algo, es la de haber fracasado en el intento. Con la salida de Steve de su vida, las crisis de ansiedad y el Tranquimazín volvieron a tomar posiciones en la existencia de Eva. La única diferencia con su pasado vino por el hecho de haberse acercado al colectivo anglosajón de la zona. Eva hablaba inglés razonablemente; nunca estuvo en el Reino Unido o en algún otro país de habla inglesa, ya que, a pesar de la insistencia de sus padres, sus fobias sociales se habían impuesto al natural deseo de sus progenitores de que adquiriera en ese aspecto la cualificación necesaria. Pero a pesar de su falta de experiencia en el mundo real de habla inglesa, durante sus estudios en España había adquirido una competencia razonable, habilidad que desarrolló durante su relación con Steve. Y es que mientras aquella duró, se hicieron frecuentes las visitas a algunos locales de ambiente inglés de la zona. De todos es conocido que el colectivo anglosajón de la Costa del Sol vive una vida apartada del nacional. Tiene sus propios bares y restaurantes, se relacionan poco con la población española y rara vez deciden aprender más allá de unos mínimos rudimentos de Español, todo ello más allá de que

hayan decidido que el sol malagueño caliente sus huesos durante los muchos años que medien entre el inicio de su jubilación y su paso a la otra orilla del Leteo. En fin, el asunto fue que esa educada distancia que suelen poner los ingleses en su trato social le resultó a Eva más natural para su manera de ser que el exagerado acercamiento con que los naturales llevaban sus relaciones de amistad. Por tanto, a pesar de la desaparición de Steve, Eva continuó frecuentando la amistad de algunas personas con las que había intimado durante el corto periodo de su relación con el inglés. Ello incluía sobre todo a Mary, una fortachona escocesa viuda de un ingeniero aeronáutico que, ante la falta de hijos que cuidar, decidió trasladarse a España para cuidar de sus huesos que preferían el cálido sol de la costa malagueña antes que las húmedas brumas de los highlands. Además de la escocesa, también aparecieron en el corto catálogo de sus nuevos conocimientos, una pareja de profesores londinenses que habían comprado una casa en Marbella para pasar allí sus días de ocio, Joaquim y Betty, J&B, como Steve los llamaba haciendo gala de sus cortos recursos de humor anglosajón. Lo cierto es que ni a Mary ni a los J&B quiso Eva comentarles la despedida a la francesa de Steve, se limitó a decirles que habían roto sus relaciones y que el inglés había decidido volver a su país. En ningún caso quería pasar por la vergüenza de que los otros supieran de su abandono.

Así pues, la vida de la Eva post Steve no varió demasiado de la anterior. Mucho de soledad, una buena dosis de paseos en solitario por la playa de la Butibamba, bastante angustia y solo un poco de trato humano a través de sus nuevos amigos británicos. Trato humano que, desde luego, no rebasaba los límites de una correcta y superficial amistad; tomar el té en contadas ocasiones, alguna excursión por los alrededores y poco más. Nada más allá de verse una o dos veces al mes. La playa era para los británicos un objeto de devoción, la adoraban pero tanto era su veneración por ella que no se atrevían a pisarla. Su culto se centraba en mirarla insistentemente desde las terrazas de sus casas situadas en los cerros que la precedían por detrás de la autopista A-7. No se aventuraban, por supuesto, a manchar sus pies con la arena de la costa malagueña aunque disfrutaban como pocos contemplándola desde el par de kilómetros que la separaban de sus viviendas.

La crisis por la pérdida del padre apareció entonces virulenta. La sensación de fracaso por la pérdida del inglés, tras haber vivido con él lo que ella consideraba los meses más maravillosos de su vida, se mezcló con su nuevo estado de soledad y el Tranquimazín volvió a presidir sus solitarios días.

V – Paula y Rocío

–Chica, no sé que ves en ese tío. Calvo, cuarentón... –Le recriminaba Rocío a su amiga Paula mientras deglutía el filete de merluza a la romana rodeado de unos cuantos guisantes de aspecto bastante poco atractivo.

–No sé, tiene un no sé qué que me llama la atención. No puede decirse que me atraiga, simplemente me intriga y no me gusta dejar ecuaciones sin resolver.

Las dos enfermeras charlaban tranquilamente en la cafetería del Hospital Costa del Sol mientras comían tras terminar su turno. Así era más cómodo para ambas. La semana que trabajaban por la mañana salían a las tres y preferían comer el menú casi inmundo del hospital antes de marcharse a casa ya con toda la tarde libre. Aquella tarde, el doctor Rotmensen también comía, en solitario, en una mesa cercana. Desde aquel día en que ambos se habían conocido en el despacho del holandés junto al cadáver de Eva Santos apenas si habían vuelto a coincidir. Algún cruce por los pasillos del centro y poco más. Era la primera vez que se presentaba una ocasión adecuada para profundizar. Septiembre avanzaba en el calendario y por las grandes cristaleras de la cafetería se colaba un tenue sol en transición desde los furros estivales hasta la moderación otoñal. Paula seguía con el dedo índice la línea que en la mesa marcaban la presencia de la luz solar y fijaba su frontera con la sombra. Parecía concentrarse en esto más de lo que lo hacía en las respuestas a su amiga.

–¿Qué tal doctor? ¿Cuándo va usted a explicarme algo más sobre el “síndrome del corazón roto”? La verdad es que me dejó muy intrigada –Paula no dudó en abordarlo con naturalidad mientras se dirigía a depositar su bandeja vacía en el portabandejas.

–¡Vaya Paula!, ¡qué sorpresa! Encantado de hacerlo cuando quieras. –La cara de Rotmensen denotaba un alegre desconcierto. No sabía hasta qué punto el interés de la guapa sevillana era solo profesional, pero, desde luego, valía la pena arriesgarse a profundizar en ello. Rotmensen no era de esa clase de tipos que aparentan estar todo el día intentando ligar con cualquier chica que se le ponga a tiro, o al menos no arrastraba esa fama. Pero su mujer había muerto hace tiempo y no era, desde luego, de los que declinaba el contacto con el otro sexo. No había nada de malo en que un viudo de mediana edad aún no demasiado machacado por el tiempo, intentara llevar una vida sexual medianamente activa.

–No sé, dígame cuándo está de guardia y si no tiene pacientes podemos vernos –le respondió Paula simulando indolencia y no demasiado interés.

–Perfecto. El sábado próximo –dijo Rotmensen sin dudar.

–Muy bien, yo tengo turno de mañana así que si quiere me quedo después de comer.

–Bueno, mejor comemos juntos y charlamos. Por cierto, si no te importa creo que es mejor que me tutees, ¡no soy tan viejo! –El holandés comenzó un cierto proceso de flirteo. Realmente no parecía estar muy ducho en la técnica, lo que quizá le daba aún más atractivo a los ojos e la enfermera.

–Está bien, ¿Elías? ¿Es así tú nombre no?

–Sí, Elías Rotmensen. A tu disposición – respondía el médico con un leve gesto de cabeza más militar que elegante.

La compañera de Paula, que la esperaba en la puerta de la cafetería no salía de su asombro viendo los desmañados gestos del holandés y el desparpajo con que su compañera despachaba el asunto. En general las enfermeras no solían tener demasiadas familiaridades con los médicos. El

entorno corporativo de la sanidad tenía barreras históricas y una cierta estructura de castas que ni siquiera el siglo XXI había vencido del todo.

–No sé hija cómo le echas ese morro. ¿Te lo vas a ligar así, sin más?

–Que ya te he dicho que no. Sólo me intriga y quiero averiguar algo más sobre él. Además no me niegues que tiene un cierto atractivo –Paula se justificaba–, tendrá sus años y estará calvo, pero es guapo y tiene buen cuerpo. Además es elegante y se ve que le gusta cuidarse. Me gustan los tíos así, esos que siempre llevan los puños de la camisa como si acabarían de ponérsela y el olor a colonia o *after shave* no les abandona en todo el día. Además es holandés y no tengo ningún guiri en el curriculum. Y, aunque no te lo creas, me interesa lo del “síndrome de corazón roto”, no digas que no es romántico. Un tipo de miocardiopatía ocasionado porque se rompe el corazón, ¿por qué se rompe?, ¿una decepción amorosa?, ¿el olvido de un amigo?, ¿se rompe sin más por un problema solamente físico?, ¿por un desarreglo hormonal?, ¿o es por un dolor del alma? Realmente quiero saber más sobre ello.

–En fin, tú sabrás, pero a mi ese guiri me parece un tipo raro por más litros de colonia que se eche al día. Además por ahí no se cuenta nada demasiado interesante de él, no se relaciona mucho con nadie y desde que murió su mujer no se le conoce ni un solo asuntillo sentimental. ¡Chica, que es un soso!

–Bueno, yo tampoco soy la alegría de la huerta, ¿no te parece? –Paula se conocía bien a sí misma.

–Sí, hija, desde luego que no. Pero ahora mismo estoy viendo a mi alrededor entre quince y veinte tíos a los que les tiraría los tejos antes que a ese carcamal.

Rocío y Paula no solo eran compañeras en el área de cardiología del hospital sino que además compartían piso en Marbella. Rocío era malagueña, llevaba más tiempo que Paula empleada en el Costa del Sol y cuando la sevillana entró a trabajar allí fue su mentora en todos los asuntos, tanto sanitarios como no sanitarios del centro. En seguida se cayeron bien. Rocío tenía su familia en Málaga, pero no le apetecía hacer a diario los más de cien kilómetros que la ida y la vuelta a Marbella le requerían. Entre eso y que le apetecía tener una vida más o menos independiente de sus padres y algo alejada de su hermano al que casi odiaba, no dudó en alquilarse un piso en Marbella y comenzar así una nueva existencia autónoma aunque más solitaria. Sin embargo, extrovertida y afable como era, no tardó en relacionarse con todo el hospital y su casa pronto se convirtió en un centro social por donde pasaban a decenas sus compañeros de trabajo. Cuando Paula apareció por allí, y tras unas semanas de conocerse y caerse bien, Rocío decidió que lo mejor era ofrecerle vivir juntas y compartir los gastos. Al fin y al cabo el piso de Marbella era grande, tenía dos habitaciones y dos baños; podían vivir juntas pero con total independencia. Paula aceptó encantada, llevaba unas semanas durmiendo en un hostel de mala muerte mientras encontraba algo; y lo que Rocío le ofrecía superaba todas sus expectativas.

La verdad es que se llevaban muy bien aunque eran radicalmente distintas. Rocío era extrovertida, desordenada, impuntual... En fin, un desastre. Paula no es que fuera tímida, pero desde luego no llegaba a los niveles relacionales de su amiga. Además era ordenada y rigurosa con sus asuntos. Su casa era el paraíso del contraste. Habían acordado que el salón, como zona común, debía estar siempre más o menos en orden, pero las habitaciones de ambas contrastaban al máximo. En la de Rocío la ropa se acumulaba sobre la silla, la cama..., era usual tropezarse con varios zapatos por el suelo. El día que libraba recogía todo como podía y lo echaba a la lavadora, pero como tampoco le apetecía mucho planchar, lo normal es que la ropa terminara con

bastante desorden, acumulada dentro del armario a la espera de un planchado rápido por la mañana antes de salir pitando para el hospital. En su baño era difícil encontrar cerrado cualquier recipiente, fuese de gel, champú, pasta de dientes, etc. Lo normal es que todo terminara amontonado sobre el mueble del lavabo. En cambio la habitación de Paula tenía siempre un orden pulcro. La cama perfectamente hecha, todo el vestuario convenientemente planchado y ordenado en el armario. Parecía que incluso ni removiera la ropa de la cama cuando dormía. Para ella las operaciones de lavado y planchado estaban fuertemente vinculadas, de forma que nada más recoger la ropa seca la planchaba y guardaba de inmediato. El contraste se dejaba notar también en el momento en que salían a trabajar. Salvo excepciones siempre tenían el mismo turno por lo que, fuera por la mañana o por la tarde, la situación siempre era la misma. Paula, pulcrísima, esperando impaciente a su amiga y Rocío corriendo nerviosa terminando de planchar una camiseta o un vaquero mientras deglutía una tostada y la mermelada le goteaba al suelo. En aquellos momentos Paula se ponía de los nervios ya que odiaba llegar tarde a cualquier sitio. Además laboralmente no podía permitírselo, en el primer mes de compartir piso con Rocío llegó a acumular cuatro retrasos en su turno y la supervisora la abroncó y amenazó con ponerle una sanción si el tema se repetía. Rocío parecía no tener esa preocupación y es que dado su carácter terminaba lidiando esos temas siempre con fortuna para ella. Ponía cara de cordero a punto de degollar, desplegaba su más encantadora sonrisa, soltaba las disculpas más inverosímiles y... finalmente nadie le recriminaba nada. Pero Paula era diferente y en más de una ocasión llegó a dejar en tierra a su amiga. Rocío no conducía; el coche en el que a diario iban al hospital era el de Paula. Y ésta, harta más de un día de esperar a su amiga, la había dejado en tierra obligándola a tomar un taxi de urgencia. La sevillana pensaba que así Rocío terminaría aprendiendo la lección. Pero nada más lejos de la realidad.

Sin embargo, todo ese desorden en su intendencia personal se volvía en Rocío profesionalidad y buen trato con los pacientes del centro. Su trabajo no era sencillo, junto con otras enfermeras compartía la responsabilidad de la UVI de Cardiología. Allí todo era precisión, método y buen hacer. Quien la conocía no se explicaba ese tan llamativo contraste. De hecho parecía que los nervios que arrastraba por la mañana para vestirse, desayunar y salir a tiempo de su casa se volvían calma y sangre fría en su trabajo. Trabajo que, por cierto, no era sencillo. La UVI estaba repleta de pacientes con infartos, anginas de pecho... En general, problemas muy serios donde la vida y la muerte convivían separadas por un delgado hilo que se rompía con facilidad extrema. Y Rocío había demostrado ya en muchas ocasiones que retener a alguien a este lado del Leteo no era demasiado difícil para ella. Cuando las cosas venían duras y tenían que enfrentarse a una parada de difícil recuperación, todos los cardiólogos preferían tenerla cerca. Parecía adivinar sus pensamientos, antes que ellos lo pidieran el desfibrilador estaba en sus manos, ninguna enfermera practicaba el masaje cardíaco con su eficiencia. En fin que, sin duda, se tenía ganado el respecto de toda el área de Cardiología, lo que ayudaba más aún a que le perdonaran sus retrasos y el desaliño mañanero.

Paula era bastante diferente en ese aspecto. No es que fuera una mala profesional, pero resultaba bastante más novata y le faltaba aún la desenvoltura de su amiga. En el servicio se consideraba que aún le faltaba mucho por aprender. De hecho en la UVI solo entraba cuando era estrictamente indispensable porque había que suplir a alguien. Era, desde luego, responsable y cuidadosa con su trabajo, pero le faltaba ese punto de precisión con el que Rocío era capaz de atender los asuntos más complicados. En más de una ocasión había estado tentada de pedir el traslado a un área menos crítica, pero su pundonor personal se lo impedía. Cuando estudiaba, su

padre era muy exigente con ella, y Paula solía corresponder con unas notas medias razonables. Siempre le decía que el trabajo bien hecho, la dedicación con todo el ímpetu a la tarea que realizas era la base de una buena vida. Paula no tenía aún claro si eso era cierto o no, pero no quería decepcionar al bueno de Pedro Salgado, un humilde tabernero de Triana que había sacado adelante a sus tres hijos trabajando como un burro toda la vida e inventado cada día alguna cosa nueva para que su taberna resaltara y tuviera cada vez más clientes. Paula sentía verdadera devoción por su padre y ahora, con un cáncer de próstata a punto de llevárselo al otro barrio, sentía más que nunca que tenía que esforzarse para no decepcionarlo. Ella era su ojito derecho. De sus hermanos, uno le ayudaba en la taberna y el otro trabajaba en la oficina de una distribuidora de muebles, más que por sus cualidades, por la recomendación de uno de los buenos clientes del padre que entre manzanilla y manzanilla le había ido metiendo por los ojos al niño para que pudiera entrar de lo que fuera en la empresa. Pero con Paula las cosas eran distintas. Ella había sido capaz de sacar adelante la carrera de enfermería y el orgullo de su padre se notaba en sus ojos cada vez que miraba a la niña. Paula, además, había salido al padre, era independiente y orgullosa. No quería nada que no se hubiera ganado por sí misma. Cuando estudiaba sabía que no era de las más inteligentes del grupo, no era de esas alumnas que acumulaban unas cuantas matrículas de honor en su expediente, pero tampoco era de las que suspendían en junio y andaban renqueando en septiembre. Siempre sacó los cursos en su momento y su expediente se hallaba trufado con varios notables y algún que otro sobresaliente.

Con Rotmensen había tenido poco trato, pero el doctor Fuentes, el jefe del Servicio de Cardiología Pediátrica era para ella lo más cercano a su padre entre el personal del hospital. Era un viejecito encantador que se volcaba en el cuidado de los niños con un ansia que desbordaba lo meramente profesional. Como Paula rotaba por los diferentes servicios del área de Cardiología, cuando tenía turno con Fuentes, el doctor siempre tenía algunas palabras amables para ella. Trataba de aconsejarla acerca de cómo llevar mejor a cabo las distintas técnicas de enfermería con los niños y Paula intentaba aprender todo de él; porque desde luego, eso sí lo tenía la sevillana, un ansia de aprender que estaba por encima de cualquiera otra de sus facultades. Un tipo curioso el doctor Fuentes, además de los niños su otra pasión eran los cachivaches cibernéticos. A sus más de sesenta años podía vérselo siempre conectado a *Facebook*, chateando a través del *Messenger* o usando el correo electrónico, saltando de Google a la Wikipedia... En las últimas semanas andaba orgulloso con su nuevo Ipad siempre debajo del brazo o contestando algún mensaje parado en cualquier pasillo del hospital. Su vieja Blackberry de siempre parecía haber sido arrinconada por el nuevo artilugio.

Cuando aquella noche Paula encendió el ordenador en su habitación y consultó el correo electrónico, además de los consabidos mensajes de sus amigos, encontró uno de Fuentes con los datos que le había pedido acerca de la Miocardiopatía de Takotsubo.

VI – El pastor y la roca

Rotmensen era un tipo algo extraño. O al menos, así se consideraba a sí mismo. Aquel día, como en tantas otras ocasiones, se despertó con la impresión de que no le apetecía nada hacer lo que tenía previsto hacer. El día anterior había disfrutado con la idea de quedar con Paula. La chica era guapa y simpática, su mujer había muerto hacía ya muchos años... Todo parecía prometedor aunque la causa de la reunión fuera solo dar explicaciones acerca de una extraña enfermedad cardíaca. Sin embargo, al levantarse aquel día sentía más miedo que deseo. Miedo al ridículo ante una joven guapa. Al fin y al cabo -pensaba él- comenzaba ya su declive físico; demasiados años para poder estar al nivel requerido. No obstante, se afeitó con más cuidado del habitual, que ya era notorio. El holandés pertenecía a ese tipo de hombres que ponía en el cuidado de su aspecto un interés poco común en el género masculino. Pasó la cuchilla con precisión por toda la superficie de su cara. Revisó bien el resultado de la tarea en el espejo de aumento colocado a la izquierda del frontal del baño. Como la mayor parte de los centroeuropeos carecía de esa profunda barba de muchos españoles por lo que no le supuso un gran esfuerzo obtener un resultado satisfactorio. Se lavó la cara con agua fría para cerrar los poros y la impregnó con una buena dosis de crema hidratante. Nada de esas locuras de lociones cargadas de alcoholes y otros productos que destrozaban la piel. La suya se mantenía perfectamente tersa. Lo peor era la incipiente calvicie. Ciertamente aun no era demasiado pronunciada, pero el hecho le molestaba ostensiblemente, le ponía nervioso, hería su orgullo de hombre que se consideraba a sí mismo atractivo. Había intentado frenar aquello usando diversas técnicas pero no lo había conseguido. Tendría que acostumbrarse, qué remedio.

Eligió con esmero la ropa que llevaría ese día. La verdad es que la chica merecía el esfuerzo. Su armario estaba bastante bien poblado. Cuando se vivía solo, como era su caso, el salario de cardiólogo en la sanidad pública andaluza no estaba tan mal. Daba de sí lo suficiente como para permitirse tener un buen vestuario disponible. Eligió un traje gris perla y una camisa blanca. Declinó la corbata, pero no unos gemelos de oro y onix negro, los que más le gustaban de su colección. Se miró finalmente en el espejo integral de su armario y se dio el visto bueno a sí mismo. “Elias –pensó para sí–, aún puedes resultar atractivo para una joven de poco más de veinte años”.

–Bueno, no sé si será necesario acudir a la cita con Rotmensen –comentó Paula a su amiga Rocío mientras salía de su casa para dirigirse al hospital–. Fuentes me ha mandado un montón de información sobre la miocardiopatía de Takotsubo, no creo que necesite saber mucho más al respecto.

– Je, ahora te da miedo acudir a la cita y buscas justificaciones. Pero, ¿por qué vas a ver al doctor Rotmensen, porque es un tipo atractivo o porque te va a dar una clase de Cardiología?

– La verdad es que no lo sé muy bien. Me parece bastante seductor, pero hay algo extraño en él y me gustaría indagar en ello. Además, he leído la información del doctor Fuentes y no me encaja mucho con lo que me contó Rotmensen en su despacho sobre aquella pobre chica que murió allí. Siento curiosidad profesional, nada más.

Era pronto, poco más de la una. Ese día Rocío tenía el día libre y por ello Paula se marchó sola al hospital dejando a su amiga intentando arreglar algo el desorden habitual de sus cosas. Subió al coche. Había quedado en comer con Rotmensen sobre las dos, ya que su turno de tarde

comenzaba a las tres. Planeaba ir a buscarlo a su despacho poco antes de esa hora y luego ir a la cafetería.

Sobre la una y media Paula estaba ya en el aparcamiento del Costa del Sol. Dejó el coche, fue a cambiarse al vestuario y desde allí se dirigió hacia el despacho del médico. Eran poco más de las dos menos cuarto cuando la enfermera enfiló el pasillo que la llevaría hacia la zona de despachos en el área de Cardiología.

Elias Rotmensen estaba sentado ante su mesa mirando abstraído por la ventana. Una vez más los pinares cercanos al mar le serenaban el alma. Cuántas veces, durante la larga enfermedad de su mujer, había pasado horas frente a la ventana contrastando el verdor de los pinos con las diferentes tonalidades que el mar iba tomando durante el atardecer. Sabía que no debía hacerlo, pero se dirigió a su ordenador, cargó el Spotify y buscó aquel viejo lied de Schubert, *Der Hirt auf dem Felsen, El pastor y la roca*. Sonaron los primeros acordes secos y tristes del piano hasta que el risueño clarinete se hizo dueño de la situación durante medio minuto aproximadamente. Entonces la voz de la solista se alzó misteriosa,

“Cuando estoy sobre la roca más elevada,
miro desde allí el profundo valle
y canto.
Lejano, desde el profundo y oscuro valle,
se eleva el eco
del abismo rocoso”.

Cuando escuchaba este lied, Rotmensen se sentía, igualmente, sobre la roca más elevada contemplando aquel profundo valle. La armonía del clarinete le sugería un hermoso paraje con altos árboles de hojas intensamente verdes sacudidas por un tenue viento del Este. Sin embargo, la voz de la soprano en seguida le traía la oscuridad, ese eco terrible saliendo del abismo rocoso. Sentía entonces miedo, un miedo candente que le cegaba el alma. Se sentía pastor solitario en una roca altísima, sin nadie en el mundo más que él; más que él y una terrible sombra de maldad que le acechaba.

“Mi bien amada habita, tan alejada de mí,
que yo suspiro apasionadamente
por ella.
Me consume un profundo tormento.
Para mí no hay más alegría,
sobre la tierra ha desaparecido la esperanza,
estoy tan solo aquí”.

Y en un momento el clarinete parecía trazar un combate feroz con la solista. Subían de tono las notas del uno y el canto de la otra. En una pelea grotesca entre el bien y el mal. Dios en forma de notas de viento y el diablo saliendo de la garganta de aquella perversa mujer.

“Cuanto más lejana llegue mi voz
tanto más límpida regresa
de las profundidades”.

Las profundidades, el abismo. La cantante sabía que tenía que llegar a lo más profundo del mal

para que su voz pudiera regresar curada de las profundidades.

La verdad es que no sabía por qué algo le inducía a oír aquella pieza de Schubert en ciertas ocasiones. Aquella música le desasosegaba como pocas cosas en la vida. Y hoy no quería estar desasosegado, dentro de poco tenía la cita con Paula y bajo ningún concepto quería dejar en la enfermera la impresión de ser un tipo sórdido. Quizá fue el recuerdo de aquella época, recién muerta su mujer, en que se sumió en la más profunda de las melancolías y pasaba el día oyendo una y otra vez *Der Hirt auf dem Felsen*. Bajando a las profundidades del infierno como Orfeo buscando a su amada Eurídice. Pensó volverse loco, pero finalmente fue saliendo de aquel terrible estado y la imagen de su esposa se fue difuminando con el paso del tiempo. Solo muy de tarde en tarde notaba el impulso de volver a escuchar a Schubert y entonces su alma de nuevo se sentía navegando al lado de Caronte entre un negro océano de soledad perversa.

Los nudillos de Paula sonaron en la puerta justo en el momento en que el clarinete y la soprano terminaban su duelo. El pastor abandonó entonces la roca como nunca antes lo había hecho, de un salto y sin temor al abismo profundo que le rodeaba. Rotmensen volvió al mundo real en décimas de segundo y comprendió entonces que quizá había escuchado por última vez aquel terrible lied.

—Pasa, por favor. Estaba trabajando en unas historias clínicas —mintió Rotmensen—, pero luego puedo continuar. Si quieres nos vamos a comer.

—Sí, está bien, tengo turno a las tres así que no tenemos mucho tiempo.

Paula percibió el desasosiego del holandés junto con su atractiva elegancia. No podía evitarlo, aquel hombre le sugería afanes de protección, se le veía desvalido. Guapo, elegante y desvalido, ¡qué combinación más atractiva! Salieron del despacho camino de la cafetería. En pocos minutos estaban sentados con una ensaladilla rusa y un filete empanado en sendas bandejas.

—Terrible sitio para comer —Rotmensen intentó romper el hielo.

—Sí, pero es barato y rápido.

—Bueno, querías saber más del síndrome de Takotsubo, ¿no es así?

—Sí, me pareció poético aquello del “corazón roto”

—En fin, quizá sea algo más prosaico de lo que pueda parecer —el holandés decidió tomar un tono profesional—. Se trata simplemente de una disfunción ventricular poco distinguible de cualquier síndrome miocárdico agudo. Como dato curioso suele darse más en mujeres que en hombres y se caracteriza por un abombamiento apical del ventrículo izquierdo.

—¿Y por qué lo del “corazón roto”?

—Por la inflamación que se produce en el corazón y quizá también por que como suele cursar tras un episodio de fuerte estrés emocional, se ha querido buscar la metáfora amorosa del término, alguien me rompe el corazón en sentido poético y el corazón se me rompe en sentido real.

—Y suele ocasionar la muerte irremediabilmente —inquirió Paula—.

—No siempre. A veces es solo una inflamación benigna que en pocas semanas se recupera, sin embargo en otras ocasiones, no sabemos muy bien por qué, la inflamación ventricular es irreversible y un infarto agudo termina matando al paciente.

“El líder del PP, Mariano Rajoy, declara que la huelga general convocada por los sindicatos para el próximo 29 de septiembre será un gran fracaso”. La presentadora de las noticias de Canal Sur

dejaba oír su voz en el televisor de la cafetería donde a esas horas comían numerosos empleados del hospital.

Paula pareció abstraerse momentáneamente mientras las noticias se superponían a la voz de Rotmensen.

—Y entonces, aquella pobre mujer, fue uno de estos casos, ¿no, Elias?

El médico se sintió feliz de oír su nombre pronunciado por Paula. Sintió una leve punzada en el estómago, el pastor volvía a oír el silbido del viento meciendo las hojas de los árboles en un valle apacible.

—Así fue. Eva era una paciente muy estresada. Había sufrido muchos episodios de crisis de ansiedad y quizá en aquellos días previos a que viniera a consulta debió ocurrirle algo que aumentó su ya de por sí alto nivel de estrés. Nunca podremos saberlo, cuando comenzaba a darme detalles de su situación le sobrevino el infarto y nada pude hacer.

—Pero Elias, he leído por ahí —Paula no quiso mencionar que también Fuentes, el pediatra, le había pasado información— que este síndrome suele afectar a mujeres mayores en las que la musculatura del corazón se encuentra ya débil para soportar la inflamación ventricular.

Rotmensen pareció sorprendido por aquella demostración de conocimiento de Paula, pero decidió no darle más importancia. No estaba dispuesto a que ninguna sombra enturbiara la bajada del pastor de la roca.

—Así es, sin embargo, el corazón de Eva estaba débil. Ya había sufrido dos veces el proceso de inflamación ventricular y no pudo soportar la tercera.

“En Cabopino, el pequeño puerto deportivo entre Marbella y Calahonda, ha aparecido el cadáver de una joven irlandesa dentro de la embarcación *Kind George*. Parece tratarse de un caso de asesinato, ya que la joven presentaba claros indicios de haber sido estrangulada. La policía está realizando las indagaciones de rigor y de momento no nos ha facilitado ninguna información adicional”. La voz de la locutora continuaba con su monodia en la lejanía del televisor.

—Quizá también te parezca curioso de dónde viene el nombre de Takotsubo —Rotmensen estaba dispuesto a impresionar a Paula con sus conocimientos—. Se trata de una especie de vasija, una trampa marina que usan los japoneses para atrapar pulpos. La disfunción que se produce hace que el ventrículo tome la forma de una de estas vasijas. Además, se ha dado mayoritariamente en Japón, no sabemos muy bien por qué, de ahí que fueran los investigadores japoneses los que bautizaran la enfermedad.

—Gracias Elias, me has enseñado mucho hoy. La verdad es que necesito aún aprender mucho del mundo de la Cardiología para ser una buena enfermera.

—Seguro que lo serás. No todo el mundo demuestra el interés que tú tienes por las cosas. La verdad es que me ha encantado explicarte todo esto y, si no te importa, me gustaría quedar algún otro día contigo para continuar ayudándote en tu proceso de aprendizaje.

—¿De verdad lo harías? —Paula pareció muy contenta con la sugerencia del cardiólogo.

—Por supuesto, estaré encantado. No siempre hay enfermeras jóvenes y guapas dispuestas a aguantarme el rollo clínico —Rotmensen intentó trascender así el tono profesoral que hasta el

momento había mantenido.

Ambos parecían más que satisfechos con el resultado de aquella especie de clase, cita o lo que hubiese sido. Como eran ya las tres, los dos se despidieron y Paula se marchó al control de enfermería donde comenzaba su turno.

Cuando por la noche llegó a su casa, Rocío estaba impaciente por escuchar la narración de su amiga. Con los nervios de la espera había dejado la casa con un orden inusual, todas sus cosas recogidas y una buena cena preparada. La narración de Paula no decepcionó las expectativas de su compañera.

VII – Navidad en Madrid

La Navidad en Madrid es una época difícil para disfrutar de la ciudad. La gente siente unos desaforados deseos de volcarse a la calle para comprar, comer con los amigos, asistir a cualquier espectáculo, saturar los grandes almacenes... Con el paso de los años, el ambiente de reunión familiar que en estas épocas se creaba se había ido transformando en un inusitado afán de consumo que desbordaba cualquier calificativo que quisiera asignársele. Diego Whitehead pasaba la Navidad en casa de sus padres; tras volver de Hong Kong estuvo un par de meses en Londres ocupándose de algunos casos rutinarios y supervisando las redes de ciberdelincuentes que habitualmente operaban por la red. Agazapado entre la niebla de la ribera del Támesis esperaba que alguna alerta le hiciera saltar a cualquier punto del mundo donde alguien estuviera aprovechándose de la tecnología para realizar acciones delictivas. Y ahora, a finales de diciembre, trataba de recordar en el frío Madrid de esas fechas los años anteriormente vividos en la ciudad.

Alguna tarde se descubría paseando por la calla Alcalá en dirección a la Puerta del Sol dispuesto a comprar una napolitana en La Mallorquina. Aquello le hacía retroceder a su adolescencia, cuando con su nutrido grupo de amigos del instituto pasaban las horas revoloteando por el centro de la ciudad sin ningún objetivo concreto más que ocupar un rato juntos y charlar de temas intrascendentes. Esa tarde le dio por recordar su pasado en aquel Madrid de principios de los noventa, las cosas que hacía, lo que le gustaba, lo que sentía. Y se entristeció sobremanera al darse cuenta de que cuando muriera todo aquello desaparecería, que nadie sería depositario de esas sensaciones particulares que se perderían entre la gigantesca maraña de sentimientos, hechos, vivencias, opiniones que cada miembro de la especie había mantenido durante los largos milenios de nuestra historia. Si fuera capaz de escribirlos... Quizá así podría vencer esa sensación de desasosiego, pero cómo hacerlo, cómo cribar lo importante de lo intrascendente. Y para qué o para quién. Dónde estarían las personas a las que pudiera interesarles que una tarde de primavera besó por primera vez a una chica o que un día invernal, rodeado del plomizo cielo madrileño de esas fechas, sintió un intenso miedo a la soledad, a la desaparición de las personas que quería, a la nada, al vacío que seguiría a la muerte. Cómo y a quien recomendar la rutina como cura de los terribles males que acosan a la especie humana, de qué forma indicar a quien quisiera escucharle que nuestro vacío esencial no va a llenarse nunca con nada y que pasaremos la vida buscando lo que jamás encontraremos y que la única forma de huir de esa carencia es hundirse en la rutina de una vida falsa, ¿falsa?, en la que sustituycamos los grandes deseos por los pequeños objetivos rutinarios, cambiar la búsqueda de la felicidad por el intento de tomar una cerveza con un amigo o hacer tu trabajo de la forma más eficaz posible.

El café y la napolitana le sacaron del letargo. En su vida había nostalgias positivas y negativas. Cuando paseaba por Causeway Bay en Hong Kong trataba de recuperar parte de su memoria perdida, pero lo hacía sin sumirse en la tristeza, simplemente evocando lo fantástico de algún momento vivido. Sin embargo ahora parecía que las cosas tomaban otra dirección. Diego no tenía una especial tendencia a la depresión, pero quizá la vuelta a la ciudad de su adolescencia, quizá la Navidad, le estaban complicando algo las cosas. Tomó el café aprisa. Estaba muy caliente y aquello le ayudó a superar el frío seco de las tardes madrileñas de finales de año. Salió a la calle dándole los últimos mordiscos a la napolitana mientras tomaba la calle Arenal en dirección a

Ópera. Caminaba aprisa aunque sin destino concreto. Fue entonces cuando pensó visitar algún lugar que le hiciera olvidarse del tinte melancólico que tomaban las cosas y llevar la mente por otros derroteros. Y así lo hizo. Desde Ópera salió a Bailén y continuó luego por Ferraz hasta el Templo de Debod y el Parque de la Montaña. ¿Por qué allí? Aquel fue el escenario del sangriento asalto al Cuartel de la Montaña que puso prólogo a aquella última y cruel guerra civil que enfrentó a los españoles. La peculiar mezcla de inglés y español que constituía la personalidad de Diego le posicionaba de una forma curiosa para sentir los distintos episodios de la historia de cada uno de los dos países. Por un lado se sentía parte de la historia de cada uno de ellos, pero por otro también los veía desde la lejanía. Con la guerra civil española esto se acentuaba. Su abuelo materno había luchado en el bando republicano y de niño le hablaba incesantemente de los episodios que le tocó vivir. Pero Diego nunca llegó a sentir aquella guerra como suya, tendía a verla más como el erudito inglés empeñado en estudiar la brutalidad con que aquellos primitivos salvajes del sur se habían matado entre ellos de forma inmisericorde. Por eso le atrajo en ese momento echar un vistazo a aquel lugar. Allí el 19 de julio de 1936 el general Fanjul se unió a la sublevación contra la República y el día 20 el pueblo madrileño en armas, junto a fuerzas que permanecieron leales al gobierno republicano, tomaron el cuartel prácticamente destruyéndolo y masacrando a quienes se habían hecho fuertes dentro de él. El mito de la toma del cuartel de la Montaña fue aireado por unos y por otros de forma continua, unos para remarcar la mala fe del ejército traidor que se había sublevado contra el legítimo gobierno que habían jurado defender, y otros para remarcar la crueldad con que los revolucionarios madrileños habían masacrado a los soldados que permanecieron dentro del cuartel. Diego no terminaba de entender, como a más de setenta años desde aquellos luctuosos hechos, los españoles todavía tomaban posiciones radicales respecto a ellos. La generación que los vivió ya había muerto en su mayor parte y prácticamente todos se habían perdonado los unos a los otros. Los hijos de los protagonistas fueron los agentes de la transición democrática tras la muerte de Franco e hicieron un esfuerzo enorme por sacar adelante su proyecto de país tratando de no caer en las mismas garras del fanatismo y la exclusión. Pero curiosamente ahora los nietos parecían desenterrar de nuevo el hacha de guerra y buscaban en la guerra civil la justificación de un enfrentamiento que solo restaba impulso creador al país.

Bueno, la cosa funcionó y este nuevo horizonte de preocupación intelectual alejó a Diego de las anteriores honduras metafísicas. Se hacía tarde y tenía que volver a casa a cenar. Había prometido a su madre que acudiría pronto para asistir a una de aquellas habituales cenas familiares. Les visitaría su tío Juanjo, un hermano de su madre, con su insufrible mujer y sus dos primos, aproximadamente de su misma edad, Luis e Inés. Hacía mucho tiempo que no los veía y, fuera de la desagradable presencia de su tía, le apetecía charlar un rato con su tío y sus primos. Cuando llegó a la casa de sus padres ya estaban todos reunidos.

Su tío Juanjo era un economista de prestigio que impartía clases en la universidad madrileña. Su conversación siempre era grata y sus puntos de vista más que documentados y respetables. Era un tipo agradable con el que siempre merecía la pena pasar un rato. Por Diego siempre sintió un afecto especial. Durante las estancias en España que el trabajo de su madre le permitía, Diego había pasado mucho tiempo en casa de sus tíos jugando con sus primos. Los tres se llevaban muy bien y pasaban las horas juntos recreando en sus juegos infantiles sus mundos imaginarios. Inés era la más aventurera y osada. En sus juegos siempre había una componente de viajes y búsqueda de ciudades perdidas y civilizaciones olvidadas. Luis, algo más convencional, se inclinaba por los deportes y los juegos de grupo. Y Diego, aventurando ya su futuro, se inclinaba por los juegos que

incluían complejos problemas lógicos a resolver. Pero los tres se entendían de maravilla y pocas veces caían en las peleas tan frecuentes en otros niños.

—Diego ¡qué alegría verte! —gritaron casi todos a la vez.

—Tíos, Inés, Luis, ¡qué ganas tenía de veros!

—Bueno, Diego, ya nos contarás tus interesantes lances como superpolicía cibernético —dijo Inés con cierta sorna. Sus aventuras infantiles la habían llevado, como no podía ser de otra manera, al mundo de la arqueología y ahora trabajaba en unas excavaciones en Sudán. En Madrid estaba pasando solo las navidades con la familia.

—En fin, Inés, mis aventuras seguro que no son ni la mitad de apasionantes que las tuyas sacando del polvo nuestro pasado menos confesable —Diego le siguió el juego dialéctico.

—¿Qué tal por Hong Kong? Ya nos ha dicho tu madre que has andado por allí en los últimos meses —Se veía que el tío Juanjo quería llevar la conversación a temas de su interés— ¿Cómo ves eso de un país, dos sistemas? ¿Se nota la presencia china?

—Mucho menos de lo que pensamos desde aquí —Diego se mostró dispuesto a impartir conocimiento—. En el día a día todo sigue como estaba. La presencia china se muestra en que ves la bandera roja en los sitios oficiales, pero en poco más. Aquella sociedad sigue siendo más británica que china. Siguen siendo ricos y siguen estando orgullosos de lo que han conseguido. Aunque te extrañe, en Hong Kong abundan los carteles de propaganda en contra de la falta de respeto a los derechos humanos en China. Eso sería imposible en cualquier otra ciudad del país, pero en Hong Kong ninguna autoridad china se mete con ello.

—Bueno primito y ¿en qué andas ahora? Si puede saberse —Luis no quería ser menos en la indagación.

—Temas de rutina. Os sorprendería saber lo prosaico que es nuestro trabajo. La mayor parte del tiempo lo pasamos detrás de un ordenador intentando revisar webs y más webs para detectar indicios delictivos. A veces pasan meses sin que podamos encontrar nada. No penséis que mi vida es un continuo fluir de adrenalina y un sistemático paseo de acción heroica a acción heroica, recorriendo el mundo atrapando malos, pistola en mano.

—No sé, yo a veces siento cierta simpatía por los hackers que solo con su inteligencia son capaces de echar abajo muchos intereses de los poderosos —Inés se volvió a colar en la conversación. Mira ahora mismo el asunto de Wikileaks. Si te hubiera tocado tendrías que estar persiguiendo a Julian Assange, un tipo que no puede evitar caernos simpático a todos. Hay mucho de lucha contra el *establishment* en algunos de esos tipos, de reto desde lo más profundo de la simplicidad individual a los complejos entramados tecnológicos que tratan de presentarse a sí mismos como irreductibles. Una de las formas usuales que tienen los poderosos de lograr el control social desde los tiempos más inmemoriales es hacer creer a la población que ciertas estructuras son intocables, inaccesibles. Hoy, la complejidad de los sistemas informáticos con los que movemos el mundo es uno de esos tabús y cada vez que algún individuo concreto demuestra que son fácilmente violables no puedo dejar de sentir cierta simpatía por él.

—No lo dudes, yo también siento lo mismo, pero nos toca defender la ley. Afortunadamente mi área no se ocupa de temas como ese. A quienes me enfrento suelen ser ladrones a los que les da igual si le roban al accionista de un banco o al último empleado del mismo, pederastas, psicópatas... No es fácil sentir simpatía por gente así.

—Mejor no nos des demasiados detalles de todo esto que sabes que me preocupo por ti

inmediatamente –la madre de Diego intervino. Si te hubieras quedado trabajando en la IBM ahora serías un consultor de prestigio y no andarías jugándote la vida buscando delincuentes alrededor del mundo.

–Mamá, no vuelvas a tu tema recurrente. Tú también podías ser una oficinista más y no andar recorriendo medio mundo intentando defender los intereses de tu país. Cada uno hace aquello que la vida le ha llevado a hacer.

La noche hubiera transcurrido sin más incidentes si no fuera porque a mitad de la cena sonó el móvil de Diego. Era Anette que no había tomado vacaciones y continuaba trabajando en las oficinas de Londres. Diego pidió disculpas y se fue a una sala contigua para atender la llamada.

–Jefe, me temo que se te acaban las vacaciones –sonó la voz de la francesa al otro lado de la línea. Tenemos faena, como tú dices. Han asesinado a una chica irlandesa en un pequeño puerto del sur de tu país, me refiero a España, que contigo siempre hay que andar con dudas en ese dato. Un sitio que se llama Cabopino, en Málaga.

–Joder, y qué tenemos nosotros que ver con los crímenes pasionales de los pirados de mis paisanos ingleses. Porque seguro que será un inglés salido que la ha violado y luego se la ha cargado –contestó Diego entre cabreado e irónico.

–Bueno, el orden de los factores en este caso altera el producto. Primero se la ha cargado y luego la violado. Ese es el dato interesante.

–¡Cómo! Estamos ante un necrófilo. No me digas que Orfeo está dando la cara.

–Es posible –contestó la francesa. – La pena es que hace ya un par de meses que el crimen tuvo lugar, lo que sucede es que al principio la policía española centró la investigación en lo que parecía normal, un crimen pasional u obra de un psicópata sexual. Sin embargo, parece que un par de semanas después del crimen, cuando se tuvieron datos de la autopsia, estos fueron concluyentes, la joven fue estrangulada y el acto sexual se produjo después de la muerte. Aquello dejó un poco alucinados a los polis que llevaban el caso pero no cambiaron la línea de investigación. Pero parece que hay un listillo en el grupo que mira de vez en cuando nuestros boletines internos y nuestras bases de datos y hace unos días contactó con nosotros para informarnos por si podría haber alguna relación.

–¿Y tú crees que la hay?

–Es posible. Que se trata de necrofilia parece claro, pero que tenga que ver con Orfeo podría ser discutible. Pero en fin, he pensado que ya que estás en España seguro que te apetece darte una vuelta por Málaga y hablar con nuestro poli, ¿no?

–Desde luego, dame datos y mañana mismo estoy allí. No sabía cómo librarme de la Navidad en Madrid y ya tengo una excusa.

Diego tomó nota de la información que Anette le proporcionaba. Cuando volvió a la reunión todo el mundo seguía conversando animadamente.

–¡Qué!, ¿la Interpol te necesita, primito? –Volvió la ironía de Luis.

–Sí, creo que algo de eso hay. Me temo que mañana tendré que salir de viaje –Diego puso su mejor tono para no enfadar a su madre–. No te preocupes mamá es un viaje corto y volveré en un par de días. Cenaré con vosotros en Nochebuena no te preocupes.

VIII – Cabopino

—La encontramos cuando hacía más de diez días que la habían asesinado. El propietario de un barco vecino comenzó a notar algún olor fuerte y, como hacía varios días que no veía a la chica, pasó a echar un vistazo al *Kind George*. El barco llevaba unas cuantas semanas amarrado aquí y, según parece, solo Mary O'Callaghan, su propietaria, vivía y viajaba en el mismo. Podemos verlo luego si quieres, es un pequeño yate que permite navegar costeando por la zona y parece que para eso lo usaba Mary. La chica llevaba casi un año viviendo en España, debió gustarle Cabopino y se estableció aquí. Quizá le pareció aventurero lo de alquilar un barco en lugar de una habitación de hotel. El asunto es que su odisea española le salió mal.

Ricardo Gómez, un subinspector de la comisaría de policía de Marbella, le contaba a Diego los pormenores del crimen en Cabopino, mientras tomaban un café en el Julie's Bar sentados frente a la cristalera que les permitía ver el pequeño puerto y las embarcaciones amarradas en el mismo. La tarde era fría y ventosa. Un cielo gris y plomizo amenazaba lluvia, esa lluvia poco frecuente en la zona pero que cuando caía lo hacía de forma tumultuosa, como si no hubiera otra cosa que hacer en el mundo que volcar baldes de agua sobre Málaga. Las embarcaciones se balanceaban sujetas a sus amarres. Cabopino era un coqueto puerto deportivo situado al este de Marbella y nada tenía que ver con el ampuloso Puerto Banús del oeste. Aquí solo había unas cuantas decenas de pequeñas embarcaciones deportivas y un dique seco de poco tamaño para reparar barcos pequeños. Nada que ver con los gigantescos yates de los jeques árabes y las costosas embarcaciones de los potentados del resto del mundo que poblaban las grandes instalaciones de Puerto Banús. En Cabopino pocos barcos superaban los veinte metros de eslora y la mayoría eran pequeñas lanchas solo adecuadas para adentrarse unos metros en el mar y darse un baño alejados de las playas. El ambiente era absolutamente inglés, como en tantos otros lugares de la Costa del Sol. El Julie's Bar era una buena muestra de ello. Los pinos bajaban casi hasta la línea del mar y unas pocas urbanizaciones se dispersaban alrededor de ellos. El puerto formaba un semicírculo rodeado por los bloques de apartamentos y los restaurantes y bares junto a los mismos amarres de los barcos. Todo muy pequeño, muy a la medida del hombre, nada de las estridencias de los multimillonarios del otro lado de la ciudad.

—Un tipo extrañó el que la mató —continuó el subinspector—. La estranguló y luego violó su cadáver. Lógicamente tardamos en darnos cuenta de la secuencia de los hechos. Cuando llegamos solo vimos el cadáver desnudo y con evidentes síntomas de violación. No había más violencia aparente que el estrangulamiento. El cadáver no tenía otras señales de haber mantenido una lucha fuerte con su asesino, por lo que debió matarla con rapidez. Estos indicios nos llevaron en dos posibles direcciones de investigación. Una de ellas era que estuviéramos ante un exceso pasional, ya sabes, una alocada pareja que busca el placer de las formas más extravagantes y a él se le fue la mano, eso explicaría que no hubiera más indicios de violencia que la del puro estrangulamiento; la segunda pasaba por pensar que el asesino era un tipo tan fuerte o corpulento como para que ella no hubiera podido resistirse demasiado. Bajo ambos supuestos comenzamos la investigación a la espera de la autopsia. Pero el tema no era fácil. La chica no tenía demasiados conocidos en España, parecía bastante solitaria. Con sus vecinos de amarre apenas si había intercambiado unos pocos saludos de cortesía. Parece que comía siempre sola en el barco y alguna vez se sentaba a tomar un whisky o varios, y cuando lo hacía llegaba tambaleándose hasta su

barco. Nunca la vieron por aquí tomar algo acompañada de nadie, puedes hablar luego con los camareros o la propietaria para que te lo confirmen. Según nos comentaron era algo huraña, a pesar de su edad, ya sabes que tenía treinta y un años y de su físico, bastante agraciado –dijo el policía andaluz con tono algo jocos–, nunca la vieron junto a ningún tipo, ni de aquí ni de ningún otro sitio.

–Supongo que hablaríais con su familia en Irlanda, ¿no?

–Por supuesto. En seguida contactamos con ellos, pero poco pudimos sacar. Sus padres vinieron inmediatamente y se hicieron cargo del cadáver. Nos contaron que Mary acababa de divorciarse. Un matrimonio corto que se acabó rápido y con algo de drama por parte de la chica. Parece que con el viaje a España trataba de quitarse la depresión. Pero no tenían más idea de nada. Normalmente hablaban por teléfono con ella una vez a la semana y se comunicaban a diario por Internet. Mary parece que era bastante aficionada a la cosa del ordenador y su principal fuente de contacto era el correo y el Facebook. Por supuesto que nos llevamos en seguida su ordenador y revisamos hasta el último byte de su correo y su perfil de Facebook, pero no encontramos nada sospechoso.

–¿Podré echarle un vistazo al equipo? –Diego en seguida pensó que a policías no acostumbrados a lidiar todos los días con la tecnología se les habría escapado algún detalle interesante.

–Por supuesto. Está en el juzgado que lleva el caso y el juez es un buen tipo, estará encantado de que nos ayudes –Ricardo parecía prometérselas felices colaborando con un inspector de la Interpol tan especializado en tecnología como Diego–. Por cierto, me encantaría que ya de paso me dejaras colaborar contigo en el asunto. Puedo servirte para cualquier cosa en la zona, por ejemplo para llevarte la cartera si es necesario. Algún día me encantaría trabajar para la Interpol.

–¿Y qué hay de la autopsia?, ¿qué pasó cuando os enterasteis del nuevo orden y conexión de los sucesos?

–Bueno, tardó en llegar. Esto nos pasa aquí de vez en cuando, el trabajo se le acumula a los forenses y si no les presionamos no se dan mucha prisa. Y en este caso para nosotros el tema era obvio así que nadie presionó. Sólo tendría interés el resultado si a través del ADN del semen del violador hubiéramos podido encontrar algo, aunque no sé por qué presumíamos que no iba a ser así. Ni que decir tiene que nos sorprendió fuertemente el hecho de que la violación se produjera después de muerta, pero no variamos mucho las líneas de investigación. El ADN del semen no arrojó ninguna información, contrastamos la información con nuestras bases de datos, las vuestras y las de las policías inglesa e irlandesa y nada de nada. No pertenecía a ningún tipo del que se tuvieran referencias.

–Pero, ¿no os sorprendió siquiera que la violación se produjera post-mortem? –Diego parecía algo confuso con la falta de importancia que parecía dársele a este detalle.

–Esto es la Costa del Sol y aquí hay mucho guiri pirado –Ricardo tomaba un tono confidencial con Diego –. Te sorprendería saber lo que un inglés borracho de mediana edad es capaz de hacer. Un tipo respetable en Londres que trabaja de empleado en un banco, está felizmente casado con tres hijos y participa en la comunidad de la iglesia anglicana de su zona, llega aquí, se toma unas cuantas botellas de jerez o de whisky o de lo que coño sea que tenga mucho alcohol, sale a la calle y esa noche se carga a una niña de quince años porque considera que su vida no tiene sentido y tiene que buscar emociones fuertes. Estos tíos están muy locos, por eso nada nos

extraña por muy disparatado que parezca.

–No te preocupes, aunque no lo parezca soy medio inglés y conozco muy bien a mis paisanos.

–¡Argggg! –Ricardo pensó aquello de “tierra trágame” –. Es cierto que tu apellido es inglés, pero como no tienes aspecto inglés y tu acento madrileño tira para atrás, no me había parado a pensar que pudieras serlo.

–Mi madre es española pero mi padre es inglés. La mayor parte de mi vida la he pasado en España y en casa se habla español así que por mi acento nadie diría que no soy de aquí. Pero bueno, afortunadamente, en Londres tampoco la gente piensa que soy de fuera. En cierto modo es una ventaja estar entre dos mundos. Puedes conocer y valorar con otra perspectiva lo bueno y lo malo de cada uno de ellos.

–Lo siento –Ricardo intentó un cierto acento compungido, no quería ofenderte. Al fin y a al cabo psicópatas asesinos parece que los tenemos por igual en un lado y en el otro.

–No te preocupes –Quiso Diego relajar la pequeña tensión creada. Y dime, ¿cómo os pusisteis en contacto con nosotros?

–Fui yo quien se puso en contacto con vuestro grupo. La verdad es que todavía me gusta tomarme en serio mi trabajo. Llevo el suficiente poco tiempo en la policía como para que esto haya dejado de interesarme; me gusta ser riguroso con las cosas. El tema de la necrofilia no es demasiado habitual, por nuestras bases de datos encontré poca cosa y entonces fue cuando comencé a revisar material de la Interpol y surgió Orfeo. Vi que la investigación la llevabais vosotros y os llamé. En principio no entendía muy bien qué coño tenía que ver follarse a un cadáver con la cosa tecnológica, pero tu compañera Anette me puso algo al tanto. Espero que tú me des alguna pista más para entender el asunto.

–Está claro que un caso de necrofilia no sería investigado por la Brigada de Delitos Tecnológicos de la Interpol si no fuera porque parece existir un grupo que se organiza usando Internet y que de alguna manera se coordina e informa de sus crímenes a través de este medio. La verdad es que conocemos poco, pero luego puedo darte todos los detalles, ahora me gustaría echarle un vistazo al barco, ¿es posible?

Ricardo asintió, pago la cuenta y ambos salieron en dirección al lugar del puerto donde se hallaba el barco en el que la irlandesa había sido asesinada. Entraron sorteando los precintos que la policía tenía dispuestos. No se veía desorden aparente. Allí no había habido violencia alguna. La policía judicial había retirado ya todos los elementos que pudieran contener huellas u otros elementos que pudieran ayudar a esclarecer los hechos, por lo que todo parecía algo desangelado. El barco era de alquiler y, por tanto, pocos elementos personales que pudieran indicar algo sobre la dueña podrían encontrarse allí. Diego revisó los armarios para ver por lo menos el estilo de vestir de la irlandesa. La ropa era bastante simple, nada que pudiera dar indicio alguno del crimen. Zapatos planos, algún calzado deportivo, pantalones vaqueros, camisetas, algún chubasquero. Revisó también el botiquín con algunos medicamentos que encontró en el armario de la escueta cocina del barco. Casi todo era lo usual, aspirinas, ibuprofenos, solo le llamó la atención una caja de Dogmatil, pero pensó que tendría que ver con la depresión post-divorcio.

Tras la breve inspección salieron del barco. Ricardo se ofreció a llevar a Diego a su hotel de Marbella y recogerlo al día siguiente para ir al juzgado y revisar el ordenador. Salieron de Cabopino por la autovía en dirección a Marbella. Eran más de las seis de la tarde y estaba anocheciendo. El policía malagueño conducía despacio, como si no quisiera que el hecho de prestar

demasiada atención a la conducción le impidiera reflexionar.

—¿Y bien, qué más me puedes contar de *Orfeo*?

—La verdad es que por desgracia no sabemos demasiado. El asunto es que en los rastreos periódicos que hacemos a través de las redes sociales buscando psicópatas, asesinos y ciberladrones, nos encontramos con este grupo. Nos llamó la atención el hecho de que eran gente obsesionada con el asunto de la vuelta después de la muerte. Ya sabes, el mito de Orfeo que pierde a su amada Eurídice y loco de desesperación decide ir a buscarla al inframundo. Allí obtiene permiso de Hades y Perséfone para regresar con ella, pero no lo consigue porque rompe la regla que estos le habían impuesto. Eurídice debía caminar detrás de Orfeo y este no debía volverse a verla en ningún momento. Al final de su viaje Orfeo se vuelve a mirar a su chica pensando que ella está ya fuera del reino de las sombras pero no es así. Y en cuanto Orfeo la mira ella desaparece para siempre. El asunto es que comenzamos a observar en la red algunas personas que se identificaban con este nombre y que hablaban sobre la peregrina idea de que la práctica de la necrofilia era el camino adecuado para poder bajar a los infiernos y recuperar a sus amantes perdidas. Es decir que estamos ante un grupo de viudos psicópatas que mantienen la alocada idea de que pueden lograr que sus amadas regresen del inframundo si se pasan la vida violando cadáveres. El tema no hubiera pasado de una perversión sexual más si no fuera porque si no había un cadáver a mano estos tipos se dedican a obtenerlo por ellos mismos matando a cualquier chica que se les pone por en medio. Seguimos el tema unos meses y fuimos descubriendo que distintos lugares de Europa Central, en Alemania, en Chequia y en Austria se dieron varios casos de asesinatos y necrofilia. Comenzamos entonces a pedir órdenes judiciales para poder obtener la identidad de la gente del grupo. Los tipos no parecían tener demasiadas medidas de seguridad y, ya sabes, dada una dirección IP, si no hay enmascaramientos raros, de forma inmediata sabemos quién es realmente su propietario. Así cayó el que parecía instigador fundamental del asunto, un psicópata alemán felizmente casado y con varios hijos pero que se enamoró perdidamente de una prostituta polaca. La chica murió y al tipo se le ocurrió la peregrina idea de buscarla a través de follarse los cadáveres de cuantas mujeres se le ponían a tiro. Asesinó a varias prostitutas en estos intentos y logramos detenerlo hace unos meses. Parece que era el instigador espiritual de la banda, pero lo cierto es que los mensajes con la referencia de Orfeo siguen apareciendo por la web y no hemos logrado establecer patrones nuevos de direcciones IP con lugares donde se hayan dado crímenes necrófilos. Lógicamente no podemos actuar contra gente que dice sandeces por la red si no hemos demostrado que han delinquido. Pero sí es cierto que tenemos varias áreas geográficas en vigilancia, ya que sabemos que hay conexiones que se producen desde esos lugares y que participan de las locuras de este grupo. Y... sorpréndete, uno de esos lugares es Málaga. Hasta ahora no habíamos pasado de investigar de forma rutinaria el asunto, ya que quien se conecta desde aquí lo hace siempre desde accesos WiFi públicos y no desde una ADSL de su propiedad, por tanto no hemos podido identificarle. Bien es cierto que hasta ahora tampoco hemos puesto mucho esfuerzo, ya que no teníamos ninguna referencia de necrofilia en la zona. Pero con lo de la irlandesa las cosas cambian. Tendremos que poner toda la carne en el asador. Ya les he dicho a mis colegas Jean y Anette que vayan sacando sus billetes y se instalen por aquí, tenemos a mano a uno de estos pirados y hay que echarle el guante.

—Uffff. Esto se pone interesante, espero que me dejéis colaborar con nosotros en el tema —dijo Ricardo expectante.

—No lo dudes, sabes que no podemos actuar más que en coordinación con la policía local de

cada país así que búscate la vida con tu jefe para que te nombre enlace con nosotros.

IX – Nibelungo

Nibelungo> Crecemos. Esta noche volveré a cruzar el Leteo en busca de mi amada (2010-10-11 17:15)

Zar> Vaya Nibelungo, cómo me alegro. No todos los días tenemos oportunidad de acompañar a Caronte. Yo busco la mía desde hace tiempo pero no aparece y no tengo valor para conseguirla por mi mismo (2010-10-11 17:15)

Nibelungo> Zar, tienes que atreverte. Solo quienes vencen sus prejuicios logran ver el horizonte lejano. Súbete a una roca solitaria para ver por encima del mundo. Nadie importa, solo lo que hay más allá de todos esos pequeños puntos que son la gente vista desde la altura (2010-10-11 17:16)

Zar> Pronto. Dentro de poco estaré preparado. Adiós y suerte (2010-10-11 17:17)

Diego y Jean miraban fijamente la pantalla del ordenador que mostraba el trozo de conversación. Anette se dirigía hacia ellos con tres tazas de café en una bandeja. Los tres policías se habían instalado en un despacho que les habían cedido en la Comisaría de Centro en Madrid. El disco duro de la irlandesa no había arrojado ninguna pista, pero el rastreo por la red de las conversaciones de los integrantes de Orfeo parecía dar otros resultados.

–Estos tipos son unos psicópatas muy leídos –ironizó Jean–. ¡Menudo lenguaje!

–Lo importante es que parece que el tal Nibelungo puede ser nuestro hombre –Diego arrastraba el cansancio de algunas noches de insomnio rastreando la web–. La IP indica que se conectó por el WiFi del Miramar de Fuengirola y el día es el del crimen, así que blanco y en botella. Tenemos a uno de estos tipos locos actuando por la Costa del Sol y hay que cazarlo antes de que intente pagarle otro Euro al barquero. Además está ese otro Zar, cuyo rastro también procede de la zona y no hay que descartar que se decida a actuar un día de estos.

Anette puso cara de sorpresa, de no entender nada, pero Diego le explicó que para pasar las aguas del río Leteo y bajar a los infiernos, las almas de los difuntos tenían que pagarle una moneda al barquero Caronte, encargado de tales menesteres.

–Vaya jefe, estás más leído que esta panda de poetas asesinos –apostilló la agente.

–Déjate de guasa y vamos al asunto. Esto del WiFi del Miramar no sé lo que quiere decir, pero seguro que nuestro amigo Ricardo de Marbella nos lo averigua. Luego le llamo. Mientras tanto vete metiendo en el personaje de uno de estos psicópatas y mira cómo puedes interferir en su conversación.

–Joder, Diego, y por qué no lo hacéis tú o Jean que sois tíos y os saldrá más natural –Anette parecía enfadada.

–Vamos Anita no te enfades –Diego intentó mostrar su convincente encanto. Yo estoy con mil temas y Jean tiene menos recursos intelectuales que un boxeador noqueado. Solo nos queda nuestra guapa e inteligente compañera francesa.

–Está bien, pero no hace falta que entres en halagos infantiles. Ya sé que eres el jefe, con decir que es una orden tienes suficiente.

Tras terminar de pasar las navidades con sus padres en Madrid, Diego les había dado la

sorpresa de que tendría que vivir un tiempo en la ciudad debido a temas de trabajo. Normalmente no hablaba con nadie de sus casos y, por tanto, no les dio más pistas. Sabía, además, que su madre vivía eternamente preocupada y no quería que el hecho de conocer más detalles le hiciera pasarlo aún peor.

Cuando se encontraba sumido en una investigación Diego se olvidaba de todo, concentrado solo en el asunto que le ocupaba. Desechaba cualquier pensamiento que le apartara de la misma. Cuando estaba ocioso, en cambio, se dejaba llevar con facilidad por la melancolía, por eso prefería que su cabeza estuviera centrada en el seguimiento de cualquier delito cibernético, de forma que no quedara hueco para casi ninguna otra cosa. A veces se preocupaba a sí mismo viéndose como un tipo especialmente frío que enfocaba los casos como la resolución de un problema matemático sin sentir nada especial por los seres humanos implicados. Pero esto no era del todo cierto. La abstracción lógica que necesitaba para resolver un crimen le hacía ver las pasiones humanas como si de figuras geométricas se tratasen, sin embargo en más de una ocasión, roto el tejido racional por una botella de whisky, había arrancado a llorar en solitario pensando en la fragilidad de algunas de las víctimas de los asesinatos que trataba de resolver. Pasados esos momentos, era un tipo duro capaz de enfrentarse a los entresijos más espeluznantes de la condición humana.

Era ya tarde cuando levantó el teléfono para hablar con Ricardo Gómez. El subinspector de Marbella le comentó que el Miramar era un centro comercial con una zona de restaurantes donde había acceso WiFi. A todos los locales les servía el mismo *hotspot* de modo que había que descartar la posibilidad de que en alguno de los bares o restaurantes pudieran identificar a alguien conectado a una hora concreta. Sin embargo, Diego le indicó que seguramente el router que asignaba direcciones quizá guardara un log con las MAC de las máquinas que se conectaban. Puso a Ricardo a investigar en ello y decidió marcharse. Eran más de las ocho y estaba cansado, había pasado todo el día con Jean y Anette revisando conversaciones de psicópatas en los distintos chats que seguían y le dolían los ojos de tanta pantalla.

A las nueve había quedado en Callao con Tomás, un viejo amigo del instituto. El objetivo era cenar y tomar unas copas, pero sobre todo charlar, recordar viejos tiempos y ponerse al día de los nuevos. Subió andando por Leganitos hasta Santo Domingo y de allí a Callao. Pasear le aliviaba del cansancio; hacía frío, Madrid en aquellos días de enero era una ciudad inhóspita como pocas, pero era su ciudad y cada esquina estaba llena de recuerdos. Tomás le esperaba en la puerta de la FNAC. Hacía un par de años que no se veían. Con quince años habían sido grandes amigos pero luego la vida fue separándolos. Diego se marchó a Londres y Tomás se quedó en Madrid estudiando arquitectura. Desde entonces se veían cuando Diego aparecía alguna vez por España, y no siempre. Tomás se había convertido en un tipo exitoso; ejecutivo de una de las grandes constructoras españolas, había estado dirigiendo obras por medio mundo. Diego a veces sentía que sus amigos estaban mucho más centrados en sus profesiones que él. Al fin y al cabo él ¿qué era?, ¿un policía?, ¿un ingeniero? Muchos de sus compañeros de las brigadas más usuales le veían como un tipo raro, no como un agente de los que usualmente persiguen el crimen. También sus compañeros de estudios, aquellos que ahora trabajaban en Microsoft, HP o alguna consultora multinacional no podían dejar de verlo como un policía, como alguien que no era de los suyos. Curiosamente eran más capaces de relacionarse con los informáticos que trabajaban en los sistemas de información de la policía que con él, que, al fin y a la postre, era un inspector más, solo que especializado en delitos con algún componente cibernético.

Con Tomás, Diego compartía la vertiente internacional de sus trabajos. Ambos viajaban mucho y los aeropuertos, la continua vida volando y los países y ciudades que ambos conocían constituyó el tema central de su conversación aquella noche. Cuando se marcharon cada uno por su lado, Diego experimentó la falta de complicidad que tenían. Ahora eran dos personas distantes hablando de sus respectivos mundos, sin demasiado fondo afectivo. Se contaban las cosas como si fuera un ritual obligatorio, pero con desgana. ¡Qué lejos la amistad y el afecto de la adolescencia! ¡Cuántas personas se habían ido quedando por el camino! DWH sabía que Tomás sería una más de ellas, quizá ya nunca más volvieran a llamarse, una vez comprobado lo poco que tenían para decirse.

También se preguntaba hasta qué punto había acertado con su carrera profesional. Tenía treinta y cuatro años y si hubiera continuado en la IBM probablemente ahora sería, como Tomás, un ejecutivo de éxito. Seguro que su amigo ganaba tres o cuatro veces más que él. Luego pensó en lo monótono de la vida tras un escritorio persiguiendo solo la realización de proyectos de cualquier tipo. Documentos, hojas de cálculo, contrataciones, clientes, proveedores, balances, recursos humanos.... Todas estas palabras comenzaron a girar a su alrededor y entonces se dio cuenta de que no había equivocado el camino. Más allá de los peligros que a veces tenía que sortear, de las víctimas con las que se tenía que encontrar, el engranaje de las investigaciones era algo que lo mantenía vivo, un reto que le motivaba. Al fin y al cabo el planteamiento de un algoritmo para resolver de forma efectiva un programa o la investigación para encontrar a los responsables de un delito, presentaban esquemas similares, pero con el segundo Diego se consideraba más útil. Por otro lado, tampoco hubiera sido capaz de vivir detrás de un escritorio, llegando todas las mañanas a las nueve la oficina y marchándose todas las tardes a las seis. Eso no era para él. Pero también echaba en falta una vida sentimental estable. Era un nómada y eso no facilitaba las cosas, todas sus relaciones habían sido esporádicas y distribuidas a lo largo de todo el mundo. Janet en Bretaña, Natalie en Nueva York... Solo con Natalie, durante una larga investigación en Estados Unidos, mantuvo varios meses de relaciones, pero luego todo acabó cuando tuvo que marcharse del país. Ella no estaba dispuesta a seguirle y él no deseaba instalarse en los USA.

Como se había entretenido algo con Tomás, llegó a casa tarde y sus padres ya estaban durmiendo. Eran cerca de las dos de la madrugada. No tenía sueño así que se encerró en su habitación con un whisky, puso a Oasis en el iPod y encendió el ordenador. Necesitaba seguir revisando las conversaciones de Nibelungo. Diego sabía que el tiempo apremiaba, que quizá no faltara mucho para que volviera a actuar, había que identificarlo pronto y caer sobre él.

Desde el día de la conversación con Zar no había conexiones hasta el mes de noviembre y en ningún momento manifestaba nada respecto a lo que hubiera podido suceder en Cabopino. Los mensajes eran dispersos y parecían tratar más de literatura o música que de planes de asesinato. Sólo unas pocas líneas le llamaron la atención.

Nibelungo> A veces siento que me alejo del objetivo. Y me pregunto si es que no me he esforzado lo suficiente, si tendré que ascender más alto aún para poder tener más visión sobre la llanura (2011-01-15 22:25)

¿Querría aquello decir que estaba a punto de actuar otra vez? El mensaje era de la semana anterior. Diego miró el reloj, para confirmar. Era 20 de enero. Desde el día 15 no había vuelto a escribir nada más, salvo algún comentario sobre un pintor alemán.

—¿Quién eres, cabrón? Dame alguna pista para acercarme a ti —pensó casi entre susurros.

Se durmió sobre las cuatro a pesar de que al día siguiente había quedado con su equipo sobre las nueve. Durmió profundamente hasta que la alarma del móvil lo despertó a las ocho y quince. En la cocina su padre estaba desayunando. A pesar de los muchos años en España no había abandonado la costumbre del desayuno inglés y allí estaba tomándose sus huevos con bacon, sus tostadas con mermelada, su zumo de naranja y su café. Diego se percató de lo que había envejecido; así con el pelo gris alborotado, recién levantado de la cama y con ojos aún soñolientos, el pintor inglés parecía mucho más viejo de lo que realmente era. Sintió tristeza, compasión y miedo por la fugacidad del tiempo. Siempre recordaba a su padre fuerte y seguro, cuando era niño y tenía algún problema siempre le aportaba la confianza que necesitaba. Luego vino la época de juzgarlo demasiado, quizá injustamente. Pero su vida bohemia, siempre supeditado a su madre como el auténtico sostén del hogar, le llegó a parecer como una especie de abandono de sus obligaciones. Sin embargo, los años le dieron otra perspectiva y entonces comprendió que su padre siempre había estado allí. Vivieran donde vivieran él siempre se mostraba solícito a seguir a su madre, a apoyarla. Con Diego siempre había sido comprensivo, nunca le recriminó ninguna de sus decisiones y siempre se mostró dispuesto a ayudarle cuando su madre se ponía pesada recriminándole que quisiera ser policía.

—¿Desayunas?

—No papá, lo siento. Tomo solo un café rápido, tengo que estar en la comisaría en menos de una hora. Por cierto, ¿te encuentras bien? Pareces algo cansado.

—Sí, no te preocupes, es que no he dormido muy bien esta noche, pero estoy como siempre.

Diego sabía que su padre mentía, que algo pasaba, pero ahora no tenía tiempo de indagar más. Ya lo haría más tarde.

Tomó una ducha rápida y salió disparado para la comisaría. Jean estaba ya trabajando en el despacho que les habían asignado para compartir entre los tres. Anette llegó a los pocos minutos. Diego en seguida les enseñó el mensaje que había descubierto el día anterior

—Señores, me parece que nuestro amigo va a intentar actuar pronto. Tenemos que movernos aprisa para descubrir quién es y evitar que otra pobre mujer caiga en sus manos. Anita, tienes que colarte ya en su chat, no hay tiempo que perder. Jean, vete a Marbella y averigua todo lo que puedas con Ricardo sobre el Miramar y los locales que comparten el WiFi. Si Ricardo ha logrado acceder a los logs del hotspot seguro que podrás encontrar una pauta en sus conexiones. En cuanto la tengas descubierta solo tienes que ir de local en local preguntando si les suena algún tipo que a las horas que muestra el log haya esta por allí.

—Lo perfecto sería que pudiéramos pillarlo con las manos en la masa —Jean parecía pensar con más brillantez de la que su jefe le asignaba. Es decir, si lográramos una orden judicial para intervenir el hotspot, sabríamos quien está on-line, si desde aquí interceptáis el chat en el momento en que esté conectado, entonces solo tenemos que revisar los clientes que anden por allí con un ordenador en su mesa y averiguar quién es.

—Tienes razón, pero no tenemos material suficiente como para que un juez nos dé la orden de intervención del hotspot. Y cuando se conecte no sabremos si lo hace desde el Miramar o desde otro sitio. Sería dar palos de ciego. Me temo que tendremos que ir de forma mucho más lenta.

—Bueno, bueno, pensad un nickname para colarme en el chat. Intentaré trabajar aprisa.

— *Ulises* —Diego tardó pocos segundos en contestar. El artero griego que fue capaz de meter

un caballo lleno de griegos en la ciudad de Troya. Vamos a colar a Anette como nuestro troyano particular en *Orfeo*.

X – Primavera en la Costa del Sol

Pedro Salgado murió como vivió, esforzándose por conseguirlo. Sabía que su cáncer de próstata no tenía remedio y, por tanto, declinó cualquier prolongación artificial de su dolorida existencia. El hombre se propuso no sufrir mucho, morir antes de que las cosas se pusieran realmente feas. Y, con esfuerzo, lo consiguió. A los pocos meses de ser diagnosticado y sin que la enfermedad aún le hubiera destrozado la existencia se fue tranquilamente al otro barrio. Le costó lo suyo convencer a los médicos y a su familia de que no quería tuberías por su cuerpo ni terapias que le destrozarán para mantenerlo vivo. Tuvo, además, el consuelo de tener al lado en sus últimos momentos a su tres hijos; Paula, su preferida, había corrido a asistirlo en cuanto se enteró de su estado terminal. Sus conocimientos profesionales le fueron de una gran utilidad en los últimos días de su padre; a pesar de la pena de saber que se iba, le quedaba el consuelo de que le estaba siendo útil, de que al menos de este modo le pagaba tanto esfuerzo y dedicación como el tabernero de Triana había tenido siempre con ella.

"Hija, sigue esforzándote, serás una gran enfermera si te empeñas y podrás ayudar a gente que se encuentre como yo ahora", le dijo el bueno de Pedro, poco antes de morir.

Paula le lloró amargamente durante muchos días. Añoraba su paciencia con ella, su continuo intento de que se esforzara por conseguir lo que deseaba en la vida. Durante un largo periodo su imagen le venía a diario, no podía dejar de recordarlo sirviendo cañas de cerveza tras el mostrador de su taberna en Triana. El llanto afloraba entonces con facilidad; en esos momentos se sentía desvalida. Aunque llevaba mucho tiempo sorteando por sí misma los avatares de la vida, su padre, siempre estaba ahí, era como una sólida roca a la que aferrarse, aunque fuera metafóricamente, cuando las cosas venían mal dadas. Nunca le faltó un consejo de su parte, una orientación cuando no sabía qué camino debía tomar. Su imagen bastaba para serenar su alma cuando las violentas olas de la vida se cernían sobre ella.

Y ahora, justo, lo echaba en falta más que nunca. Necesitaba su apoyo, su determinación... Y ya no estaba allí para dárselos. Su necesidad paterna se había agudizado al ritmo que avanzaba la relación con Elias Rotmensen. Habían seguido viéndose con la excusa de las clases de Cardiología que el holandés le impartía cada vez que tenían guardia juntos. De las clases en el hospital pasaron a quedar alguna tarde para ir al cine o pasear. Era obvio que la atracción entre ambos iba creciendo y que no quedaba otra que dar algunos pasos más. Rotmensen la ayudó muchísimo a superar la muerte del padre. Realmente, los malos momentos pasados al fallecer su joven mujer le dotaban de cierta altura para impartir alguna que otra doctrina respecto a cómo pasar por esos malos trances. Y Paula se lo agradeció sobremanera. Era lo normal, cuando nos sentimos desvalidos, quien se nos acerca a darnos algo de calor se convierte en una especie de narcótico del que ya no podemos prescindir. La adicción al consuelo es imparable en esos momentos. Poco tardaron en que la relación llegara más lejos, bastó una tarde de confidencias para que el sexo apareciera también en el horizonte. Y parece que ninguno quedó disgustado de la experiencia.

Aquella mañana de domingo resultaba casi primaveral en la Costa del Sol. Marzo acababa casi de arrancar, el sol comenzaba ya a calentar tras los largos días invernales y aunque la arena de la playa aún estaba descompuesta y algo húmeda debido a las últimas lluvias, apetecía acercarse a la orilla tras varios meses en que el frío desaconsejaba la idea. Paula y Elias tenían el día libre y

habían quedado a comer en uno de los chiringuitos de la costa, aprovechando que a esas alturas de marzo algunos comenzaban ya la temporada, abriendo al menos los fines de semana. La enfermera había llegado algo antes de la cuenta a la cita. Aparcó su coche a pocos metros, aprovechando que las oleadas turísticas aún no habían comenzado a invadirlos, caminó sobre las losas de madera que sobre la arena facilitan el paso hasta las mesas y se sentó a esperar al holandés. Pidió una cerveza mientras contemplaba a lo lejos las grandes embarcaciones que se dirigían hacia el estrecho para salir al océano. Cruceros, cargueros llenos de contenedores, grandes petroleros, parecía que todos fueran muy despacio, como miedosos de abandonar aquellas tranquilas aguas mediterráneas para enfrentarse a las más bravas atlánticas, como pesarosos de abandonar una zona segura ante la inevitable pero incierta nueva etapa que tras las columnas de Hércules les esperaba. Paula pensó que así se sentía también ella. Su vida hasta el momento había sido tranquila y segura. Los estudios, el trabajo, la familia, los amigos lo colmaron todo. Los escauceos amorosos no habían tenido hasta el momento más trascendencia en su vida; pequeñas aventuras que nunca perturbaron la calma de las cosas. Y ahora con Elias se sentía como a punto de entrar en unas aguas mucho más turbulentas y peligrosas. Pero, igual que aquellas embarcaciones caminaban sin remedio hacia su destino más allá de Gibraltar, ella no podía detenerse.

—Pareces algo ensimismada y pensativa —le dijo el médico que había llegado por detrás sin que Paula se diera cuenta.

—No me des esos sustos que se me va a indigestar la cerveza.

—No quería asustarte ¿por qué te doy miedo? — Dijo Rotmensen con acento preocupado.

—No he dicho que me des miedo, solo que me has asustado llegando por mi espalda. Estás algo suspicaz, tendré que cuidar el lenguaje.

—Paula, te veo algo preocupada, este sol merece más alegría por tu parte. Sonríe para completar este magnífico día. Sol, buena temperatura y tus ojos alegres son lo único que necesito.

Paula sonrió halagada por las palabras del médico. Ella sabía que estaba comenzando a amarle de verdad, no como hasta ahora lo había hecho con sus otros leves escauceos amorosos. Pero había algo en él que le parecía demasiado misterioso, demasiado perdido y difícil de encontrar. Una cosa era plantearse ligar con él, tal como entre bromas había comenzado el asunto aquel día en la cafetería del hospital junto con su amiga Rocío, y otra muy diferente caer en mayores profundidades como estaban a punto de hacer.

—Elias eres un tío algo raro —le espetó Paula sin pensarlo dos veces—. Parece que nunca has roto un plato. Eres caballeroso, hablas despacio, eres guapo y elegante, en fin tienes muchas cosas que te hacen atractivo para una mujer, pero sin embargo hay en ti una capa de hielo que no puedo romper. Mientras hablamos de mí, mientras me instruyes sobre Cardiología o mientras intentas ayudarme a superar el bache de mi padre, eres adorable, pero nunca hablas de ti, parece haber una sombra que tapa tu auténtico ser. Eso me preocupa. No quiero profundizar en una relación con alguien a quien no conozco realmente.

—O sea que realmente sí te doy miedo. Paula, siento mostrarme así. Es que para mí te has convertido en alguien muy importante y, en cierto modo, eres tú quien me da miedo a mí. Desde que murió mi mujer no ha habido nadie más. Yo la quería mucho. Sufrimos mucho juntos y ahora no sé si estoy preparado para comenzar una nueva relación tan fuerte como aquella. Siento que será así, pero cuando intento dar algún paso más, ella aparece en mis pensamientos y entonces no sé qué

hacer. Pero cuando te veo, y más con este sol casi primaveral, siento que una nueva vida se me abre por delante y quiero vivirla contigo. Te pido solo que me des un margen para enterrar mis fantasmas.

—Elias, yo creo que siento por ti lo que hasta ahora no he sentido por nadie. Eso nos diferencia y quizá sea ese el abismo donde miro y me perturba. Pero yo también quiero superarlo, si es que podemos hacerlo juntos. Siento que tú me ayudas casi solo con tu presencia. Creo que yo también puedo ayudarte a ti. Yo estoy dispuesta a intentarlo si tú lo estás también.

Hablaron y hablaron a la orilla del mar aquella tarde. En el fondo cada uno recibía las palabras del otro como un bálsamo. Paula sentía como se sosegaba respecto de sus miedos conforme Elias le abría su corazón. Otras hubieran preferido no verse enfrentadas con el fantasma de la anterior esposa, pero ella entendía perfectamente la situación y agradecía la sinceridad del holandés.

Era muy tarde cuando llegó a su casa, pero Rocío estaba aún despierta. Estaba tumbada en el sofá viendo la televisión con cara de sueño.

—Chica estaba a punto de dormirme, pero ya que has llegado, cuéntame qué tal tus historias amorosas. Me tienes en ascuas.

—Eres una cotilla que te quedas sin dormir con tal de enterarte de la vida de los demás —contestó alegre Paula.

—Está bien, si no sueltas prenda me iré a la cama —Rocío parecía enfadada y hacía amago de levantarse del sofá.

—Bueno, bueno, espera que yo también estoy deseando contarte cosas.

Rocío enseguida ofreció su mejor y más infantil sonrisa y le ofreció a su amiga un trozo del sofá mientras ella se acurrucaba en una esquina preparándose para una larga conversación.

—En fin, creo que hoy hemos dado el paso definitivo —Paula apostilló seria mientras tomaba asiento. Es posible que pronto te quedes sin compañera de piso. Vamos a tomarnos un tiempo breve, para terminar de orientarnos, pero si todo va en orden seguro que antes del verano estaremos viviendo juntos. La casa de Elias es grande y podrá admitir un ocupante más.

Rocío no parecía demasiado sorprendida, pero sí algo escéptica y también apenada.

—Supongo que sabes bien lo que haces. A mí ese tipo sigue sin gustarme. Chica no sé qué ves en él. Si no digo que no sea guapo, pero es soso y te dobla la edad. Seguro que, además, en la cama no aguanta ya la comparativa con algunos que tú y yo sabemos.

—En ese aspecto no debes preocuparte, da la talla sobradamente y te diría que incluso supera a muchos atléticos ligues que he tenido —Paula no se sonrojaba fácilmente—. Y ya sabes que es de mi estilo, elegante, caballeroso, tranquilo. Reconozco que me estoy enamorando locamente de él. O quizá sea de sus gemelos y su perfume, je, je —Ironizó terminando.

—Espero que no te equivoques. Te veo metida en algo demasiado serio. Eres demasiado joven y él está demasiado vivido. Además su cara no me gusta. Me da la impresión que tras el aspecto desvalido se esconde algo turbio.

—Joder, pareces mi madre —Paula comenzó a enfadarse.

—Está bien, eres mayorcita y sabes lo que haces. Supongo que también me da pena que me

dejes, ¿dónde voy a encontrar otra compañera de piso tan comprensiva como tú para mi desorden?

Ambas se abrazaron enternecidas antes de terminar la conversación y marcharse a la cama. Al fin y al cabo el próximo día sería un duro lunes de trabajo más.

Pero Rocío no pudo evitar que su rictus abandonara la sonrisa cuando ambas se levantaron del sofá para ir a la cama y Paula ya no podía verla. Realmente para ella era inevitable el hecho de estar sinceramente preocupada por su amiga.

Aquel lunes pareció comenzar como casi todos. Estrés matutino para salir al hospital, Rocío corriendo mientras planchaba unos vaqueros y Paula esperándola con mirada amenazante.

—No me irás a dejar en tierra, ahora que nos queda tan poco tiempo juntas —imploró la malagueña.

—No te preocupes, hoy me has ablandado el corazón —contestó la sevillana enternecida.

Sin embargo, las cosas parecieron tomar otro rumbo al llegar al hospital. Mientras corrían por los pasillos para hacerse cargo de sus turnos, el doctor Fuentes, como siempre con su iPad debajo del brazo, frenó a Paula.

—Stop, stop, jovencita, ¿dónde vas tan rápido?

—Tengo turno precisamente en su sección y llego tarde —Paula le contestó algo azorada—

—Bueno, no te preocupes, soy el jefe te disculparé por esta vez. Tengo que hablar contigo — Fuentes la cogió del brazo y la empujó hasta su despacho—. Recuerdo que me preguntaste hace algunos meses por la enfermedad de Takotsubo, ¿por qué aquel interés?

Paula se sobresaltó al recordar aquel momento. Y sobre todo porque su cabeza le trajo el recuerdo de aquella primera tarde en que vio a Elias cuando fue con su compañera a hacerse cargo del cadáver.

—Tuve que hacerme cargo del cadáver de una mujer que había fallecido debido a una crisis aguda motivada por esa enfermedad y sentí interés. Me atrajo aquello del síndrome del corazón roto y aquella mujer tan joven y atractiva me dio mucha pena.

—Sí, es lo que pensaba —Fuentes contestó mientras abría una carpeta con múltiples papeles—. El asunto es que el Comité de Ética del hospital está analizando ese caso y me han nombrado para que presida la investigación. Puede ser pura rutina, pero en cualquier caso hay que indagar sobre lo sucedido para preparar un informe.

—¿Es que hubo algo raro en aquel asunto?

—Puede que no, pero el hospital siempre indaga de forma aleatoria en aquellos casos en los que se ha producido alguna práctica poco ortodoxa o que generan denuncias judiciales.

—Ha habido alguna denuncia contra Rotmensen —Paula comenzó a preocuparse.

—No, por supuesto, pero no se hizo la autopsia y era un caso claro para haberla ordenado. Es casi seguro que no hay nada anormal en la actuación del doctor Rotmensen, que es un gran profesional, pero hay que asegurarse de las cosas y dejarlas por escrito con claridad. ¿Cuándo tienes tiempo para contarme todo lo que pasó aquella tarde?

—Si quiere ahora mismo se lo cuento. La verdad es que no hay mucho que contar. Era tarde.

Rotmensen llamó al control de enfermería de la UVI diciendo que en su despacho había fallecido una paciente. Nuria y yo acudimos para hacernos cargo. A mí entonces me pareció algo extraño, pero llevaba muy poco tiempo en Cardiología y todo me parecía raro. Rotmensen fue muy amable conmigo y contestó a mis preguntas sobre el caso. Más tarde también me contó cosas sobre el síndrome –Paula omitió intencionadamente el nuevo cariz que su relación con el holandés había tomado desde entonces.

–Y ¿sabes si Rotmensen justificó de algún modo el hecho de no ordenar la autopsia? –inquirió el pediatra.

–Sí, dijo que conocía muy bien el caso, que llevaba tratándola mucho tiempo y que al no tener demasiados familiares cercanos no veía a quien pudieran interesarle los resultados.

–Curiosa perspectiva –Fuentes contestó distraído mientras tocaba en su IPad para leer el mensaje que un leve sonido le acababa de anunciar–. Está bien, me has sido de mucha ayuda. Ya te preguntaré más cosas si las necesito.

Paula salió del despacho del pediatra con una franca preocupación. En ese momento no sabía si buscar a Rotmensen para hablarle sobre lo que estaba sucediendo y que estuviera prevenido. Pero por otro lado, sentía cierta desconfianza, ¿y si había realmente alguna práctica irregular en todo aquello?

XI – La miocardiopatía de Takotsubo

Ulises> Sé que puedes ayudarme, te leo desde hace días y me consta que tengo tus mismos problemas (2011-03-11 11:02)

Nibelungo> ¡Vaya Ulises! ¿y en qué podría ayudarte yo? (2011-03-11 11:04)

Ulises> Noto en tus palabras que te azota el mismo dolor que a mí, pero también veo en ti una esperanza de la que yo carezco (2011-03-11 11:04)

Nibelungo> Si estás en este foro es porque tu amante o tu esposa ha muerto. Todos los que estamos aquí sufrimos de un gran dolor, ¡qué esperanza puede quedarnos! (2011-03-11 11:08)

Ulises> A mí ninguna, pero cuando te leo noto que tú si transmites ilusión en salir de este letargo, solo quiero que me orientes sobre lo que puedo hacer (2011-03-11 11:08)

Nibelungo> Eso tienes que descubrirlo tú. Yo poco puedo hacer, bastante tengo con sobrellevar mi angustia. Te dejo, otro día hablaremos, ahora tengo que desconectarme (2011-03-11 11:09)

–¡Mierda! –gritó Anette, mientras golpeaba el teclado para desconectarse–, ¿cuándo lograré sacarle algo a este cabrón?

–¿Qué te pasa Anita? –preguntó Diego desde la mesa de al lado.

–Que no consigo ganarme del todo la confianza de Nibelungo. Sé que está a punto de caer, pero se hace de rogar y el tiempo va pasando. Me da miedo que no podamos llegar a evitar alguna nueva acción suya.

–Bueno, eso será si estamos en el camino correcto y Nibelungo es nuestro hombre –las palabras de Diego sonaban algo desesperanzadas.

–Jefe, ya sabes que el departamento de intuiciones no lo llevo yo, eso es cosa tuya y de Jean. Yo solo me encargo del teatro. Me habéis dicho que haga el papel de viudo psicópata y en ello estoy.

–Se me ha ocurrido que, ahora que Jean está ya en Málaga, aunque el juez no nos dé autorización para chequear el log del WiFi del Miramar, podemos, por lo menos hacer que nuestro colega se dé una vuelta por allí mientras tú entretienes a ese cabrón conectado. A lo mejor ve a alguien con un ordenador por alguno de los locales con aspecto sospechoso.

–¡Mucha suerte tendríamos que tener para esto! –Anette parecía divertida–. Y la suerte no es algo que nos haya sobrado casi nunca en nuestros casos. O nos matamos a trabajar y no dejamos ni un cabo suelto o no hay nada que hacer.

–Tienes razón, pero por intentarlo no perdemos nada –Diego se ponía la chaqueta mientras contestaba a su compañera–. Venga, te invito a una cerveza antes de irnos a casa.

–A casa te irás tú que vives en Madrid. Te recuerdo que yo hago reposar mis huesos en un hotel de mala muerte.

–No te quejes, Anita. A veces yo también preferiría un hotel. En casa de mis padres en algunas ocasiones se está cómodo, pero en otras no tanto. Ahora, por ejemplo, me preocupa mi padre. Hace mucho que no convivíamos y lo veo raro, como si estuviera cansado o enfermo. Pero no dice nada. Él siempre ha sido el optimista majadero y mi madre la sesuda funcionaria que sacaba adelante a toda la familia.

–Se hacen viejos, Diego. Un día descubren que ya no volverán a vivir cosas que vivieron de jóvenes, que hay situaciones que no se repetirán, que les duele la espalda todos los días al levantarse. Tiene que ser duro. A mi me dan escalofríos solo de pensar cuando me llegue esa época.

–¡Venga Anita, que tienes veintinueve añitos! ¡Te queda lo tuyo aún! Yo a mis treinta y cuatro ya me comienza a doler la espalda con cierta frecuencia. Y siento que los años pasan a un ritmo poco soportable. En fin, vámonos, no nos pongamos hipocondriacos.

Los dos policías cerraron el despacho y salieron a la calle de aquel Madrid de los últimos días del invierno. No era demasiado tarde, pero aún no se había cambiado al horario de verano y por eso ya había anochecido. La temperatura era buena y la lluvia no amenazaba así que pasearon un poco antes de entrar en algún bar. No les gustaba usar el que estaba más cercano a la Comisaría, ya que solía encontrarse lleno de policías y era como una continuidad del trabajo. Si no apetecían mucho las conversaciones corporativas lo mejor era alejarse un poco. Además con eso de ser de la Interpol era inevitable que se les pegara algún policía español curioso a preguntar acerca de cómo era el trabajo en esa organización.

La sala de reuniones de dirección del Hospital Costa del Sol era lo suficientemente grande como para que los componentes del Comité de Ética del centro pudieran usarla en sus reuniones. Eran doce miembros además del director. Para evitar que el médico sobre el que se investigaba se sintiera acusado se le solía invitar a sentarse entre el resto de sus compañeros. Sin embargo, Elias Rotmensen, no podía dejar de sentirse como un reo ante el juez. Y en este caso, quien ejercía de tal, era Carlos Fuentes, su compañero del área de Cardiología Infantil. El holandés se encontraba mal. No había dormido bien aquella noche pensando en la desagradable situación que le esperaba. Tendría que justificar su decisión de no hacer la autopsia a Eva Santos ante compañeros que le iban a discutir su conducta. Y, quizá, con razón. Estaba cansado y sabía que aquello le mermaría su capacidad de presentar razonadamente su defensa, sin embargo tenía que hacerlo. Sabía que era difícil que una cosa de este tipo tuviera mayores consecuencias, sin embargo, no quería arriesgarse a que le abrieran un expediente o le sancionaran con algunos días de suspensión de empleo y sueldo. Esas cosas manchaban ya la vida profesional y dificultaban las posibilidades de progreso. Los miembros del Comité iban entrando en la sala poco a poco. Rotmensen no podía dejar de ver aquel goteo con cierta impaciencia. No tardaron mucho en estar todos.

–Estimados compañeros –Fuentes comenzó su intervención–, como todos sabéis el caso que hoy nos ocupa es el del fallecimiento en el centro de la paciente Eva Santos. Supongo que todos habéis leído la copia de la historia clínica que os mandé, pero resumo sucintamente los hechos para que entremos a debatir si la práctica clínica empleada por nuestro compañero el doctor Rotmensen fue o no adecuada a la ética de nuestra profesión y a la ley. La paciente presentaba una cardiopatía de Takotsubo. El doctor Rotmensen la trataba desde el verano de 2009. Las pruebas clínicas ordenadas y el tratamiento eran los adecuados a este tipo de pacientes. Sin embargo, en la consulta a la que acude durante el mes de septiembre de 2010, la paciente fallece, mientras el doctor Rotmensen la ve en consulta, de un infarto agudo de miocardio. El doctor Rotmensen no observa ninguna anomalía especial y, por tanto, no realiza comunicación judicial ni ordena la autopsia. Desde mi punto de vista, dada la excepcionalidad de los fallecimientos producidos en el mismo acto de una consulta de revisión ordinaria, no de urgencias, se debería haber comunicado al juzgado para que ellos decidieran si se hacía o no autopsia a la paciente. Antes de pasar a ver el

punto de vista de los distintos miembros de esta comisión, nos gustaría que el doctor Rotmensen nos hablara del caso y nos indicara en que se basó para actuar como lo hizo.

La sala quedó en silencio tras la alocución de Fuentes. El resto de los miembros del comité hojeaban distraídos la copia de la historia clínica que Fuentes les había remitido. Para la mayoría aquello era un caso rutinario sin más trascendencia. Anticipándose a que Rotmensen pudiera comenzar a hablar el director del hospital tomó la palabra.

—Antes de que el doctor Rotmensen nos ilustre con sus apreciaciones, tengo que indicar que este acto no debe verse como el enjuiciamiento de una acción incorrecta, sino más bien como una simple solicitud de aclaraciones a uno de nuestros más apreciados colegas. El doctor Rotmensen lleva muchos años trabajando con nosotros y es uno de nuestros mejores cardiólogos. Cuenta con todo nuestro apoyo y, por tanto, lo único que necesitamos es que nos hable de las evidencias clínicas en las que se basó para no ordenar la autopsia. Si este comité no encuentra nada anormal en el caso, como estoy seguro que sucederá, dichas evidencias se anotarán en la historia clínica y el caso quedará archivado.

—Traté a Eva Santos desde el mes de julio de 2009 —la voz de Rotmensen estaba algo agitada. El acento extranjero se enarcaba en su español cuando estaba nervioso—. Vino a la consulta porque había tenido a lo largo de su vida numerosos episodios de angustia que siempre habían sido tratados como meras crisis de ansiedad. Generalmente, la había asistido su médico de cabecera y, en función de la intensidad de los síntomas, fue medicada con Lexatin o Tranquimazin. Sin embargo, dada la persistencia de las crisis y algunos problemas funcionales añadidos, su médico de cabecera decidió que debería ser revisada por el cardiólogo. Es entonces cuando viene al centro por primera vez. En la historia clínica pueden ustedes observar mis primeras anotaciones y las pruebas que le solicito. No me fue fácil diagnosticar la discinesia apical transitoria. Como pueden ver, los resultados de las primeras pruebas, electro, enzimas, etc. Fueron absolutamente normales. Sin embargo, la paciente fue asistida de urgencias en febrero de 2010 con una sintomatología muy parecida a la del infarto agudo de miocardio. Yo estaba de guardia ese día. Le hicimos un electro que mostraba ritmo sinusal, frecuencia cardíaca de 100 latidos por minutos, radiografía de tórax donde podíamos observar un leve aumento de la trama intersticial. En cuanto a las enzimas, tenía muy alta la CFK y la TT. Pero realmente fue el ecocardiograma el que nos dio la pista, allí se veía con claridad la discinesia apicoseptal. La verdad es que yo sabía poco de la enfermedad de Takotsubo, pero sí había oído hablar de ella y el aspecto del corazón con su parecido a esa vasija de pescadores japoneses me dio rápidamente la pista. Se le puso tratamiento para un síndrome coronario agudo y en pocas horas comenzó la recuperación. Más tarde, cuando pude hablar con la paciente me refirió un estado de ansiedad muy fuerte en los días anteriores. La vi en consulta cuatro veces más y la evolución fue normal aunque la actividad cardíaca había quedado con ciertas disfunciones, de hecho en junio de 2010 volvió a tener un episodio menor de muy rápida recuperación. Fue en aquel momento cuando me indicó que se encontraba bajo una fuerte situación de estrés motivado por una decepción amorosa. Cuando la paciente acudió a la consulta el día de su fallecimiento me refirió otro episodio de estrés fuerte, le hice un electro y las evidencias comenzaban a ir en la misma dirección del episodio anterior. Sin embargo, aquella vez todo fue más rápido. Entró en parada de forma inmediata, dentro de la propia consulta, a los pocos minutos de hacerle el electro y mientras pedía el resto de las pruebas y preparaba la hospitalización. Solo me quedó intentar la reanimación, que no conseguí, como saben. Mi apreciación fue clara, al repetírsele el síndrome agudo, su corazón no aguantó la

discinesia y esa vez no pudo superarlo. No vi nada anormal que justificara la intervención judicial y, el tío de la paciente, su único familiar, no me sugirió expresamente que se realizara autopsia y, por tanto, no la pedí.

Los miembros del comité guardaron silencio al terminar Rotmensen su exposición. Fuentes, era el único cardiólogo presente, por lo que por lógica le correspondía a él argumentar en contra.

—Los hechos que nos plantea el doctor Rotmensen son bastante claros, sin embargo yo no hubiera actuado de la misma forma. Se sabe que la mayor parte de los pacientes con el síndrome de Takotsubo lo superan con bastante facilidad. Aunque la sintomatología sea tan rotunda, los pacientes se recuperan bastante bien de esta disfunción y el corazón recupera su tamaño y actividad normal con notoria rapidez. Por otro lado, Eva era una mujer joven y la incidencia mayor de esta enfermedad se da en mujeres de elevada edad. Por tanto, para evitar cualquier sospecha de práctica médica inadecuada yo creo que el doctor Rotmensen debía haber, como mínimo, ordenado la autopsia.

—Pero —Rotmensen comenzó su réplica— se conocen pocos casos de repetición del episodio en una misma paciente. Cuando haya más registros médicos estoy seguro que demostrarán que la repetición del síndrome en un periodo corto de tiempo es mucho más virulenta que en la primera aparición. Insisto en que yo solo vi una situación normal y, por tanto, me limité a firmar el certificado de defunción.

Durante un par de horas se continuó debatiendo sobre lo acertado o no de la actuación del médico holandés. No parecía haber un punto de vista único. La mayoría de los médicos se orientaban hacia dar por buena la actuación de Rotmensen, pero varios opinaban que para evitar posibles denuncias posteriores de familiares se debía siempre realizar comunicación judicial en estos casos. Finalmente, la comisión acordó no sancionar al cardiólogo, pero sí pasar comunicación a los juzgados de Marbella para que se procediera a las diligencias que correspondieran y el buen nombre del hospital quedara a salvo.

Rotmensen abandonó la sala apesadumbrado. Verse envuelto en una investigación judicial era lo último que le apetecía en ese momento.

Ricardo Gómez, subinspector de la Comisaría de Marbella, recibió la notificación del juzgado mientras debatía con su colega Jean de la Interpol sobre cómo organizarse para supervisar los que se conectaban por la WiFi del Miramar.

—¡Mierda!, para qué coño tengo ahora que perder el tiempo con esta chorrada del hospital. Puro papeleo para cubrirse el culo ante denuncias. En fin, mañana tendré que pasarme por allí para tomarle declaración a un médico, si quieres me acompañas y podemos seguir trabajando el caso.

—Pefecto —contestó Jean—. No debemos perder mucho tiempo, este psicópata podría volver a actuar en cualquier momento.

XII – El Hospital Costal del Sol

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando Jean y Ricardo atravesaban las puertas del Hospital Costa del Sol. Una recepcionista algo indolente se encargó de avisar al doctor Fuentes de que ambos policías le esperaban. A Ricardo no le gustaban demasiado los hospitales, aunque no podría catalogarse de hipocondríaco sí era un tanto aprensivo y, desde luego, no disfrutaba observando el ramillete de desgracias que se observaban cuando uno visitaba estos lugares.

–Ufff, ¿de dónde sale tanta gente con esas pintas de centroeuropeos o nórdicos?, ¿por casualidad hemos salido de España? –preguntó Jean entre irónico y curioso.

–¡Ah!, pero, ¿no lo sabes? – contestó el subinspector marbellí.

– ¿Qué no sé que debiera saber?

– Pues que la Costa del Sol es el geriátrico de Europa. Aquí vienen a terminar sus días una buena parte de los ingleses, alemanes, suecos, daneses... a los que el frío de sus países les jode los huesos cuando envejecen y solo el sol del sur de España los reanima. Lo malo es que, ya de paso, vienen a saturar también nuestro sistema sanitario y, como quien no quiere la cosa, a que también nuestro tercermundista sistema nacional de salud les atienda en cuestiones en las que los de sus países, algo más avezados que nosotros en la cosa del gasto público, se dieron cuenta hace tiempo que no podían ser sufragadas sin más. Menos mal que lo que se va por lo que se viene. Lo que se llevan en prótesis de cadera se lo gastan en hartarse de cerveza en los chiringuitos. Al final la balanza de pagos debe estar más o menos equilibrada.

Mientras el andaluz instruía al belga sobre los temas macroeconómicos de la Costa del Sol vieron acercarse al inefable Fuentes con su eterno Ipad bajo el brazo. Debían de oler a policías desde lejos, ya que el médico no lo dudó y se fue hacia ellos seleccionándolos entre las decenas de personas que esperaban en el hall donde se encontraban.

–Buenos días, soy el doctor Fuentes, ¿me buscaban?

–Sí, doctor, tenemos orden del Juzgado de Instrucción número uno de Marbella de que hablemos con usted sobre el caso del fallecimiento de una paciente en causas no bien determinadas –Gómez se sorprendía a sí mismo en ocasiones por lo burocrático de su lenguaje–. Yo soy el subinspector Ricardo Gómez de la Comisaría de Marbella y mi compañero es el agente Jean Slosse, de la Interpol–

Fuentes pareció algo confuso al oír la presentación sobre el policía belga.

–Y ¿puede saberse que tiene que ver la Interpol con lo que aquí nos ocupa?

–¡Ah! Disculpe, doctor, no se preocupe. Mi colega me acompaña solo porque estamos colaborando en la resolución de otro caso que nada tiene que ver con esto –Gómez se mostraba algo compungido por haber alarmado al médico.

–Bien, pues si quieren acompáñenme a mi despacho y les pondré al tanto de lo ocurrido.

Gómez percibió el nerviosismo de Jean por tanto prolegómeno y tanta pérdida de tiempo, por lo que atajó rápidamente a Fuentes.

–Discúlpenos doctor, pero andamos muy ocupados, si le fuera posible contarnos aquí lo sucedido seguro que ganamos tiempo. Realmente tenemos bastantes asuntos urgentes que tratar esta mañana.

–Sí, lo entiendo, no se preocupen. Sentémonos en aquel ángulo de la sala de espera donde podemos charlar con cierta privacidad –dijo Fuentes indicando un bloque de unos cuantos asientos vacíos.

Gómez comprobó como el rictus de su compañero se relajaba.

–Bien, les haré un breve resumen de lo sucedido –Fuentes se sentó mientras dejaba con mimo su iPad sobre una silla vacía contigua a la suya–. El asunto puede no tener más importancia, pero al Comité de Ética del hospital nos pareció que debíamos comunicarlo al juzgado, por si pudiera haber algún asunto oculto. Trataré de hacerles un breve resumen. Hace unos meses una paciente tratada en el hospital, Eva Santos era su nombre –Gómez tomaba notas mientras Fuentes hablaba– falleció mientras pasaba consulta en nuestra área de Cardiología. El médico que estaba tratándola es el doctor Elias Rotmensen, un profesional intachable de nuestro centro. La paciente presentaba, según su historia clínica, una rara enfermedad cardíaca, lo que denominamos en nuestra jerga Takotsubo. Puedo deletreárselo –indicó Fuentes al ver la indecisión del subinspector– o mejor escribirselo yo mismo.

–Se lo agradezco, los términos médicos nunca han sido lo mío –dijo Gómez mientras le cedía al doctor Fuentes el cuaderno y el bolígrafo.

–Lo entiendo, y menos este que es de origen japonés. Bien, creo que no es necesario que profundice en los síntomas. La cuestión es que la paciente sufrió una segunda crisis fuerte de su enfermedad mientras se encontraba en la consulta del doctor Rotmensen y falleció allí mismo. El doctor no ordenó la realización de la autopsia ni emitió comunicación judicial alguna. En las revisiones periódicas que hace nuestro Comité de Ética surgió este caso, nos pareció anómalo el proceder del doctor Rotmensen y por ello decidimos al menos comunicarlo judicialmente aunque no tengamos ninguna razón para pensar que pudiera haber una actuación clínica inadecuada de nuestro compañero, solo que formalmente no actuó como debía.

–Pero, ¿entonces... según ustedes la paciente fue tratada de forma adecuada por su médico? – Gómez inquirió.

–Sin el menor atisbo de duda.

–Existe algún familiar que pueda demandar al centro y eso quizá es lo que les mueve a realizar esta acción.

–Parece que no. Solo vive un tío de la paciente y en ningún momento ha manifestado malestar por el proceso seguido.

–Bien, coincidirá, pues, conmigo en que esto parece puro formalismo –Gómez no podía disimular su descontento con el tiempo que estaba perdiendo.

–Es posible –Fuentes estaba cambiando a un tono algo menos amistoso–, pero eso tendrán que decidirlo ustedes.

–Bien, ¿podemos ver al doctor Rotmensen?

–Por supuesto, si me lo permiten les acompañaré hasta su despacho.

Jean parecía desesperado. Si hubiera conocido mejor la zona, hubiera dejado allí mismo a su compañero y se hubiera largado al Miramar para indagar sobre los que desde allí se conectaban a Internet. Gómez le hizo seña de que se calmara, que era solo cuestión de un momento. Llegaron los tres al despacho de Rotmensen; Fuentes llamó a la puerta solo como símbolo de cortesía y la abrió sin esperar a que desde el interior se le invitara a pasar.

—Elias, ya sabes que estamos con las formalidades respecto al caso de Eva Santos. Estos señores son de la policía de Marbella y quieren hablar contigo. Bien, yo les dejo solos. Si me necesitan, mi despacho está cerca.

Y sin mucha ceremonia más, Fuentes continuó por el pasillo de Cardiología en dirección a su despacho. Rotmensen, algo confundido, invitó a entrar a los dos agentes.

—Bien, el caso es que no les esperaba y ni siquiera tengo aquí la historia clínica de la paciente. Además tengo una persona citada en veinte minutos.

—No se preocupe —Gómez se mostraba colaborador—, no creo que le hagamos perder más de diez de sus veinte minutos. En cuanto a la historia, lo normal es que el juzgado le pida oficialmente una copia para su análisis por los servicios forenses.

Gómez fue haciendo las preguntas de rigor y tomando nota de ellas en su bloc de bolsillo. Mientras tanto Jean revisaba aburrido el despacho del holandés. Solo tenía ganas de salir de allí cuanto antes para continuar con la investigación que le había llevado a la zona. Casi había dejado de oír las preguntas de su compañero concentrado en su revisión de los pequeños detalles de la consulta, intentando que el tiempo pasara rápido. Una amplia colección de libros, y no todos de medicina precisamente, Goethe, Schiller, Hölderlin, Thomas Mann... Jean no era un especialista en literatura, pero sí sabía lo suficiente como para darse cuenta de que la literatura alemana era la favorita del médico holandés. Jean prefería a los clásicos de aventuras ingleses: Verne, Salgari, Stevenson, Kipling... No entendía como alguien podía soportar a aquellos soporíferos autores germanos, mirando continuamente más hacia adentro de ellos mismos que hacia la realidad exterior. Pero claro, él era un policía, un hombre de acción, no un intelectual. Siguió con la mirada perdida en los detalles del despacho. Todo estaba absolutamente pulcro. Ni una mota de polvo. El médico holandés vestía de forma impecable, se veía que su profesión no le debía de llevar muchas veces al día a arrugarse la camisa. Por un momento se comparó a sí mismo, con su chaqueta sin planchar desde hace varios meses y el polo que solía llevar por su escasa necesidad de plancha. Miró la perfecta raya de los pantalones del doctor Rotmensen y la comparó con sus vaqueros que incluso estaban algo sucios. Por un momento pensó en lo que haría aquel hombre cuando tuviera que enfrentarse a la reanimación de un paciente. Se lo imaginó por un momento intentando devolverle la vida a aquella tal Eva Santos. Su indumentaria con el planchado arruinado. ¿Cómo podría un cardiólogo ser tan puntilloso con su aspecto? Fuentes, al que habían dejado hacía unos momentos, vestía una bata algo desaliñada y debajo llevaba el mono quirúrgico. No estaba especialmente bien peinado, ¡qué diferencia entre ambos tipos! Gómez continuaba con su interrogatorio de rutina, por el tono de voz del andaluz se notaba que solo buscaba los datos necesarios para hacer un informe al juzgado y archivar el caso. Jean continuó con su aburrida inspección visual. En la pared había algunos cuadros de realistas paisajes de montaña; también algunas fotografías. En una de ellas se veía a Rotmensen algo más joven acompañado de una joven y guapa mujer. Una pequeña vitrina de cristal guardaba también numerosos cedés de música. Casi toda era clásica, Beethoven, Mahler, Schubert, Schumann, Mozart... Estaba claro que los gustos musicales del holandés coincidían con los literarios en cuanto a la nacionalidad de los creadores. Jean no era nada aficionado a la música clásica, su pasión era el jazz: Ellington, Armstrong... Se fijó en que la portada de un disco de Schubert representaba la misma imagen que uno de los cuadros colgados de la pared. Se trataba de un hombre subido a una alta roca contemplando el horizonte por encima de la niebla, “El caminante sobre el mar de niebla” de Caspar David Friedrich, rezaba el título del cuadro, escrito en una placa dorada atornillada al

marco. El disco era una colección de lieder de Schubert, “Der Hirt aus dem Felsen”; Jean sabía lo suficiente de alemán como para poder traducir aquella frase, “El pastor en la roca”. “¡Vaya tipo!” pensó. Es un clásico, no le pega nada esta Málaga desenfadada mezcla de andaluces mordaces e ingleses borrachos. El resto de la inspección fue sencillo, los correspondientes títulos profesionales presentes en la consulta de cada médico y poco más.

Gómez terminó sus preguntas, agradeció a Rotmensen sus respuestas y se levantó para marcharse. Jean le siguió y se despidió también del holandés. Caminaron aprisa por el pasillo, ya que ambos iban con ganas de dirigirse a Fuengirola.

—¿Qué tal, cómo ha ido? —le preguntó Jean a Gómez más por pura educación que por auténtico interés—.

—¡Vah! Pura rutina, ¿es que no has estado oyendo?

—La verdad es que no he prestado mucha atención a tu interrogatorio. Me parecía tan tedioso que me he dedicado más a figonear por el despacho de ese tipo tan elegante.

—Sí, la verdad es que parece un sujeto extraño, aunque no creo que tuviera ninguna razón espuria para no comunicar la muerte de Eva Santos al juzgado. En fin, si me ayudas en el coche a rellenar el informe lo mando al Juzgado ahora mismo desde el portátil y nos largamos a Fuengirola.

Ambos se dirigieron al vehículo. Gómez sacó su ordenador y se conectó a través de 3G a su correo electrónico. Le pidió a Jean que fuera escribiendo el informe mientras él revisaba los datos de su cuaderno y le iba dictando lo que debía poner: “Elias Rotmensen, de nacionalidad holandesa, de treinta y ocho años de edad, con residencia en España desde hace diez años, médico del departamento de Cardiología del Hospital Costa del Sol, viudo...”. De repente el teclado manipulado por Jean enmudeció.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué paras?

—Espera, déjame pensar —El agente de la Interpol permaneció ensimismado unos segundos.

—¡No puede ser! ¡No es posible!

—Pero ¿qué sucede? —le inquirió impaciente Gómez.

—Ahora lo acabo de ver claro. Sabía que había algo que me perturbaba en el despacho y ahora mismo acabo de saber qué es. Cuando has dicho “viudo” he caído en la cuenta.

—¿No estarás pensando que hay alguna relación entre este tipo y nuestro caso? —Gómez sugirió algo escéptico.

—Bueno, es viudo, ¿no? Y estamos buscando viudos. Esto ya nos lo acerca. Pero es otro tema, déjame que llame a Madrid.

Jean marcó el número de móvil de Anette. El teléfono dio tres tonos de llamada hasta que la francesa contestó.

—Anette —le preguntó Jean algo nervioso—, puedes buscar un texto del foro de estos pirados donde Nibelungo decía no sé qué de una roca.

—Sí claro, ya me acuerdo. Déjame un momento.

El subinspector Ricardo Gómez aguardaba expectante sin saber exactamente qué estaba pasando por la cabeza del agente de la Interpol.

Anette era rápida con el ordenador y en un par de minutos comenzó a leerle a Jean: “Solo quienes vencen sus prejuicios logran ver el horizonte lejano. Súbete a una roca solitaria para ver por encima del mundo. Nadie importa, solo lo que hay más allá de todos esos pequeños puntos que son la gente vista desde la altura”.

–Bien, creo que tenemos algo, dile al jefe que vaya sacando billetes del AVE, me temo que seréis necesarios aquí de manera inmediata. Dame un par de horas y te confirmaré si tengo algo sólido o no –El agente Slosse de la Interpol colgó el teléfono francamente agitado.

–Bien, ¿quieres decirme de una vez qué coña pasa? –Gómez se impacientaba.

–Vamos aprisa a cualquier tienda de discos, tengo que encontrar un liedert de Schubert.

– Pero estás loco, ¡qué pinta ahora Schubert en todo esto! –Gómez estaba ya pensando que su colega estaba perdiendo la cabeza.

–Es sencillo. Mientras tú interrogabas a ese médico en su despacho yo me aburría como una ostra y me dediqué a ir mirando todo lo que había dentro del mismo. La verdad es que nada me llamó poderosamente la atención. Muchos libros y música de clásicos alemanes, pero eso no conseguía emitir ningún mensaje a mi cerebro. Había también un cuadro curioso de un tipo subido en una roca sobre la niebla, contemplado el horizonte. Como te digo, nada de esto conseguía vencer mi aburrimiento. Pero cuando me has dicho que Rotmensen era viudo todo ha empezado a emitir señales a la vez. Un disco, el cuadro... En seguida me he acordado que el nombre en clave de nuestro principal sospechoso es Nibelungo y eso parece bastante alemán, de hecho había algunos discos de Wagner por el despacho de Rotmensen. Pero lo crucial ha sido lo del cuadro con el tipo en la roca y el disco con el liedert de Schubert “Der Hirt aus dem Felsen”, que traducido al español es “El pastor en la roca”. Todo ello me ha recordado un trozo de texto que leímos en el foro donde participa Nibelungo que casi venía a copiar lo que el tipo del cuadro estaba haciendo, subirse a una roca solitaria para ver por encima el mundo. Por eso necesito escuchar ese puto liedert para comprobar lo que dice, aunque estoy casi seguro de no equivocarme, de que estamos muy cerca de encontrar a nuestro hombre.

XIII – Marbella

–Sé que lo que tienes es bueno, Jean, pero en sí mismo no nos sirve de nada –le decía Diego a su compañero belga–. Ningún juez nos permitirá seguir adelante solo con que un tipo que escribe en la red, y que no sabemos si es el asesino que buscamos, emplea una frase donde describe un cuadro o un disco que habéis visto en el despacho de Rotmensen. Si queremos profundizar en esa pista tenemos que aportar más pruebas, sino estamos muertos.

Los tres policías de la Interpol y su colega malagueño estaban reunidos en una sala de la comisaría de Marbella. Diego y Anette acababan de llegar de Madrid. Era tarde, pero tenían que planificar el resto de las acciones para poder seguir adelante con la investigación del caso.

–Podemos intentar capturar las comunicaciones del ordenador de Rotmensen, quizá por ahí logremos relacionarlo con Nibelungo –sugirió Anette.

–O incluso pedir la exhumación del cadáver de Eva Santos, si Rotmensen es Nibelungo seguro que practicó la necrofilia con su cadáver y aún podemos encontrar algo –Jean quería ir a por todas, se mostraba seguro de su intuición sobre el médico holandés.

–Estáis locos, el juez no nos autorizará nada de eso y además solo nos serviría para relacionarlo con Nibelungo y eso no es gran cosa, aún no tenemos evidencias de que Nibelungo sea nuestro hombre. Sería mejor intentar tomar alguna prueba de ADN para chequear con los restos de semen que se encontraron en la irlandesa asesinada. Eso sí iría directamente al grano del asunto y, además, supongo que con un poco de imaginación podemos obtenerla sin pedir permiso al juez –concluyó Diego.

A seguir por esta línea contribuyó Gómez. El inspector de Marbella tenía una amiga enfermera que trabajaba en el Costa del Sol y se ofreció a pedirle que les ayudara en la resolución del caso. Como tampoco querían abandonar la línea tecnológica se dividieron en dos equipos, Jean y Anette intentarían seguir la pista del Miramar y Diego se uniría a Gómez en el intento de captura del ADN del holandés.

–Primero daros una vuelta por el Miramar y echáis un vistazo por allí para ver cómo podéis organizaros. Estaría bien que a las horas habituales que ya tenemos contrastadas en que Nibelungo se conecta, os recorráis la zona para ver si la fortuna nos sonrío y descubris algo.

Gómez llevó en su coche a los tres inspectores de la Interpol hasta el hotel que habían contratado para hospedarse y donde ya se encontraba viviendo Jean desde su llegada a la ciudad unos días antes. Les sugirió algún sitio de la zona para cenar y se marchó a casa, tenía que contactar con su amiga enfermera para ver cómo abordar el asunto de Rotmensen.

Marbella en primavera comenzaba a ser una abigarrada ciudad donde se mezclaban como en ningún otro sitio de la Costa del Sol las nacionalidades, las razas y las distintas tribus urbanas. Sólo había que pasear cada noche por entre sus cientos de bares y restaurantes para percatarse de las tan distintas clases de individuos que la poblaban. Esto le daba un cierto ambiente kitsch, pero también un atractivo cosmopolita y permisivo sin límites. La camarera de una heladería podía ser una chica de aspecto absolutamente británico pero que se expresaba en un ortodoxo andaluz debido a que sus padres llevaban años viviendo en la zona o a que ella misma había nacido ya

allí. No hacía falta llegar al elitista Puerto Banús para ver pasear a personas de la denominada *jet set*. Las parejas de gays vestidos a la más rabiosa moda homosexual con sus correspondientes pantalones y camisa superceñidos, de fuertes colores, y sus gafas de pasta no sorprendían a nadie con sus manos entrelazadas. Todo ello se desarrollaba cada noche como una especie de comedia coral donde la imagen se completaba con decenas de africanos vendiendo su relojes, bolsos y gafas de sol, falsificaciones chinas de las más lujosas marcas, mientras la policía municipal hacía acto de presencia y todos ellos, de forma monótona, guardaban sus trastos en improvisadas mochilas y se dispersaban entre las diferentes calles pobladas de gente. Quien no la conozca puede pensar en Marbella con los prejuicios de las imágenes de gente pija, de ese elitismo vacío que en ocasiones transmiten los medios de comunicación sobre ella. Pero quien la conoce puede atisbar su alma diversa tan alejada de cualquier tipo de identidad totalitaria.

Diego, Jean y Anette se sentaron a cenar en la terraza de uno de estos múltiples lugares mientras observaban curiosos el espectáculo de la ciudad. Solo unos cuantos metros del paseo marítimo los separaba de la playa. El Mediterráneo estaba algo alterado ese día, las olas rompían en las rocas cercanas y, de vez en cuando, pequeños conjuntos de gotas salpicaban a los paseantes más cercanos a la playa. Tres o cuatro gatos negros remoloneaban pegados al pequeño muro que separaba el mar del paseo. Los pequeños felinos miraban displicentes a la gente que paseaba o se encontraba sentada en las terrazas. Anette les arrojó unas migas de pan y hubo de sufrir la recriminación del camarero que, con formas amables, le pidió que no les echara nada, ya que si no sería imposible que se los quitaran de encima en toda la noche.

—Jean, me gustaría que nos contaras con precisión lo que viste y por qué te sugirió lo que te sugirió —Diego albergaba serias dudas sobre la pista aportada por su colega, pero le tenía el respeto suficiente como para no pasar por alto su más que demostrada fuerte intuición.

—No sé, aquel tipo me pareció extraño desde el primer momento. Demasiado europeo para España, demasiado envarado, demasiado elegante, algo exagerado en todo lo que de él se desprendía. Además no me pareció normal tanta afición literaria, musical y pictórica por la cultura alemana.

—Los holandeses son unos tipos que están a la mitad entre los ingleses y los alemanes. No te extrañe la cercanía cultural germánica. Además has de tener en cuenta que Alemania es la responsable de una porción más que importante de la cultura europea, no veo nada extraño en que un holandés sienta predilección por Schubert. Yo, sin ir más lejos, que estoy entre español e inglés, también siento predilección por la música clásica alemana.

—Ya, pero no dejarás de reconocerme que la concordancia del cuadro, el *lieder* y el texto en el chat de Nibelungo son más que indicios de que puede haber algo ahí —Jean parecía algo enfadado con su jefe.

—Tienes toda la razón —Diego intentó suavizar su postura—, lo único que digo es que también puede ser una casualidad. Si no supiéramos que Nibelungo se conecta a Internet desde esta zona del mundo, quizá no estaría tan de acuerdo con tu punto de vista, pero sabiendo, como sabemos, que se mueve por aquí, el asunto es más que sólido. Solo digo que tenemos que encontrar más datos para que un juez nos haga caso.

—Las conexiones que tenemos de Nibelungo desde el Miramar suelen ser alrededor de las nueve-diez de la noche —Anette llevó la conversación a temas más operativos—. Yo creo que

mañana tenemos que charlar con el responsable de informática del Miramar y comenzar a ponerle la trampa a nuestro amigo.

Terminaron de cenar. Jean estaba cansado y como llevaba varios días en la zona se marchó enseguida a su habitación. Pero Diego y Anette prefirieron tomar una copa antes de irse a la cama. La verdad es que no era fácil para los nuevos sustraerse al encanto de aquella Marbella primaveral. Se sentaron en una de las terrazas del paseo para poder observar mejor a la gente que no cesaba de ocupar la zona a pesar de lo avanzado de la hora. Diego pidió un gin tonic y Anette un vodka con limón. Hablaron un poco de todo. Anette estaba cada vez más asqueada del caso. No podía soportar la imagen de un tipo practicando el sexo con un cadáver. En su vida de ciberpolicía nunca se había enfrentado a nada tan enfermizo y desagradable. Diego, medio en serio y medio en broma, trataba de llevarla hacia el lado poético del asunto. Le enarcaba el hecho de que aquellos tipos lo que quisieran fuera recuperar a su auténtico amor, reencontrarlo tras la muerte. Pero Anette no estaba muy de acuerdo en resaltar la similitud con la bajada a los infiernos de Virgilio o del Dante. La verdad es que DWH sentía la misma repulsión por aquellos tipos de Orfeo; él nunca se habían enfrentado antes a nada igual. Frente a ellos, los que se dedicaban a intentar estafar con tarjetas de crédito robadas le parecían unas bellas personas.

Anette no dejaba de ser una incógnita para Diego. Ya llevaban unos años trabajando juntos y se conocían lo suficiente como para saber que entre ambos, como hombre y mujer, no habría ninguna relación, sin embargo sí existía un gran camaradería más allá de la que los dos podían sentir con Jean. En general, se entendían bien y compartían muchos puntos de vista, pero el asunto no pasaba de ahí. En los primeros tiempos de conocerse a Diego no le había pasado desapercibido el atractivo físico de la francesa, sin embargo nunca intentó nada con ella, la veía como una buena amiga y colaboradora, como una hermana pequeña a la que había que enseñar y proteger. A veces se preguntaba, sobre todo cuando la sensación de soledad le acuciaba, por qué no podía tener una relación con su compañera, pero enseguida abandonaba la idea. Ella, por su parte, siempre le trataba con afecto y respeto, pero nunca superaba la barrera jefe-subordinado. Más allá de tomar algunas copas juntos alguna vez, nunca había habido más familiaridad. Es cierto que en esos momentos se habían hecho más de una confianza personal que fomentaba su intimidad, pero nada más allá de la que se harían dos buenos amigos.

Al llegar a su casa, Ricardo Gómez llamó por teléfono a su amiga, la enfermera del Costa del Sol. Ambos se conocían de otra investigación que un par de años atrás había tenido que realizar el policía de Marbella en el hospital. Rocío le había ayudado entonces; se cayeron bien y se vieron después algunas veces. Ahora hacía tiempo que no hablaban. Mientras Ricardo marcaba su número de teléfono no era consciente de hasta qué punto aquella enfermera estaba implicada en el caso y les iba a ayudar a resolverlo. Rocío se quedó de piedra cuando Ricardo le daba las claves del asunto por teléfono y apareció el nombre de Rotmensen.

—¿Me estás diciendo que ese loco holandés puede ser un peligroso asesino psicópata? Es el novio de mi amiga y compañera de piso. Siempre le he dicho que me parecía un tipo bastante extraño, pero nunca llegué a imaginarme esto.

—¡Espera, espera! No tenemos ninguna prueba fuerte, solo algunos leves indicios. Lo que necesito es tu ayuda para ver si podemos obtener algún material genético del tipo para poder analizarlo. Por otro lado creo que no sería bueno que le contaras nada a tu compañera, eso podría alterar la investigación.

–Ya, pero puede estar en peligro, ahora mismo está con él –Rocío, hablaba muy alterada.

–Tranquila, si sabes donde están ahora mismo llamo a un coche patrulla para que los vigile sin hacerse notar. No le va a pasar nada a tu amiga, no te preocupes.

–Bien, dime qué puedo hacer entonces, qué es lo que necesitas.

–Como te digo, algo de material genético de Rotmensen para poder contrastar con el semen de una de las chicas asesinadas.

–Ya, ¡a ti te parece fácil!, pero qué hago, ¿le corto una oreja?, ¿le dejo que me eche un polvo y luego te mando su semen en un tubito?

–No te preocupes, no será tan difícil, solo necesito un vaso donde haya bebido antes, supongo que no te será complicado conseguir algo así de su despacho o de la cafetería, ¿no?.

–Está bien, lo intentaré mañana mismo, pero no sé cómo voy a poder hacer que no se me note nada ante Paula.

–Tranquila, eres una chica de recursos, seguro que te irá bien.

Al día siguiente Jean y Anette estaban desde las doce de la mañana en Fuengirola. En el Miramar les habían indicado que ellos no tenían personal informático y que era una empresa local la que les llevaba las comunicaciones. Franky, uno de los muchos ingleses españolizados de la zona, les atendió. Al principio se mostró algo reticente a colaborar sin una orden judicial, pero los encantos de Anette terminaron por forzar la situación. El plan era sencillo, Anette se conectaría con Nibelungo y mientras éste estuviera en contacto tratarían de indagar si la IP de su conexión era del Miramar, si lo fuera habría que darse una vuelta por todo el centro comercial a ver qué encontraban. El asunto es que ya no bastaría con que les permitieran consultar el log de las conexiones realizadas, Franky tendría que darles las IP del Miramar para que ellos pudieran saber si la conexión procedía de allí. Finalmente el inglés hizo una llamada al gerente del centro y acordaron facilitarle este dato a los inspectores.

Tras terminar con Franky, ambos se fueron al centro comercial, querían darse una vuelta por el mismo para conocerlo bien y poder recorrerlo con rapidez si Nibelungo se conectaba. Chequearon bien el ámbito de cobertura de la WiFi del centro. Era bastante amplio, cubría prácticamente toda la parte central de dos plantas por lo que el asunto les podría llevar bastante tiempo. No obstante, decidieron acotar la zona para centrarse solo en los locales de ocio y restauración, no parecía lógico que el tipo se conectara a la red desde una tienda de Zara o H&M, aún así habría fácilmente unos veinte locales que controlar. No parecía tarea fácil.

Comieron en uno de los locales del centro y dejaron pasar el tiempo dando una vuelta por las distintas tiendas, no querían conectarse ante de las siete de la tarde, ya que sabían que Nibelungo no lo haría antes. El gerente del centro les había permitido operar desde su despacho para así pasar más desapercibidos. Anette estaba conectada a las siete en punto, pero Nibelungo no aparecía. De repente, a las ocho y media surgió el pequeño popup indicando que Nibelungo estaba conectado.

Anette comenzó en seguida a hablar con él mientras Jean se lanzaba a revisar la zona esperando encontrarse al holandés. Entraba a todos los locales, revisaba mesa a mesa, pero la labor fue infructuosa. Rotmensen no estaba allí. Todos los presentes eran grupos de varias personas que tomaban cafés, aperitivos o cenaban. Nadie solitario trabajando con un ordenador. Cuando Jean volvió decepcionado al despacho del gerente desde el que Anette seguía enfrascada en la

conversación cibernética con Nibelungo, las caras de ambos se cruzaron expresando negación.

–Nada, no hay nadie con un ordenador o un smartphone en ninguno de los locales –Jean le comentó a su compañera.

–No te preocupes, ya tengo la IP y no es del Centro. Quien quiera que sea se está conectando desde otro lugar. Estoy tratando de que en nuestra central indaguen a quien pertenece –Anette parecía algo contrariada.–. Además esto me huele bastante mal, este tipo está a punto de actuar de nuevo, con todas las prevenciones al uso, pero me acaba de decir que le falta muy, muy poco para subir otro peldaño en el proceso de recuperar a su amada, lo que en su jerga quiere decir que va a cargarse a otra chica. Ahora mismo acaba de desconectarse.

En ese momento el outlook del portátil de Anette hizo sonar un leve pitido para indicar que acababa de entrar un mensaje nuevo. Era de la Interpol para indicar a quien pertenecía la IP de la conexión.

–¡Bingo! –Alguna expresión española comenzaba ya a formar parte del argot de Anette– ¿A qué no sabes de dónde es la puta IP de nuestro hombre?

–Sorpréndeme –dijo, Jean impaciente

–Pues del Hospital Costa del Sol, ¿cómo lo ves, crees que ahora el jefe querrá que hablemos ya con el juez para poder indagar más sobre Rotmensen?

–Estoy seguro de ello.

XIV – Crimen en Las Mimosas

Rocío miraba como Paula dormía en el sofá. Era tarde y la joven enfermera sevillana se había quedado dormida con la televisión encendida. Llevaba unos cuantos días preparando su mudanza a la casa de Rotmensen y solía terminar agotada. La malagueña acababa de entrar en la casa; le había comentado a su amiga que tenía una cita y que volvería tarde, pero no era cierto. Lo que realmente tenía que hacer era pasar por el hospital para intentar tomar alguna muestra genética de Rotmensen. Rocío la miró dormir plácidamente y sintió terror de que pudiera pasarle algo. En su fuero interno estaba convencida de que el holandés era el asesino a quien su amigo Gómez, el policía de Marbella, buscaba.

Por eso había pasado las últimas horas de la tarde merodeando cerca del despacho del médico para estar atenta a cuándo se marchaba a casa. Sabía que cerraría la puerta pero le daba igual, había cogido la llave maestra del control de enfermería, con ella podría abrir no solo todas las habitaciones de los pacientes sino también los despachos de los médicos. Nada anormal, muchas veces tenía que hacerlo para buscar historias clínicas olvidadas sobre la mesa del despacho de alguno de los cardiólogos del área. Nadie sospecharía nada extraño, Cuando Rotmensen salió, Rocío esperó media hora para confirmar que realmente se había marchado y luego entró. No le costó mucho encontrar lo que buscaba, en el cuello de la bata del holandés había unos cuantos cabellos; obviamente la progresiva calvicie que padecía el médico facilitaba ahora el trabajo de la enfermera. Miró la papelera y vio un par de vasos de plástico. Los cogió también por las dudas.

La noche era cálida. De día había soplado viento del sur y las temperaturas se ponían casi veraniegas cuando eso sucedía. Ahora no corría una mota de brisa y la sensación de calor la agobiaba. Cuando subió al coche se tomó unos segundos para tomar aliento antes de llamar a Ricardo Gómez. Rocío sudaba por todos los poros de su cuerpo, más que por el limitado calor primaveral, por la excitación nerviosa.

–Esto está. Tengo un par de cosas que te serán útiles –le comentó al policía.

–¡Vaya!, has sido rápida, no pensaba que te fuera a resultar tan fácil.

–No me ha sido fácil, replicó enfadada, llevo toda la tarde liada con el asunto. Y, además, ¿cómo podría no darme prisa estando en juego lo que está? ¿Cuándo lo detendréis? –Soltó su retahíla nerviosa.

–¡Calma chica! Las cosas llevan su tiempo –Gómez intentó tranquilizarla–. El análisis forense tardará tres o cuatro días y hasta entonces es más que probable que el juez no nos deje hacer nada.

–Está bien, ¿cómo te paso esto? Supongo que cuanto antes lo tengas más rápido será todo, ¿no?

–Así, es. Déjame que te invite a una copa y me lo das –El policía no desperdiciaba la oportunidad de ligar con la enfermera.

–Está bien, pero solo un momento que es tarde y mañana tengo que madrugar, ¿dónde nos vemos?

Al poco rato estaban en un pub del centro de Marbella. Rocío no tenía muchas ganas de cháchara, así que la entrevista duró poco. Le pasó los cabellos y los vasos y pronto enfiló el camino de su casa. Ahora estaba allí mirando a Paula y sintiendo como le entraba un cierto vértigo

de pensar lo que podría pasarle a su amiga.

Casi al mismo tiempo en Las Mimosas, una apartada urbanización de La Cala de Mijas, una pareja de húngaros que solían pasar allí algunas semanas al año, llamaban a la policía asustados por los gritos que se oían en el apartamento vecino. Llevaban unos quince días hospedados y apenas si se habían cruzado un par de veces con la joven alemana del apartamento contiguo. La chica les había llamado la atención porque siempre se la veía sola por la piscina de la urbanización o en la zona cercana de playa. Cada día tomaba el sol tanto por la mañana como por la tarde, nadaba algo, no mucho, y luego se encerraba en su apartamento. Como el húngaro hablaba algo de alemán, había intentado entablar alguna somera conversación con ella, pero fueron escasas las amables palabras de cortesía que en un par de ocasiones intercambiaron. Por lo demás, no sabían más de ella. Por la noche oían música en su apartamento, pero con un nivel tan bajo que era imposible que les molestara. Por eso aquella noche les extrañó tanto oír aquellos gritos que, por lo demás, no sonaron demasiado tiempo. Luego todo quedó en silencio hasta que las sirenas de la Guardia Civil del cuartelillo de La Cala aullaron. No tardaron más que unos pocos minutos, pero cuando los guardias forzaron la puerta para entrar, cansados de llamar sin que nadie les abriera, el espectáculo que vieron fue poco alentador. La joven alemana yacía desnuda sobre su cama, las marcas en el cuello eran un signo evidente de que había sido estrangulada. Uno de los guardias comprobó que no respiraba y en seguida contactó con el juzgado de guardia. La zona no tardó mucho en llenarse de coches de policía de la comisaría de Fuengirola. Un maduro inspector parecía dirigir el asunto. La pareja de húngaros y otros vecinos se arremolinaban por los pasillos. El inspector, después de examinar el escenario con el juez, salió del apartamento y gritó.

—A ver, ¿quién de ustedes fue quien llamó a la Guardia Civil?

La pareja de húngaros se acercaron. No hablaban bien el español por lo que en seguida tuvieron que pasar al inglés para entenderse.

—Díganme, ¿qué les llamó la atención para que llamaran a la Guardia Civil? —el policía se expresaba en el inglés correcto que todo funcionario de la Costa del Sol tiene que dominar si quiere hacer con eficacia su trabajo.

—Fueron los gritos. Duraron poco y yo no sé mucho alemán, pero ella parecía pedir que la soltara, que la dejara en paz. Pidió socorro un par de veces y luego el silencio, nada más. No creo que estuviera gritando más de un minuto y los guardias no tardarían más de quince en llegar —el inglés del húngaro no le permitía demasiadas florituras en la conversación.

—Entonces me está usted diciendo que el asesino huyó entro los gritos y la llegada de los guardias, es decir, en poco más de diez minutos. ¿No vieron ustedes nada?

—No, en cuanto los gritos cesaron no oímos nada más. Nos dio miedo y no quisimos salir del apartamento hasta que ustedes llegaron.

—¡Vaya, pues perdimos la oportunidad de lograr alguna pista sobre el asesino. En el apartamento no hay signo alguno de que alguien saliera corriendo por alguna ventana, así que tuvo que hacerlo con cierta tranquilidad y por la puerta, ¿creen que algún otro vecino pudo observar algo?

—No lo sé, nosotros no oímos nada, pero quizá alguien lo hiciera.

El policía siguió interrogando a los vecinos allí congregados pero nadie había visto nada. Todos coincidían en que aquella muchacha estaba siempre sola, nunca la había visto con acompañante

alguno. Mientras lo hacía, uno de los policías de su grupo se le acercó.

–Inspector, quería decirle algo por si fuera de interés.

–Dime chaval, pero estoy muy ocupado así que sé breve –El inspector parecía malhumorado. No le gustaba que le despertaran de madrugada para ver a una pobre chica asesinada por un perverso.

–Yo tengo un amigo en la comisaría de Marbella y me ha comentado que ellos están investigando varios casos parecidos a este. Incluso creo que hay una brigada de la Interpol por la zona. Hace poco encontraron estrangulada y violada a una joven irlandesa en Cabopino.

–¡Joder, estamos de suerte! Nos vamos a quitar este marrón de encima. ¿Y dices que tu amigo está investigando el asunto o solo habla de oídas?

–No, es él quien está en la investigación. Es el subinspector Ricardo Gómez de policía judicial de Marbella –El policía se creía ante su jefe por tener tan buena información.

–Muy bien chaval, pues ya le estás llamando cagando leches y diciéndole lo que ha pasado aquí y que tanto los picoletos como nosotros le esperamos ávidamente para irnos a la cama.

Cuando Gómez recibió la llamada enseguida avisó a Diego. Les contó lo básico de lo que había pasado y le informó de que los recogería en su hotel en quince minutos. En diez los tres policías estaban esperando al de Marbella en la recepción. El coche llegó a toda pastilla y por poco derrapa al frenar en la puerta del hotel. Gómez puso al día a sus colegas con lo que le acababan de contar. Fuera del horror que aquello pudiera suponer, parecía que estaban de suerte, si realmente se trataba de una nueva violación ahora podrían cruzar los restos genéticos hallados con los del médico holandés, ¡y no necesitarían ni permiso del juez! Cuando comprendieron el alcance del asunto, todos se miraron cómplices. Aunque breve en el tiempo, el camino se les hizo eterno. En poco menos de media hora Gómez y los tres policías de la Interpol llegaban a la zona con cara soñolienta. El inspector de Fuengirola los puso al tanto rápidamente.

–¿Sabéis con claridad que la chica ha sido violada? –preguntó Diego a los de la científica de Málaga que andaban revisando todo el escenario del crimen.

–Sí, no hay duda. Hemos encontrado semen recién fabricado, vamos que cuando llegamos hacía pocos minutos que el tío le había echado el polvo –le dijo sonriente uno de los policías mientras sostenía un tubito con la muestra.

–Ya, listillo, ¿y me puedes decir porqué, aparte del estrangulamiento no parece haber otros signos de violencia en el cadáver –el viejo inspector de Fuengirola reprendió al técnico que se quedó sin saber qué decir.

–Bien..., pudo ser sexo consentido, ¿no? –Anette intervino. La francesa parecía sumamente cansada. La repulsión ante lo que veía estaba a punto de superarla.

–O lo que estamos buscando –Diego dejó a los de Fuengirola expectantes con su última afirmación.

–Y ¿se puede saber que buscáis?

–A un desgraciado que primero mata a las chicas y luego las viola, cuando ya no se pueden oponer a sus deseos –Gómez aclaró a todos las ideas con su afirmación.

–Joder, Gómez, ¡vaya pájaro! Me has dejado helado. He visto muchos pirados en mi vida, pero

esto no lo tenía aún en el curriculum –el de Fuengirola parecía afectado. Con el paso de las horas de la madrugada y el descubrimiento de noticias como esta los hombros del viejo inspector parecían hundirse más y unas enormes ojeras grises se le enarcaban en el rostro. Diego lo observaba en detalle. Admiraba a aquellos curtidos hombres que a pesar de haber visto tanta miseria a lo largo de su vida seguían entregados a la causa de perseguir el crimen con todas sus fuerzas. Siempre se planteaba cómo sería él cuando llegara a esa edad. La verdad es que estaba algo confuso respecto a sus sueños de futuro, a veces pensaba que sería feliz viviendo retirado en una casa en la costa, muy, muy cerca del mar. Un lugar solitario donde pudiera dormir arrullado por las olas. Pero realmente sabía que aquello no sería posible. ¿Cómo podría abandonar el trabajo en un momento? La jubilación no entraba en sus planteamientos. Padece una especie de ansiedad respecto al crimen que había de perseguir. ¿Cómo podría permanecer impassible sabiendo que había que seguir persiguiendo a los malos? Durante un momento se vio a sí mismo como a aquel viejo inspector ojeroso y con los hombros cansados; solitario y viejo. Y le dio pena y se dio pena a sí mismo.

–Mire, dígame, por favor a sus hombres que sean muy cuidadosos con todas las muestras –Diego salió de sus solipsistas pensamientos e intentó volver a la realidad tomando el mando del asunto.– Nos sería preciso llegar a conocer si el sexo se produjo antes o después de la muerte de la chica. Ello nos ayudará a saber si estamos ante el mismo patrón de crimen que buscamos.

–Mire, inspector, no creo que eso sea fácil. El semen aparenta ser absolutamente reciente. Si creemos lo que dicen los vecinos entre los gritos de la chica y la llegada de la guardia civil no transcurrieron mucho más de diez minutos. Si la violó durante el griterío o en los minutos posteriores siendo ya fiambre, no creo que ninguna autopsia pueda determinarlo, demasiado poco tiempo.

–Tiene razón –Diego comentó desencantado–, pero no importa, para nosotros ya son síntomas muy evidentes los que encontramos. No hay señales de forzamiento pero sí de sexo y ha habido un crimen. El tipo de persona encaja perfectamente con el de la irlandesa de Cabopino, alguien solitario, sin nadie alrededor que pudiera tener alguna constancia de lo que podía estar pasando. Además, por otras evidencias, nosotros sospechábamos que estaba a punto de actuar.

–Por cierto Anette –dijo ahora dirigiéndose a su compañera–, mañana te tocará entrar de nuevo en contacto con Nibelungo para ver si te confiesa si ha vuelto a bajar a los infiernos.

La francesa sonrió cabizbaja. Cada vez simpatizaba menos con ese puto caso. Sentía náuseas frente al ordenador cuando Nibelungo aparecía. Solo de pensar en ese “agradable” momento al día siguiente se sintió mareada. La verdad es que todos estaban muy cansados. Afortunadamente los de la científica ya tenían todo preparado y el juez dio órdenes de retirar el cadáver.

Eran ya más de las seis de la mañana cuando los tres inspectores de la Interpol y el subinspector de Marbella salieron del lugar de los hechos. Afortunadamente el amanecer era tranquilo, soplaba una leve brisa y el sol aparecía en el horizonte de modo espectacular, lo que les hacía algo más llevadero el viaje de vuelta. A pasar por delante de Cabopino, un pensamiento cruzó como un rayo la mente de DWH, ¿y si no fuera Rotmensen? En ese caso estarían como al principio, no tendrían ningún material genético que cruzar con el semen encontrado en la alemana y todo tendría que comenzar de nuevo. En ese momento el mundo se le vino abajo, pero supuso que era por el sueño que lo atenazaba. Entre el ronroneo del motor y la suave brisa de la mañana que entraba por las ventanillas semiabiertas Diego se quedó dormido.

XV – Las cosas no son lo que parecen

Fuentes estaba sentado reclinado hacia atrás. Su algo notoria barriga, guarecida tras la ropa de quirófano, le daba un aspecto cordial. Los dos inspectores, Diego y Ricardo, en cambio, sentados en las sillas de confidente del despacho del cardiólogo, tenían sus cuerpos inclinados hacia adelante mientras intentaban que el médico les diera alguna luz sobre lo que estaba sucediendo.

–Miren, de verdad que lo siento pero no hay forma de averiguar lo que ustedes quieren. Aquí no tenemos recursos de sobra, no hay un WiFi centralizado, hay algunos routers que tienen distintos departamentos y cada uno se gestiona el suyo como puede. Sería demasiado pedirles que montaran sistemas de log y que monitorizaran las conexiones.

–Ya, pero por lo menos podrá decirnos la IP que le hemos proporcionado a qué router pertenece –Diego se desesperaba por momentos, estaban tratando de averiguar de dónde podía proceder la última conexión de Nibelungo, ya que los servicios técnicos de la Interpol le habían indicado que era una IP asignada al Costa del Sol, pero no tenían más datos.

–Pues la verdad es que no sé cómo hacerlo, debe haber decenas de salidas inalámbricas en el centro, ya me dirá cómo puedo hacer. No están catalogadas, no sé quién tiene y quien no tiene salida por WiFi, no sé qué puedo hacer la verdad. Denme la IP de todas formas y lo intentaré.

Los dos inspectores salieron del despacho algo decepcionados. El asunto se les complicaba, no eran capaces de llegar al meollo del asunto. Rotmensen se les escapaba entre los dedos. Diego quería interrogarlo y le pidió a Ricardo, tras salir del despacho de Fuentes, que le llevara al del holandés. Tendrían que inventarse alguna disculpa, ya que no querían que Rotmensen sospechara que se le investigaba por los crímenes de las dos chicas. Los despachos de los dos médicos estaban cercanos, ambos dentro del área de cardiología, así que no tardaron mucho en llegar a su destino.

Gómez iba a tocar la puerta con los nudillos, pero antes de hacerlo, trató de coordinar con DWH cómo iban a presentarse.

–Qué te parece si lo que hacemos es pedir su colaboración, igual que hemos hecho con Fuentes. Le contamos la verdad del asunto pero en todo momento nos mostramos colaborativos y así vemos cómo reacciona ante el asunto.

–Me parece perfecto, vamos a ello.

Llamaron a la puerta. Rotmensen no les invitó a pasar de inmediato, ya que estaba atendiendo a un paciente en la consulta. Se levantó y fue a la puerta para indicarles que esperaran, al ver de nuevo al inspector Gómez se quedó algo sorprendido.

–Disculpe doctor, no venimos a verle por nada relativo al caso de Eva Santos, es otro asunto –Gómez trató de poner su cara más simpática ante el holandés–. Le presento al inspector Diego Whitehead de la Interpol.

–Sí, bien... Permítanme terminar mi consulta y ahora les atiendo, necesito solo cinco o diez minutos –Rotmensen parecía algo nervioso con la interrupción.

–No se preocupe doctor, tomamos un café y volvemos en un cuarto de hora.

Los dos inspectores se dirigieron al ascensor que les llevaría a la cafetería. Diego iba meditando en la fisonomía del médico. Parecía un tipo refinado y no apreciaba en él rasgos de psicópata a primera vista, pero ¿es que los psicópatas tenían rasgos propios?

—No sé Ricardo, yo no soy un tipo muy intuitivo. Me gustaría ser cómo esos policías de las novelas, como Wallander por ejemplo, que nada más ver al asesino saben que es el asesino, que cinco segundos antes de que les estalle una bomba en el coche, saben que les va a estallar y tienen el tiempo justo para arrojarlo en marcha. En general, solo la investigación y el trabajo racional me han aportado siempre las pistas suficientes para saber quiénes son los delincuentes. Pero en este caso, no sé qué me sucede pero desde que Jean me contó sus intuiciones respecto al holandés me han parecido muy débiles, por eso quiero verlo. Y la verdad es que ahora, esta simple conversación en la puerta me sigue dejando las mismas impresiones.

Tomaron su café y rápidamente subieron de nuevo al despacho de Rotmensen. Ya había terminado su consulta y les estaba esperando.

—Pasen y tomen asiento —el médico se mostró amable y colaborador. Ustedes dirán en qué puedo ayudarles.

—Verá doctor, acabamos de reunirnos con el doctor Fuentes —Diego tomó la iniciativa— y me temo que tendremos que hacerlo con más gente dentro del hospital, hemos acudido a usted debido simplemente a que cómo mi compañero le conoce de una reunión reciente hemos pensado que quizá pudiera ayudarnos.

—Lo que esté en mis manos cuenten con ello.

—Verá, estamos investigando un par de asesinatos y violaciones de jóvenes que se han producido recientemente por la zona, no sé si habrá oído algo acerca de ellas, una fue en Cabopino el año pasado y la otra hace unos pocos días en La Cala de Mijas. El asunto es que son crímenes que tienen una cierta vinculación con la tecnología y por eso intervenimos los de la Brigada de Delitos Tecnológicos de la Interpol. Hemos detectado conexiones de alguna persona que pudiera estar vinculada con estos asesinatos desde una red inalámbrica de este hospital. El doctor Fuentes nos ha dicho que hay muchas y que tendríamos que ir indagando una a una. Y hemos pensado que quizá usted pudiera ayudarnos.

—Pues la verdad es que no se me ocurre cómo —Rotmensen pareció sorprendido—. La verdad es que no sé mucho de tecnología y desconozco todo sobre los sistemas informáticos del hospital. Aquí tengo mi ordenador, me conecto y ni siquiera sé cómo lo hago. Si quieren echar un vistazo por si les sirve de ayuda.

—Se lo agradezco, así podré ver al menos si usa alguna conexión inalámbrica y seguirle la pista.

El médico le cedió a Diego su asiento y se quedó de pie detrás de su asiento. El inspector cambió de la silla de confidente a la del holandés y revisó las conexiones del equipo. En seguida descubrió que se conectaba por cable y que no tenía acceso a redes inalámbricas.

—Doctor, ¿tiene usted algún portátil?

—No, sólo uso este equipo.

—O sea que nunca se conecta desde el hospital a través de una red WiFi —Ricardo intervino.

—Así es, de hecho no sabría ni cómo hacerlo, no soy demasiado aficionado a estos cacharros y, de hecho, no tengo ni siquiera Internet en casa —Rotmensen parecía la típica persona alejada de la tecnología.

—Está bien doctor —Diego se levantó de la silla y le ofreció su mano al holandés—. Aunque no nos haya sido de mucha ayuda, ha sido usted muy amable. Una última pregunta, ¿tiene alguna idea de quién puede ayudarnos a este respecto?

–Pues si ya han hablado con Fuentes, de Cardiología no se me ocurre nadie más. Y la verdad es que del resto del centro lo desconozco por completo.

Los dos inspectores salieron silenciosos del despacho de Rotmensen. Atravesaron el pasillo que les sacaba del área de Cardiología para llevarles a los ascensores. Desde allí irían a recoger el coche de Ricardo, aparcado en el parking del hospital.

–¿Qué te parece? –Diego esperó a estar en el ascensor para dirigirse a su colega– Joder, este tío no se ha conectado a un chat en su vida, no tiene portátil y cualquier cuestión tecnológica le suena a chino. Desde luego, o finge muy bien o no es Nibelungo ni por asomo. Estamos claramente tras una pista equivocada.

–En fin, eso parece. Hay que volver a empezar. En cualquier caso, creo que también tenemos que separar a Nibelungo y a los crímenes. Pueden no tener nada que ver una cosa con la otra. No tenemos ninguna evidencia clara, solo suposiciones.

–Mañana creo que tendremos los resultados de las pruebas de ADN, pero por mi parte ya estoy seguro de lo que nos van a decir. Rotmensen no tiene nada que ver con esto. Estamos perdiendo el tiempo.

Cuando llegaron a la comisaría de Marbella, Anette estaba hecha una furia. Acababa de chatear de nuevo con Nibelungo y sus conclusiones eran tan desastrosas como las de sus compañeros.

–Me he tirado más de media hora chateando con ese gilipollas y no consigo sacarlo de su mismo discurso de siempre, que si alcanza no sé qué nivel, que si va subiendo puntos en su comprensión del mundo, que si no sé qué leches más. Esto es una pérdida de tiempo, no vamos a conseguir nada por este camino. No sé si este tipo tiene o no que ver con los crímenes, pero desde luego a través del chat no vamos a conseguir nada. Por más que lo he tentado, desde mi rol de viudo deprimido, no consigo nada de nada. Quizá si cambiara al rol de chica atractiva a la que follarse después de muerta lo mismo conseguía algo.

–Ya, pero en ese caso cómo te presentarías en ese foro de tarados –Diego estaba más decepcionado que Anette.

Ambos les contaron a Jean y Anette los resultados de sus pesquisas en el hospital. Jean se mostraba atribulado por haberle dado más importancia de la debida a su intuición fallida.

–No te preocupes –Diego trató de consolar a su colega–. Era lo único que teníamos. Por cierto, Anette, alguna información sobre la IP desde la que se ha conectado hoy Nibelungo.

–Sí, también malas noticias. Hoy lo ha hecho desde La Cañada, otro centro comercial de Marbella. Este tío no es tonto. No sé si sabe que andamos detrás de él, pero no parece que vaya a cometer ningún error.

En ese momento sonó el móvil de Diego. Le llamaban desde la casa de sus padres en Madrid, así que se apartó para poder hablar tranquilo. Hacía días que ni les llamaba ni tenía noticias de ellos. Era su padre. Le preguntó si tenía tiempo para una larga y complicada conversación con él. Diego asintió. La verdad es que se había quedado preocupado por su padre desde su última estancia en Madrid y parecía que ahora podría aclarar algunas cosas. El viejo pintor inglés le contó que las cosas con su madre no iban bien.

–Pero papá, si vosotros siempre habéis sido la pareja perfecta. No recuerdo haberos visto discutir nunca.

—Así es hijo. Ya sabes que yo siempre he seguido a tu madre en todos sus empeños y ella siempre ha estado de acá para allá defendiendo los intereses de su país. Sin embargo, últimamente está insoportable. Es como si de repente no entendiera nada de lo que está pasando en el Ministerio. No se entiende con sus jefes, tampoco le asignan nada importante. Yo creo que la ven ya como un viejo dinosaurio al que hay que jubilar y ella no se hace a la idea. Esto le está dejando un carácter agrio y su mal humor lo paga conmigo continuamente. Llevo meses soportando la situación pero estoy a punto de no aguantar más. Sabes que siempre he estado con ella y he supeditado cualquier cuestión profesional mía a sus actividades. Me encanta verla con proyectos entre manos, como la excelente profesional que es, sacando adelante su trabajo, pero no estoy acostumbrado a verla de este modo.

—Pero papá, tú eres el tipo más paciente del mundo, tiene que ser algo muy fuerte para que estés desesperando de la situación.

—Es que hay algo más. Como a mí me parece que sus jefes actuales quieren quitársela de encima, le he propuesto que lo deje, que se jubile y nos marchemos a vivir a Londres una temporada, alejada de este ambiente que la está matando. Y ahí parece que me han caído encima todos los rayos. Me ha dicho que si he sacrificado toda mi vida por ella, que lo mejor es que nos separemos y que yo me marche a Londres, pero que ella no quiere dejar Madrid. A mí me da igual vivir allí que aquí, pero ella está insoportable. Creo que se está cogiendo una depresión fuerte y no consigo tampoco convencerla de que acuda al médico. Creo que tienes que hablar con ella.

—Está bien papá, no te preocupes. Procura estar tranquilo. Te prometo que intentaré volver a Madrid lo más pronto que pueda y en cuanto tenga un momento la llamo para ver qué me cuenta y si puedo ayudarla en algo.

—Gracias hijo, sabes que yo solo quiero lo mejor para ella —El padre de Diego tenía un tono seriamente compungido a través del auricular.

—Bueno, ahora tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto haya podido hablar con ella.

Diego no pudo por menos de exclamar “¡vaya, lo que me faltaba!”. Mis dos viejos pensando en divorciarse, pero si son dos carcamales...

Paula estaba terminando de recoger sus cosas en el piso que durante meses había compartido con Rocío. Su amiga la miraba apenada mientras terminaba de hacer sus maletas.

—Bueno, Rocío, no pongas esa cara, nos vamos a seguir viendo en el trabajo todos los días.

—Ya, pero ¿Quién me va a abroncar cada mañana cuando no salga a tiempo para trabajar?

Las dos amigas se abrazaron llenas de afecto.

—Paula... —Rocío tomó un tono más confidencial— No puedo dejar que te marches sin hablar contigo de un asunto muy importante. Me han prohibido hacerlo, pero no me queda más remedio que decírtelo.

—Me estás preocupando —Paula abrió sus grandes ojos—, ¿qué pasa?, ¿qué tienes que decirme?

—Rotmensen está siendo investigado por la Interpol como el posible asesino de las dos chicas, la de Cabopino y la de La Cala —La malagueña soltó toda la retahíla sin pensarlo dos veces—. Puedes estar en peligro y no puedo tenerte más tiempo oculto el asunto, desde hace varios días tienes a un policía detrás de ti continuamente para protegerte.

Rocío descorrió la cortina para mostrar a su amiga el coche aparcado en la acera de frente a su casa con un agente dentro. Paula no sabía a qué atenerse, dudaba entre pensar si su amiga había perdido la razón o si era ella misma la que presentaba deficiencias cerebrales.

–Pero, ¡estás loca! ¿Qué me estás diciendo?

–La verdad. Sabes que tengo un conocido que es policía en Marbella, Ricardo Gómez. Hace poco contactó conmigo para que le ayudara con un caso que tenían entre manos. El asunto es que sospechaban de Rotmensen y me pidieron que les ayudara para obtener su material genético y poder cruzarlo con los restos que pudieran quedar en sus víctimas. El asunto comenzó por las sospechas que levantó el hecho de que no le hiciera la autopsia a Eva Santos. Es un asunto de necrofilia, aunque en la prensa no se ha dicho, las chicas fueron violadas después de muertas. Ellos piensan que con Eva pudo pasar lo mismo y por eso no ordenó la autopsia.

–Pero qué me dices, lo de Eva lo ha explicado sobradamente, el Comité de Ética lo exculpó y me ha contado que está también hablando con la policía para dejar todo el asunto cerrado –Paula se estaba poniendo muy nerviosa.

– Lo sé, pero la policía solo le está dando largas hasta que puedan tener las pruebas del ADN. Creo que mañana van a tener los resultados. Y no puedo dejarte marchar así ahora, creo que estás en peligro.

–Rocío estás loca, confío en Elias, sé que es incapaz de hacer nada malo. Tengo que marcharme, estate tranquila estoy segura que todo esto es una falsedad que no sé cómo se ha levantado y que se va a aclarar en seguida.

–Pero Paula... No te vayas, dile que te ha surgido un problema esta noche, que no puedes ir, que irás mañana. Entonces estarán las pruebas y todo estará más claro.

–Si lo hiciera así estaría dando crédito a lo que dices y no puedo hacerlo. Me voy... Adiós.

Paula salió de la casa cargó sus pertenencias en el coche y se marchó. El policía aparcado frente a la calle la siguió a distancia razonable. La enfermera pudo verlo a través de su retrovisor. En el fondo la estaba invadiendo una fuerte desazón. ¿Y si aquello fuera verdad y ella estuviera equivocada?

XVI – Evidencias falsas

–Mira hijo, yo no estoy acostumbrada a estas cosas. Sabes que me he pasado la vida trabajando por el país. Siempre he estado rodeada de gente inteligente que no tenía más aspiración personal que la de sacar a España de un marasmo de siglos. Pero lo de ahora es terrible. Improvisación, gente sin talento, cambios a diario en las líneas de acción. La época de Aznar fue dura, pero al menos aquellos sabían lo que querían, ahora el problema es que no lo sabemos. Y, además, me siento vieja para emprender cualquier guerra. No tengo ya fuerzas para defender mis ideas. Y me invade, además, la tristeza de que sea la gente de mi propio partido la que esté cayendo en esto...

Diego interrumpió la larga perorata que su madre soltaba a través del teléfono. Quería dejarla hablar para que se desahogara y poder servirle de ayuda, pero no era su situación profesional lo que más le interesaba abordar en ese momento.

–¡Mamá, mamá... frena, stop!. Conozco de sobra lo que me dices y no creas que es diferente en otros países. Te recuerdo que trabajo en una institución plurinacional y no veo grandes distinciones entre los españoles, los americanos o los alemanes. En todos sitios cuecen habas. ¿No será que al hacerte mayor te estás volviendo más perspicaz para encontrar las auténticas intenciones de los demás y sus puntos débiles? En fin, pero déjalo, no es de esto de lo que quería hablar contigo, ya lo haremos más despacio cuando vuelva a Madrid. Quería hablarte de papá... Me llamó hace poco y me contó que hasta le has sugerido que lo dejéis un tiempo, que te sientes culpable de haberlo arrastrado siempre según tus necesidades profesionales...

–¡Vaya! Así que ese viejo estúpido te ha llamado. Ya te habrá dicho que quiere que me jubile, que lo deje todo y que nos vayamos a vivir a Londres. En fin, siento una gran pena por él. Siempre detrás de mí, creo que ya le toca vivir un poco a él también y me parece lógico que quiera volver a su país. Pero yo no puedo aún. No puedo tirar la toalla ante esta caterva de insensatos que me rodean. Aunque no tenga ya muchas ganas de pelear, aún me quedan las suficientes como para no abdicar de mis ideas. No, aún no puedo seguirlo.

–Bien, pues díselo claramente. Él va a preferir siempre estar contigo antes que abandonarte para volver a Londres. No sé como eso no te queda claro –Diego notó, a través del teléfono, como la madre comenzaba a llorar.

–Lo sé hijo, pero tengo las ideas bastante confusas ahora mismo y tampoco sé muy bien cuál es el mejor camino a seguir.

Continuaron hablando un buen rato. Diego notaba como su madre se iba serenando poco a poco. Le prometió que hablaría con su padre tranquilamente de todos los temas y que lo resolverían de forma racional. El policía respiró tranquilo al colgar el teléfono. Parecía que además de a la investigación podría dedicarse desde ese momento a la consejería matrimonial.

Mientras tanto, Paula y Elias Rotmensen desayunaban en su primer día de convivencia en la casa del holandés. La chica se había llevado sus cosas la noche anterior y ya había dormido allí, pero Rotmensen tuvo guardia esa noche y acababa de llegar a la casa. Paula se había pedido el día libre para ordenar sus cosas en el que iba a ser su nuevo domicilio y había aprovechado para recibirle con un buen desayuno. Pero su cara no era precisamente la que de una feliz bienvenida

pudiera esperarse. A través de la ventana abierta sonaba José Mercé en la radio de algún vecino cantando en un viejo palo flamenco, "...y entre los aires del sur, te voy a cantar por Bamberas...".

—El zumo de naranja y el café son excelentes —Rotmensen hablaba reflejando el cansancio de una larga noche de trabajo—, pero no pareces demasiado feliz para ser nuestro primer día juntos.

—Elias, estoy muy, muy confusa —Paula no quiso dejar oculto el tema por más tiempo, no podía realmente hacerlo—. ¿Sabes que la policía te está siguiendo? ¿Tengo que estar preocupada?

—¿Qué? —El holandés pareció despertarse de repente.

—Si, Elias. El que iba a ser el primer día de nuestra nueva vida parece haber tomado un rumbo inesperado que no sé si me asusta. No sé qué sabes o qué no sabes, pero la policía te está investigando por la muerte de Eva Santos.

—¡Ah! Es eso —el médico pareció tranquilizarse—. No te preocupes. Unos inspectores han hablado conmigo por pura formalidad para el asunto del Comité de Ética y luego me pidieron también ayuda en otro caso que están investigando. En los últimos días he hablado un par de veces con ellos, pero lo de Eva Santos es pura rutina y para los otros casos solo me pidieron ayuda igual que lo hicieron con Fuentes.

—No, Elias. Para ellos eres sospechoso de la muerte de Eva y de esas otras chicas. Mira fuera, hay un coche de policía que me sigue permanentemente por si tiene que protegerme.

—Pero, ¡qué locura es esa! —El médico apartó la cortina para mirar si realmente existía el coche del que Paula le hablaba—. Quien te ha contado todo eso. No estarás dando crédito a esos infundios —La voz de Rotmensen sonaba desesperada.

—Por supuesto que no los creo. Solo quiero que estés enterado de lo que sucede para que podamos defendernos.

—Por supuesto, vamos ahora mismo a la comisaría a hablar con esos inspectores y poner las cosas claras.

—No, no podemos. A mí me lo ha contado Rocío, porque es amiga de uno de los inspectores. Si se enteran sabrán que ella nos lo ha dicho y la pondremos en un aprieto.

Rotmensen se llevó abatido las manos a la cara. Paula lo sintió cansado, envejecido y lánguido. Aquel Rotmensen, sin afeitarse, pendiente de una buena ducha y de limitar el cansancio con algo de sueño, nada tenía que ver con el coqueto hombre del que estaba enamorada y con el que comenzaba su primer día de convivencia. De repente sintió pena de él. Un nuevo sentimiento que hasta ahora nunca le había aflorado. Se acercó y lo abrazó

Casi al mismo tiempo, en el buzón de Ricardo Gómez entraba un correo del centro de análisis forense de la Policía. El subinspector lo abrió con nerviosismo y dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Coño! Nos hemos confundido —Gritó mientras llamaba a Diego desde su móvil.

—Colega, tenías razón. No es el holandés. Ya ha llegado el análisis de ADN y efectivamente el de Rotmensen no tiene nada que ver con el del semen que encontramos en la alemana. La hemos cagado bien. Un montón de días perdidos, hay que comenzar de nuevo. Dile a Jean que vaya al psicólogo a tratarse lo de su intuición.

Quedaron en verse en unos minutos. Los tres agentes de la Interpol estaban ya camino de la Comisaría. Diego contó con cara circunspecta a Jean y Anette lo que el policía de Marbella le

acababa de comunicar. Al poco rato estaban los cuatro en una sala de reuniones de la Comisaría. Las caras de todos reflejaban su decepcionado estado anímico.

—Tenemos que reenfocar todo el caso, revisar lo que tenemos y ver por dónde seguimos —Diego trato de poner orden en sus ideas para evitar el desánimo en los otros—. Repasemos lo que sabemos. Tenemos dos chicas asesinadas, en ambas existe violación y, aunque en la segunda no podemos asegurarlo, al ciento por ciento, práctica de necrofilia. Hemos pensado que Eva Santos podría haber sido una tercera y eso nos ha acercado a Rotmensen, pero esa hipótesis ha resultado fallida, así que olvidémosla. Solo dos muertes y necrofilia de por medio. Eso nos aproxima a Orfeo pero no podemos asegurar nada al respecto.

—Tenemos a Nibelungo —Anette intervino—, pero sin ninguna garantía real de que haya relación con el caso. El holandés, su germanofilia y Nibelungo nos han despistado fuertemente. Me parece que tenemos que olvidar todo esto y tratar de encontrar otra ruta.

—Siento haber equivocado el camino —intervino Jean—. Está claro que mi intuición será algo que habrá que dejar de usar.

—No te preocupes, cualquiera se hubiera equivocado igual —Diego le quitó hierro al asunto. Lo que yo creo es que no hemos explotado suficientemente las relaciones entre las dos chicas estranguladas. ¿Qué podía haber de común en ellas para que el asesino pudiera conocer a ambas y asesinarlas? Eso si es que estamos hablando de la misma persona.

—Yo eso lo daría por descontado —Gómez tomó la palabra—. El *modus operandi* es casi idéntico, las dos chicas eran de un perfil totalmente similar. Con muy pocas relaciones en España, solitarias, de edades parecidas...

—Ahora que caigo, hay algo que no hemos hecho —Anette puso mirada de auto reproche—. Parece mentira que seamos de la brigada de tecnología de la Interpol. No hemos dedicado atención a las llamadas telefónicas de los móviles de las dos mujeres. Quizá por ahí encontremos algo.

—Tienes razón, Anette, esa puede ser una buena línea a seguir. Encárgate de pedir a las compañías de los teléfonos de las chicas las llamadas entrantes y salientes desde que estaban en España.

—Bien, jefe, ya tenía ganas de olvidarme de las estupideces de Nibelungo y tener algo más de acción.

—Tenemos también que volver a hablar con la gente de Cabopino y de Las Mimosas. Algo más tiene que haber de común entre ambas, seguro que algo que se nos ha escapado. Jean, Ricardo, encargáros vosotros de ese asunto.

—Está bien jefe, volveremos a hablar con los vecinos del puerto de la irlandesa y los de la urbanización de la alemana. Tenemos que encontrar algún hilo del que tirar.

Ricardo y Jean salieron juntos en dirección a Cabopino. Mientras Jean conducía, Ricardo sabía que tenía aún una misión agradable que cumplir. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el teléfono de Rocío. La enfermera contestó casi antes de que hubiera terminado el primer timbrazo. Sabía que ese día habría noticias del asunto del análisis de ADN y, lógicamente, estaba expectante.

—Ya puedes relajarte —Ricardo puso su más cómplice tono de voz—. El novio de tu amiga está limpio. No ha tenido nada que ver en el asunto. Voy a quitarle la vigilancia de inmediato.

–¡Vaya, no sabes qué alegría me das! La verdad es que ya me la imaginaba muerta.

–Pues tranquilízate. Y muchas gracias por tu ayuda, ha sido esencial si no para descubrir al asesino, al menos sí para saber quien no lo es. Por cierto, me permitirás invitarte a cenar una noche de estas, en agradecimiento.

–Está bien. Me está comenzando a gustar esto de jugar a policías. Llámame cuando quieras.

Nada más colgar, Rocío marcó el teléfono de Paula. La chica estaba aún con Rotmensen tratando de encontrar una salida a su situación, analizando qué pasos dar para tratar de sacar al holandés de aquel atolladero. Casi se echa a llorar cuando su compañera le comentó lo de las pruebas de ADN. Abrazó al médico casi abalanzándose sobre él en el sofá.

–Todo resuelto, no te preocupes. La policía dice que tu ADN no es el del asesino de las chicas.

–¿Mi ADN? –Rotmensen parecía sorprendido—. Pero cómo han podido tener muestras de mi ADN para hacer el estudio comparativo.

–Bueno... No te enfades con ella, por favor. Rocío me contó que un amigo suyo es policía de Marbella y le pidió que obtuviera alguna muestra tuya. Por lo que me dijo pudo encontrar algunos cabellos y vasos usados tuyos con muestras de saliva. Entiéndelo, ella estaba muy preocupada por mí, pensaba que si eras el asesino yo estaba en un claro peligro.

–En fin, menos mal que esto ha durado poco. No sé cómo podría haber aguantado algunas horas más con esta incertidumbre.

XVII – Psiquiatra y psicópata

–¡Vaya mierda de caso! –pensaba Diego mientras intentaba ordenar sus ideas en la soledad de la sala de reuniones vacía—. No hemos avanzado ni un paso hasta ahora. Nada de lo que hemos ido haciendo ha dado el más mínimo resultado. ¿Dónde queda el poder de la mente humana para planificar, disponer rutas, tomar decisiones basadas en información. Esto no ha sido mi vida hasta ahora. Siempre he pisado el terreno firme de los datos. Las decisiones se han tomado en función de los mismos. Y esta vez tengo la impresión de que un par de engaños en el inicio (*Orfeo y Nibelungo*) han gobernado nuestras acciones. Luego la puñetera intuición de Jean. No hay nada más pernicioso que la intuición en el trabajo policial. Solo el análisis racional de los datos nos puede conducir a la verdad de las cosas, lo demás es pura filfa, casualidades como la de pensar que Rotmensen podría ser el asesino, cuando los fundamentos eran muy poco sólidos.

En momentos como este le salía a Diego la vena más informática, sus fundamentos de la minería de datos y del *data warehousing*. Entonces se odiaba a sí mismo por haber equivocado el camino, por no haber seguido la ruta de unos estudios seguros. En algún momento pensó, como Spinoza, que las pasiones humanas podrían tratarse como figuras geométricas. Si se tenía toda la información, cualquier comportamiento podría ser predecible y, por tanto, el trabajo policial debería consistir en conseguir toda esa información para realizar sobre ella el trabajo adecuado. Luego estaba Holmes y su novelesca maquinaria analítica. Los mitos literarios, ¡cómo no!, formaban parte de su vida como de la de cualquier otra persona.

En la soledad de la sala de reuniones de la comisaría de Marbella casi podía oírse el funcionamiento de sus neuronas mientras abstraído daba vueltas con la mano a un bolígrafo, sin ser consciente de lo que hacía. En ese momento la puerta se abrió bruscamente y entró Anette como una exhalación.

–Jefe, ¡lo tenemos! –gritó la francesa mientras a Diego se le caía el bolígrafo e intentaba atraparlo en el aire antes de que cayera al suelo.

–¿Que tenemos qué? –gritó también Diego como si le costará salir de su ensimismamiento y no supiera ni dónde estaba, ni quien era él, ni quien aquella chica de acento raro que acaba de entrar por la puerta como un huracán.

–La conexión. Viendo la lista de llamadas de las dos chicas hemos encontrado un número coincidente. Y se trata de una clínica médica privada de Marbella.

–O sea que –Diego comenzó a entrar en contexto–, tenemos un lugar dónde ambas llamaron desde sus teléfonos, ¿una sola llamada o varias?

–No muchas, pero sí unas pocas en cada caso siempre entre dos y tres semanas antes de que las mataran.

–¡Bien! –Diego se levantó precipitadamente de la silla–, ¿Dónde están Jean y Ricardo? ¿Tienes los datos de dónde está la clínica? Nos vamos para allá.

–Tranquilo, jefe, no te alborotes. Vamos por partes, sí tengo los datos, Jean estaba intentando hacer alguna averiguación más con los vecinos de Las Mimosas en La Cala y Ricardo no ha llegado todavía. Ya sabes que tus compatriotas no son de madrugar mucho para comenzar la jornada.

–OK, OK. Vámonos nosotros –Diego salió por la puerta antes casi de que Anette pudiera ni responderle.

La clínica estaba en el centro de Marbella. Era uno de esos centros médicos, tan comunes en la zona, a los que se les había puesto un nombre extranjero para poder atraer como clientes a los turistas que acudían a la Costa del Sol. Atendía además de las aseguradoras españolas a otras británicas y alemanas. El lugar ideal para que un par de chicas que hubieran tenido algún tipo de problema durante su estancia en España acudieran para ser tratadas por algún médico. La recepcionista los miró algo perpleja. Dos policías de la Interpol que no tenían placa de identificación de la policía española y que le pedían información a todas luces confidencial sobre un par de jóvenes pacientes que habían sido allí atendidas.

—Mira —le dijo Diego—, te agradeceremos enormemente la colaboración. Estamos hablando de un caso muy serio, con un par de asesinatos, que conozcamos, de por medio. O nos das la información ahora o en una hora habremos vuelto con la orden judicial y no seremos tan amables. Solo queremos que nos digas si recuerdas a las pacientes, cualquier cosa especial sobre las mismas y, sobre todo, qué médico las trató.

La chica, visiblemente nerviosa, dudaba sobre lo que hacer, pero finalmente la crudeza persuasiva de Diego la inclinó a buscar en el ordenador.

—Sí, aquí tengo los datos. Yo no las recuerdo, pero ambas estuvieron varias veces en la consulta de psiquiatría. Las trató el doctor Molina.

—¿El mismo doctor siempre o acudieron a más de una consulta? —preguntó Anette.

—Siempre el doctor Molina. Ningún otro médico las trató en esta clínica.

—Bien, ¿podemos ver al doctor Molina ahora?

—Pues lo siento, pero no se encuentra aquí —la chica se mostraba entre acobardada y compungida—, solo pasa consulta por la tarde.

Diego y Anette se miraron unos segundos. Sabían que tenían que hablar con el médico inmediatamente, si lo dejaban hasta la tarde y realmente estaba implicado en el asunto la recepcionista podría avisarle, o hablar con alguien que le avisara, de que dos policías le andaban buscando. Causa suficiente para que saliera corriendo y lo perdieran.

—Disculpa —Anette usó su tono más persuasivo—, tenemos que localizarlo con absoluta urgencia. Tú sabes dónde vive o, si no estuviera en su casa ahora, dónde podría encontrarse en este momento.

—Miren, de verdad que me ponen ya en un compromiso muy fuerte. Tenemos totalmente prohibido dar datos personales de nuestros médicos. Lo único que puedo decirle es que por las mañanas trabaja en el Hospital Costa del Sol, así que probablemente allí lo podrán encontrar.

Solo “un muchas gracias, nos has servido de gran ayuda” se oyó mientras como una exhalación los dos policías salían por la puerta de la clínica y entraban atropelladamente en su coche.

—Llama urgentemente a Ricardo y a Jean y diles que vayan al Costa del Sol ahora mismo —Diego le ordenó a Anette—. Nos reuniremos en la recepción.

—OK, jefe, voy a ello —le contestó la francesa mientras Diego arrancaba el coche casi sin usar el embrague y con tal ruido de ruedas que todos los que se hallaban por la zona volvieron la cabeza intrigados por aquellas prisas.

Cuando llegaron a la recepción del Costa del Sol, Ricardo ya estaba allí pero Jean no había llegado aún. Al policía de Marbella le hicieron un breve resumen de los hechos y debatieron si estaría bien avisar primero a Fuentes para que les echara una mano o si irían directamente a por

el doctor Molina. En seguida concluyeron que era mejor que nadie intermediara, cualquiera sabía las relaciones que entre ambos podría haber. Mientras hablaban llegó Jean.

–Bien –Diego comenzó a dar instrucciones–. Lo haremos así. Que sea Ricardo el que lleve la voz cantante y se identifique como policía de la zona. Yo le acompaño, pero en ningún momento me identifico. Como ambos somos españoles no levantaremos tantas sospechas como si Jean y Anette con sus extraños acentos se presentaran también. No obstante, seguidnos y quedaros por la zona de la entrada del área donde trabaje este médico. No sea que tengamos algún espectáculo y tengáis que echar una mano.

–Vale, Diego, vamos a ello –Ricardo se levantó de su silla en dirección al mostrador de recepción mientras los demás se quedaban algo apartados.

–Querría localizar al doctor Molina de Psiquiatría –Ricardo se dirigió a un recepcionista algo mayor, con gafas, pelo gris y aire despistado, que era el único que estaba libre en ese momento.

–Pero ¿tiene usted cita en su consulta? –le preguntó casi con malos modos.

–No, soy un amigo suyo y quiero saludarlo, solo quiero saber dónde puedo encontrarlo.

–Bueno, si es así –el hombre se mostraba algo dudoso– suban a la 4ª planta y pregunten allí. Lo normal es que esté ahora en su despacho o revisando pacientes hospitalizados.

Los cuatro se fueron hacia el ascensor. Como en casi todos los centros de este tipo, había un pequeño hall antes de entrar al área de hospitalización. Jean y Anette permanecieron allí mientras Diego y Ricardo se dirigían al control de enfermería.

–Buscamos al doctor Molina –Ricardo se dirigió a una de las enfermeras.

–Solo atiende a familiares de pacientes a partir de las doce –contestó la enfermera.

–¡Policía de Marbella! –dijo Ricardo mientras sacaba su identificación–. No somos familiares de ningún paciente pero tenemos auténtica prisa por hablar con él.

–Bien, su despacho es el cuarto del pasillo central. Ahora podrán encontrarlo allí, está revisando historiales.

Molina era un tipo alto, de complexión fuerte. Debía tener alrededor de cuarenta años. Aunque no eran expertos en el tema, Ricardo y Diego se miraron cómplices cuando el psiquiatra les invitó a sentarse en su despacho. Claramente era un tipo que sin duda resultaría atractivo para las mujeres. Las cosas iban ordenándose en la cabeza de ambos.

–Soy el subinspector Gómez de la policía de Marbella. Necesitaríamos su colaboración en un asunto que estamos investigando.

–Bien, ustedes dirán.

Diego se percató de la frialdad con la que el médico recibía la notificación. En principio se esperaba alguna clase de nerviosismo, pero nada de aquello se produjo. O estaba tranquilo o sabía muy bien cómo controlar sus emociones.

–Mire, estamos investigando los asesinatos de dos jóvenes que han sido pacientes tuyas y nos gustaría hacerle algunas preguntas. Supongo que lo habrá podido ver por los medios de comunicación, se trata de la irlandesa que hace unos meses fue asesinada en Cabopino y de la alemana que recientemente encontramos muerta de forma similar en La Cala de Mijas. Ambas fueron tratadas por usted y nos sería de utilidad cualquier dato que pudiera facilitarnos sobre las mismas.

–La verdad es que no sigo mucho la prensa sensacionalistas que es la que más habla de estos

temas y no tengo ni idea de a qué pacientes más se refiere. Tendría que mirar en el archivo de mi clínica particular para encontrar los datos.

Diego se percató de que en ningún momento habían mencionado que fueran pacientes de su clínica particular, así que el médico no tenía ningún motivo para hacer esa deducción. Bien podrían haber sido pacientes del hospital público. Primer fallo. Mientras pensaba esto revisaba todos los gestos del médico y los distintos elementos de su despacho. El psiquiatra tenía un portátil sobre su escritorio y no estaba conectado por ningún cable de red, así que Diego dedujo que estaría conectándose por WiFi. Pocos objetos personales, solo una fotografía sobre su mesa donde se le veía unos pocos años más joven junto a una bella mujer.

—Doctor —intervino Diego—, quizá tuviera alguna forma de conectarse a su clínica y poder darnos alguna información, supongo que desde su portátil tiene usted conexión.

—Sí, claro, la tengo, pero no puedo conectarme a nivel remoto a los archivos de la clínica. Los sistemas de protección legal lo impiden, así que tendrán que esperar a esta tarde. Si quieren podemos quedar citados para que pueda transmitirles la información que necesitan.

—Sí, quizá sea lo mejor —Diego contestó afirmativamente mientras movía el brazo de forma displicente sobre la mesa y golpeaba inadvertidamente la foto de modo que la patilla del atril que la sujetaba se movió y cayó de forma plana sobre la mesa.

—¡Vaya! Perdóneme doctor, hoy estoy un poco inútil —Diego aprovechó para tomar la foto en sus manos y volver a colocarla sobre la mesa—. Tiene suerte, doctor, si es su esposa; es muy guapa.

—Pues la verdad es que no creo que podamos hablar mucho de suerte. Era mi esposa, murió en un desgraciado accidente de tráfico hace un par de años.

Diego se levantó de la mesa y Ricardo le siguió, se despidieron de Molina y quedaron citados a las seis de la tarde en su clínica. Salieron del despacho y se fueron al control de enfermería para preguntar si el pasillo por dónde habían entrado era la única salida. La enfermera le confirmó que así era y los dos policías se dirigieron al hall donde estaban Jean y Anette impacientes.

—Creo que lo tenemos —dijo Diego—. ¡Es viudo! Además es sorprendente la frialdad con la que nos ha tratado, como si no fuera con él la cosa. Yo creo que ese es un claro rasgo psicopático. Y quién, que no fuera un psicópata, podría asesinar de esa forma.

—Coincido contigo —afirmó Ricardo—, pero me ha sorprendido que lo dejáramos tal cual.

—No te preocupes, quiero ver cómo se mueve. Jean, Anette, a vosotros no os conoce así que quiero que os peguéis a él. No lo conocéis pero es la persona que saldrá en un rato de aquel despacho —Diego señaló a los inspectores el lugar donde se encontraba Molina. Nosotros nos vamos a averiguar todo lo que podamos sobre este tipo. Y vosotros no lo dejéis ni a sol ni a sombra. Caben dos opciones. O está realmente preocupado y sale corriendo o aguanta el tipo y acude a la reunión de esta tarde. Si veis intento de evasión lo detenéis y listo y, si no, le vais dando cuerda para que se ahorque él solito. Nosotros nos vamos urgentemente antes de que nos vea juntos.

Hablaron unas cuantas veces a lo largo del día y en ningún momento Jean y Anette le dieron la impresión a Diego de que Molina estuviera pensando en huir. Estuvo por el hospital toda la mañana, salió al mediodía, comió fuera, se fue un rato a su casa y a eso de las cinco y media volvió a coger su coche tomando la ruta a la consulta privada. En ningún momento los inspectores de la Interpol lo perdieron de vista.

Mientras tanto, Diego y Ricardo recababan desde los sistemas informáticos de la comisaría toda la información sobre el tipo. Nada raro en principio. No había antecedentes, nada inquietante en los distintos registros. No quisieron preguntarle a ningún colega de los que conocían por no ir despertando suspicacias.

—Me pregunto si este tío será de los que se lleve siempre su portátil a todos sitios o si lo habrá dejado sobre su mesa —Diego estaba fraguando en su cabeza un posible modo de actuar.

—Anette —Enseguida llamó por teléfono a su colega—, ¿has visto si cuando Molina salía del hospital llevaba su portátil encima.

—Pues si lo llevaba tenía que ser muy pequeño. Solo le vi una pequeña cartera de cuero de esas que no tienen ni asas y se llevan debajo del brazo, yo creo que solo le pueden caber ahí unos cuantos papeles.

—Gracias, colega —Diego puso su tono fraternal de voz—. Nos vamos a retrasar algo en llegar a la clínica, así le pondremos nervioso. Vosotros vigiladlo y si se marcha antes de que lleguemos le detenéis y punto.

—Ricardo, tú tenías una amiga que trabajaba en el Costa del Sol, ¿verdad?

—¡No, Diego! —Ricardo se mostró receloso— Sé lo que estás pensando y no creo que sea una buena idea. Rocío me va a mandar a la mierda.

—Venga, inténtalo, ese atajo nos ayudaría mucho.

Ricardo llamó a Rocío, le contó la situación y le pidió que les ayudara a entrar en el despacho del psiquiatra.

—Pero estáis locos —Rocío parecía furiosa—. ¿Vosotros sois policías o delincuentes?

—Rocío, no lo haríamos si realmente no estuviéramos casi seguros de que Molina es el asesino de las chicas.

Rocío trabajaba esa tarde de forma que solo tuvieron que ir a buscarla a Cardiología. Desde allí los tres fueron a la unidad de psiquiatría, esperaron un momento en que no había personal por la zona del despacho del psiquiatra y Rocío les abrió con su llave maestra.

—Aquí os dejo —La enfermera estaba algo furiosa—. No quiero más líos, cuando terminéis salís por vuestros medios y listo.

—Gracias, Rocío —Diego intentó mostrarse afable—. Tenemos mucho que agradecerte en este caso, es la segunda vez que te la juegas, de verdad que te lo agradecemos enormemente.

Ella se marchó y los dos policías se quedaron encerrados en el despacho de Molina. Encendieron el ordenador que lógicamente estaba protegido por contraseña. Esto no suponía un problema para Diego. Afortunadamente era XP, una versión vieja de Windows. Diego sacó un CD de su maletín y en pocos minutos estaba conectado al equipo sin problema de passwords. Lo que realmente quería buscar era si podía encontrar algún rastro de conexiones al chat de la gente de Orfeo o algo que demostrara que estaban ante *Nibelungo*. O quizá también algún documento comprometedor que le diera alguna pista sobre el asunto. Buscaron un buen rato, pero no encontraron gran cosa, al menos como documentos todo parecía que tenía que ver con cuestiones profesionales. Y, de repente, allí estaba.

—¡Lo tenemos! —Diego casi estuvo a punto de gritar, pero se contuvo para que no le oyeran fuera. Aquí está el programa de chat privado con el que se conectan a Orfeo. Lo descubrimos hace tiempo y es el mismo que Anette ha estado usando para contactar con Nibelungo.

Diego arrancó el programa y revisó el perfil pero el *nickname* del propietario no era *Nibelungo*, sino *Caspar*.

–Bien, sabemos que este tipo ha estado en contacto con *Orfeo*, pero que aparentemente no es *Nibelungo* –Diego no parecía estar muy decepcionado por el hallazgo–. Nada nos indicaba realmente que *Nibelungo* fuera el asesino que estamos buscando. Solo el hecho del contacto con *Orfeo* es una prueba más que suficiente de que estamos en el buen camino.

No encontraron nada más. Sabían que el resto tendrían que sacárselo al psiquiatra personalmente así que salieron sigilosamente del despacho para no ser vistos y se fueron rápidamente a la consulta. Cuando llegaron eran ya más de las siete de la tarde. Jean y Anette vigilaban frente al centro médico.

–El tipo no se ha movido de ahí –comentó Jean–. Llegó a las cinco de la tarde y ahí sigue.

–OK, pues mismo plan de antes. Vosotros os quedáis en la puerta por las dudas y nosotros vamos a por él.

Diego y Ricardo preguntaron por el doctor *Molina* y enseguida les llevaron a su despacho. El médico parecía tranquilo.

–Doctor, disculpe el retraso, pero nos ha surgido un asunto muy urgente y no hemos podido venir antes –Ricardo comenzó a tomar el rol de poli bueno.

–Claro, no se preocupen –*Molina* quería parecer comprensivo–. Ya entiendo que su trabajo debe estar plagado de imprevistos.

–En fin, doctor, no sé si ha podido revisar los historiales de las pacientes de las que le hablamos.

–Sí, por supuesto, lo he hecho, pero no encuentro demasiadas cosas que puedan ayudarles.

–Déjenos decidir eso a nosotros –Diego era esta vez, decididamente, el poli malo.

–Bueno, ya saben que el material clínico es altamente confidencial y poco puedo decirles salvo que un juez pida la historia.

–Claro, doctor, entiendo –continuó Diego con su actitud–, pero sí podrá decirnos qué conoce de una red criminal llamada *Orfeo*.

Esta vez la cara de *Molina* si mostró una cierta inquietud.

–Discúlpeme, pero no sé de qué me habla.

–Y supongo que tampoco sabrá quién es *Caspar* dentro de esa red –Diego estaba dispuesto a no perder mucho tiempo en el asunto. Mire, voy a presentarme, cosa que no he hecho hasta ahora. Soy el inspector Diego Whitehead de la Interpol. Llevamos acosando a los criminales pervertidos de *Orfeo* desde hace años y sabemos que *Caspar* está detrás de la muerte de estas chicas. Podemos hacer esto por el camino fácil o el difícil. Sabemos que usted es *Caspar* y que asesinó a sus dos pacientes. Puede contarnos lo que pasó tranquilamente, firmar en comisaría su declaración y nosotros no le sacaremos siquiera esposado de aquí, todo transcurrirá tranquilo y nosotros remarcaremos su colaboración lo que quizá le rebaje algo la enorme condena que le espera. O, en cambio, podemos sacarlo de aquí detenido y esposado, mientras sus enfermeras y recepcionistas le miran curiosas, pediremos al juez autorización para estudiar su ADN, ya que tenemos base suficiente para ello y, en cualquier caso, el futuro que le espera está algo negro, así que usted decide.

Diego sabía que se estaba marcando un farol, que la única evidencia por la que un juez podría ordenar un estudio del ADN sería por la demostración del vínculo con *Orfeo* y ese dato lo habían

obtenido de forma fraudulenta, pero Molina desconocía ese detalle. El médico no tardó en derrumbarse y confesar todo el asunto.

—Oiga, doctor —Diego no pudo reprimir una pregunta una vez que Molina había confesado todo el asunto— podría decirme porqué una persona como usted, un médico prestigioso, seguro que con bastante dinero, una buena vida por detrás y bastante capacidad racional para juzgar las cosas, cae en esto.

—Piense lo que quiera —Molina parecía abatido—. Quería a mi esposa de forma sobrehumana. Su pérdida fue terrible para mí. No consigo olvidarla, no hay un solo minuto de mi vida en que no aparezca en mi mente. Orfeo no fue importante para mí. Sabía que todo eso era un invento macabro de unos cuantos locos. Solo me conectaba como una terapia más contra el olvido y la ausencia. Mataba a las chicas como una mera venganza contra el mundo, contra Dios, o contra lo que sea que me había quitado a mi esposa. Yo no las violaba después de muertas. Esa es una deducción errónea de sus forenses de pacotilla, simplemente las mataba mientras realizaba el acto sexual con ellas y luego lo prolongaba después de muertas. Sí, lo que para sus forenses podría ser necrofilia para mí era simplemente que yo eyaculaba en su interior un par de minutos después de que hubieran exhalado su último aliento. Nada más. No le tengo aprecio a la vida, a la libertad o a lo que sea este modo de subsistir sin ella, así que arréstenme ya y acabemos con eso.

Ricardo y Diego se llevaron a Molina a la comisaría para poder tomarle la declaración completa y que pasara su primera noche privado de libertad. Diego informó a Jean y Anette de todos los detalles antes de que se marcharan con el detenido-

—Este tipo se aprovechó claramente de la situación de soledad y falta de amigos de las dos chicas. Pensaba que eso ayudaría a que no le descubriéramos, pero me temo que no ató bien todos los hilos —con estas palabras Diego intentaba cerrar la explicación a sus compañeros—. Por otro lado parece real que en ningún momento tuvo fuertes vínculos con Orfeo. Parece tratarse de un psicópata aislado que cayó en esto como una especie de venganza por el mundo al perder a su mujer.

Anette y Jean decidieron ir a tomar una copa antes de marcharse a su hotel.

—La verdad es que no sé qué pensar —Anette parecía algo abatida—, estoy en la brigada tecnológica de Interpol porque me gusta la seguridad de los procesos tecnológicos, los delitos cibernéticos son pura matemática. Pero este caso ha sido una mierda desde el principio, he sentido asco por estos tipos y ahora, al finalizar el asunto, casi he conseguido sentir lástima por Molina. No me gustan estos afectos, quiero seguir siendo policía de números, ordenadores, datos... Espero que nuestro próximo caso no sea como éste.

—Bueno —Jean parecía mucho más relajado—, ya me conoces. Yo cumplo con mi deber sin hacerme muchos planteamientos. Lo que más me fastidia es haberla cagado con este caso y mi puñetera intuición sobre Rotmensen. Tendré que vigilarme más en el futuro.

—No lo hagas, la intuición no es mala, solo que tiene que confabularse con los datos. Nada pueden por separado. En fin, en unos pocos días estaremos volviendo a Madrid con el caso cerrado y luego ya veremos. Lo único que me queda claro es que este sitio me gusta para vivir. Supongo que cuando me jubile seré una viejecita más como tantas otras que se ven por aquí absorbiendo este maravilloso sol.

A la vez que Jean y Anette pagaban sus copas y se marchaban al hotel, Ricardo, que ya había dejado, junto con Diego, los papeles de Molina cerrados, marcaba en su móvil el número de Rocío.

–Lo tenemos, ya está bien empapelado. Oye, tengo mucho que agradecerte, ¿me invitas a tomar una copa en tu casa?

–Bueno, no parece un mal plan, si quieres nos vemos por aquí en un rato. Rocío sonreía alegre mientras concertaba el lugar dónde iban a encontrarse. Sabía que algo iba a cambiar pronto en su vida.

XVIII – La Butibamba

Las noches de agosto en la Butibamba parecen transportarnos a otra época y a otro lugar. Unos cuantos años atrás en algún punto en el tiempo donde las cosas no eran tan de plástico y una cierta autenticidad rodeaba la mayor parte de nuestras acciones. Toda la lista de prohibiciones playeras se incumple de forma sistemática. Los vecinos sacan sus mesas a la arena, las barbacoas humean llenas de carbón, carne y sardinas. Muchos duermen en la playa cubiertos por toldos que cambian su función de proteger del sol por la de servir de leve refugio durante la noche. Una larga hilera de cañas de pescar se extiende por toda la playa. La gente pasea con sus perros y juega con ellos mientras el oleaje les salpica los pies. Parece como si alguien hubiera cambiado en el cartel de prohibiciones de la playa la palabra “prohibido” por “permitido”. La escena se encuentra sumamente alejada de lo que podemos observar en los típicos paseos marítimos de las grandes ciudades costeras. Ningún chiringuito soltando música playera unos cuantos decibelios más alto de lo adecuado, ningún moderno bar de copas, ninguna discoteca de moda lanzando su mensaje con insufribles luces de neón, ninguna larga hilera de terrazas de restaurantes pobladas de turistas satisfechos, ninguna multitud de paseantes, ninguna efímera colección de africanos con sus mantas llenas de artículos ilegales... Solo la gente ante el mar, como siempre hemos estado. Con nuestras alegrías y nuestros sufrimientos, riendo o gimiendo con parientes, amigos, amantes, vecinos. Visto por un observador externo, no demasiadas cosas podrían distinguir aquella escena veraniega de cualquier otra sucedida a los pies del padre Mediterráneo, un par de miles de años antes. Quizá solo las latas de bebida, los productos empaquetados que se agolpaban en los cubos de basura y los teléfonos móviles que no podían faltar siquiera en un escenario tan atemporal como este.

Aquella noche había música en directo en el chiringuito de Los Moreno. Una joven lugareña se esforzaba, sin conseguirlo demasiado, por emular a alguna de las recientes estrellas del flamenco-fusión. Unos pocos clientes con cara soñolienta y más bien algo aburrida tomaban sus copas casi sin escucharla. Solo las luces no demasiado estridentes del quiosco playero resaltaban sobre la oscuridad de la larga playa salpicada solo de alguna que otra linterna o pequeños faroles o velas sobre las mesas. Y a lo lejos el faro de Calaburras, girando atemporal y dejándonos su destello cada pocos segundos, como un colosal cíclope protector de la zona, cuidador de los desvelos de sus habitantes.

Eva Santos apuraba su whisky mientras su mirada perdida apenas si podía captar nada de lo que sucedía a su alrededor. El día había sido uno de los más horribles de su vida reciente. La desazón le vino esta vez en forma de carta remitida desde el Reino Unido. Steve, su ex soldado británico había decidido dar razones de sus actos y, en lugar de trabajar por quedar sepultado en los arcanos de la memoria, decidió volcar en su correcto inglés de Oxford el abanico de causas que le habían impulsado a huir de la cercanía de aquella curiosa hija de notario español. Si bien era cierto que Eva se había aficionado al whisky durante la relación con el británico, no lo era menos que sus efluvios alcohólicos siempre habían sido más que moderados. Sin embargo aquella noche, el camarero de Los Moreno no podía dejar de observar atónito como aquella extraña mujer liquidaba como si de agua se tratase un vaso de *scotch on the rocks* detrás de otro.

La verdad es que la carta de Steve era terrible. Dura... porque le presentaba la realidad tal como era y Eva no estaba acostumbrada a tanta crudeza. En ella le relataba cómo no había

podido soportar su casi adolescente visión del mundo. Él buscaba más mujer bajo aquel envoltorio y la decepción de no encontrarla le obligó a huir a los más fríos lares de su tierra. En algún lugar le pedía disculpas por no haberse despedido, pero lo achacaba a que realmente la quería y le hubiera sido difícil alejarse en una despedida convencional. Tras leer la carta de Steve, Eva había entrado en una de sus numerosas crisis de ansiedad, no podía dejar de considerarse a sí misma como un bicho raro. Pensó llamar a los J&B, pero declinó hacerlo porque tampoco podía contarles a ellos la realidad de las cosas como eran. La ansiedad iba subiendo por momentos y pensó en llamar al hospital. Sintió miedo de que se pudiera repetir aquella especie de infarto. Le dieron hora para el día siguiente, el doctor Rotmensen la vería en su consulta por la tarde. La sola idea de ver a Rotmensen la tranquilizaba, pero aún faltaban muchas horas para la cita y eso no contribuía a incrementar su sosiego. Fue entonces cuando tomó la decisión de emborracharse. Ya lo había hecho en otras ocasiones y notaba como la ansiedad a veces bajaba conforme el alcohol subía en sus venas.

Tomó una ducha y se arregló un poco antes de salir. Sentía su corazón palpar de forma inusual dentro de su tórax. Una enorme sensación de fracaso la invadía. Su vida era un desatino continuo. No había logrado ser feliz más allá de unos pocos días que pudiera recordar. Siempre con las barreras que se ponía a sí misma, siempre intentando no transgredir no sabía qué principios personales, morales... o vaya usted a saber de qué tipo. El sumun vino ya cuando se unió a aquella estúpida iglesia evangélica plagada de más cortapisas aún. La había arrastrado a ella su amiga la australiana Jenny. Lo hizo solo por mantener una mejor relación con ella y trabar nuevas amistades. Pero siempre intentaba conocer a nuevas personas que no pudieran dañarla, gente fría y alejada, nadie que se implicara realmente en su vida. Solo Steve lo había hecho y ella no había estado al nivel. Ojalá aquello hubiera sido una especie de secta de esas que te absorben por completo la personalidad y hacen de una un autómatas incapaz de pensar por ti misma; si le hubieran sacado su estúpido yo, ahora sería otra persona. Pero, ¿podía cambiar las cosas? Podía escribirle a Steve y pedirle que la perdonara, arrastrarse a sus pies, volar alocadamente al Reino Unido y pedirle perdón, gritarle enfurecida para que viera que había otra Eva diferente a la niña mojigata que había conocido. Todo ello pensó hacerlo, pero lo relegó para el siguiente día. Ahora urgía emborracharse, parar con alcohol aquel alocado latido de su cansado corazón.

El camarero de Los Moreno la despertó ya de madrugada avisándole de que iban a cerrar. Tardó un buen rato en encontrar el dinero, rebuscando en su bolso, para pagar la cuenta. Cuando se levantó tambaleándose notó una leve punzada en el pecho que la asustó. Pero el nivel de alcohol en su sangre era tan alto que le impedía ser consciente de cualquier aspecto de sí misma. Avanzó tambaleándose por el estrecho camino que, sobre la arena, comunicaba el chiringuito con la calle del hotel Costa del Sol. Llegó a su casa con un supremo esfuerzo. Se tiró desmadejada en la cama mientras la opresión del pecho se incrementaba por momentos. A pesar del alcohol apenas si pudo dormir.

Al día siguiente acudió a la consulta del doctor Rotmensen. La verdad es que en nada le había disminuido la sensación de ansiedad y el dolor en el pecho se mantenía constante. No podía dejar de darle vueltas a las palabras de Steve en su carta, “querida, no puedo plantearme compartir mi existencia para siempre con alguien que mira la vida como un cuadro lejano en el que no desea implicarse. Necesito una mujer con ganas de vivir, de disfrutar de las cosas y no alguien que lo observa todo de manera displicente y sin ganas, como un observador inapetente al que no le interesa casi ningún aspecto de la realidad”.

Rotmensen la recibió de forma agradable, como siempre lo hacía con sus pacientes. Eva no podía evitar sentir una cierta atracción por el elegante cardiólogo. Quizá con él las cosas hubieran sido distintas a como lo fueron con el inglés. La caballerosa frialdad de Rotmensen podría haber encajado mucho mejor en su vida que el vitalismo apasionado de Steve. Trató de alejar esos pensamientos mientras tomaba asiento en la consulta del cardiólogo.

—Bueno, Eva, ¿qué sucede?, ¿ha surgido algún problema para que pidas consulta con urgencia? Aunque tu cardiopatía sea benigna, me das miedo con la repetición de tus crisis—la voz de Rotmensen siempre le sonaba tranquilizadora, el médico intentaba ofrecer un tono despreocupado y algo alegre.

—Sí doctor, estoy muy mal. Tengo mucha angustia y desde ayer un fuerte dolor en el pecho. Creo que estoy tan mal como otras veces, quizá se me esté volviendo a repetir el problema coronario.

—¿Qué ha ocurrido, Eva? ¿Algún problema que haya servido de detonante de la situación? — Rotmensen ya conocía lo suficiente de Eva como para intuir que siempre había una clara causa psicológica como trasfondo de sus disfunciones cardiacas.

—Sí, doctor. Tuve una relación con una persona que me ha abandonado. Era inglés, se marchó a su país hace unos meses, sin avisarme. Al principio las cosas no fueron del todo mal, pero ayer recibí una carta suya dándome razones sobre por qué me había dejado —A pesar de su timidez, Eva sentía con Rotmensen una especial vinculación que la llevaba a no tener vergüenza de contarle sus sentimientos más íntimos—. Jamás me he sentido tal mal. Su carta me ha enfrentado conmigo misma, me ha mostrado una imagen de quien soy que no puedo por menos de odiar. Y, además, la sensación de que por más que lo intente no voy a conseguir cambiarme a mí misma, me agobia, me oprime, me angustia.

—Eva, sabes que yo no soy psiquiatra, solo puedo darte algún consejo, más como amigo que como médico. Y lo hago desde una cierta experiencia. Si lo deseas con la suficiente fuerza, seguro que puedes cambiar. No lo dudes, solo tienes que proponértelo y trabajar cada minuto en la dirección adecuada. Rompe tus barreras, no tengas prisa, hazlo lentamente, pero estoy seguro de que puedes hacerlo. Trata de disfrutar de los pequeños detalles y compréndete a ti misma, no te odies, ese no es el camino.

—¡Ojalá yo pudiera ser tan fuerte como usted! Pero no puedo —Eva rompió a llorar—. ¡No puedo...!

—Bueno Eva, tranquilízate. Creo que además de tu problema cardiaco deberías recibir ayuda psicológica. En fin, pero eso es otra historia, ahora debo ocuparme de lo más acuciante que es tu crisis actual. ¿Desde cuándo dices que te duele el pecho?

—Desde ayer por la noche, es un dolor sordo y constante, no demasiado agudo, pero que no se retira. Tengo que decirle también que ayer bebí algo más de la cuenta. Fue mientras trataba de emborracharme, o más bien lo conseguía, que noté la primera punzada.

—Bien, vamos a hacer un electro y en función de lo que veamos quizá tengamos que hacer un ecocardiograma para ver si tenemos alguna posible repetición de esa extraña cardiopatía que padeces. Túmbate, por favor, en la camilla. Voy preparando la máquina.

Rotmensen acercó el dispositivo, preparó los electrodos y los puso sobre el pecho y los brazos de Eva. Ella comenzó a sentir un cierto relax. La angustia le cedía cuando se veía como un objeto a merced de aquella máquina. Se convertía entonces en un simple elemento emisor de señales. Podía olvidarse de sí misma, dejaba de ser una persona, podía no pensar, sabía que la máquina simplemente mediría su ritmo cardiaco y generaría una gráfica y unas mediciones al respecto. Esas

mediciones darían cuenta de su persona de un modo simple, sin las complicaciones que los humanos buscamos para explicarnos a nosotros mismos. Es como si se estuviera midiendo el peso de una manzana o los grados de un vino. Daba igual que para ella el mundo fuera un lugar insufrible y complejo. Para la manzana o el vino, no lo era. Eran simples miembros inertes de un todo que no podía cambiar. Si ella pudiera verse siempre así, aceptándose, sintiéndose como una pieza, un accesorio carente de capacidad para elegir su posición, su lugar en el mundo... Si fuera capaz de hacerlo, seguro que podría encontrar la armonía, la serenidad.

El electro avanzaba. Las señales que emitía su corazón iban plasmándose en el rollo de papel. Rotmensen miraba circunspecto los resultados ya visibles en la hoja. Fue entonces cuando lo sintió. Fue una fuerte punzada que la hizo contraerse. Intentó gritar, pero la voz apenas si pudo salir de su garganta. La pequeña punzada estalló en su pecho como un dolor profundo. Se quedó inmóvil unos segundos viendo como Rotmensen reaccionaba. No podía moverse, el dolor le oprimía cada vez más como una tenaza. Entonces todo se desvaneció, perdió el sentido... para no recuperarlo nunca más.

Rotmensen se percató de lo que sucedía por los desequilibrios que estaba comenzando a ver en el electro mientras avanzaba el desarrollo de la prueba. En cuanto vio la contracción de dolor que Eva sufría, se dio cuenta que la paciente estaba padeciendo un infarto agudo. Intentó la medicación habitual para estos casos, pero Eva no respondía. En pocos minutos entró en parada. El médico lo intentó todo. Masaje cardíaco, desfibrilación... Nada dio resultado. Rotmensen sentía pena por Eva, por aquella pobre muchacha que a pesar de haber tenido una vida razonablemente buena, no había sido capaz de disfrutarla. Veía su cuerpo como un recipiente para el sufrimiento y trató como pocas veces lo había hecho de devolverla a la vida. Quería que volviera al mundo para mostrarle el camino para ser feliz o, al menos, para no ser tan infeliz. Pero no pudo hacerlo, fueron diez o quince largos minutos para emplear todas las técnicas a su alcance. Su tradicionalmente impecable indumentaria quedó totalmente arrugada del esfuerzo, sudaba por todos los poros de su cuerpo y, además, se sentía especialmente mal por no haber logrado salvar a Eva. Un fracaso más en una vida que no siempre había estado plagada de éxitos.

Cuando realmente constató que ya no había posibilidades de devolverle la vida, Rotmensen cerró la puerta de su despacho. Dejó la llave puesta para que nadie pudiera tampoco abrir con una maestra. Le quitó los zapatos y las bragas a Eva y violó con furia su cadáver. Cuando terminó intentó retirar la mayor parte de su propio semen de la vagina de Eva y volvió a vestirla. Se esforzó en dejar la escena tal como estaba unos minutos atrás con la paciente recién fallecida. Mientras se sentaba en su sillón, cansado por el esfuerzo, no dejaba de pensar en lo que esa noche diría en *Orfeo* desde su rol de *Nibelungo*. Nunca había matado a nadie, pero sí había tenido numerosas oportunidades de practicar la necrofilia con cadáveres de pacientes recién fallecidas. Pero cada vez que lo hacía era más consciente de que jamás lograría que aquello le permitiera cruzar el Leteo para buscar a su *Beatriz* adorada.

Epílogo

Por supuesto que esta, como toda novela, es una obra de ficción que no está basada en hechos reales. No hay en ella ni un solo personaje existente o, al menos, basado en alguno real.

El territorio sí que es absolutamente verdadero. Todos los lugares mencionados son parte de la geografía personal del autor y sobre todo las localidades y los lugares que se mencionan de la Costa del Sol.

Las descripciones médicas no llegan a ser siquiera descripciones clínicas de un aficionado. Simplemente he procurado documentarme de forma razonable, los errores que puedan haberse cometido queden justificados por el género de ficción que se emplea.

Una pizca más reales sí pueden ser las tecnológicas, ya que una vida dedicada a ellas dejan algo menos de hueco para el error o la improvisación. Si se han tratado temas de forma superficial en ocasiones ha sido siempre con la finalidad de facilitar la comprensión del lector neófito en tecnología.

Hong Kong – Madrid – La Cala de Mijas – Montevideo, abril 2010 / octubre 2011